

5 CIO

TOUSSAINT

LAS  
GRAND  
DAMA

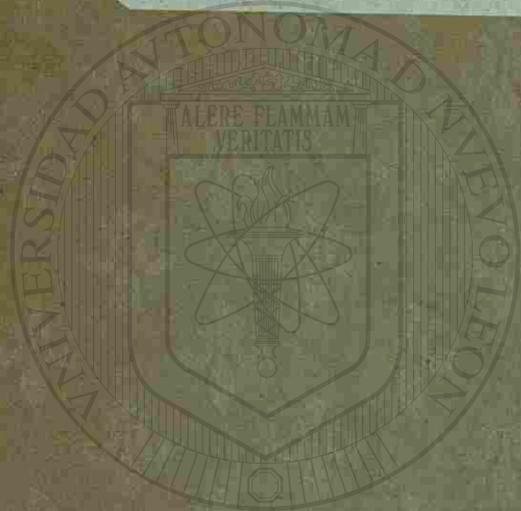
PQ2276

.H7  
G78

Vol. 4



1020026571



# LAS GRANDES DAMAS.

TOMO IV.

N  
 Núm. Clas. 48429  
 Núm. Autor 30313  
 Núm. de Procedencia -8-  
 Precio \_\_\_\_\_  
 Fecha \_\_\_\_\_  
 Clasificó AS  
 Catalogó AS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA.

OBRAS COMPLETAS DE ARSENIO HOUSSAYE.

LAS  
GRANDES DAMAS.

VERSION CASTELLANA

DE

JOSÉ COMAS.

- IV.—LA AMANTE MICHIMA  
V.—LA MARQUESA DE ROMANEALES  
VI.—UNA TRAGEDIA EN TRES ACTOS



BARCELONA.

85740

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO-EDITORIAL DE J. PONS,

CALLE DEL OLMO N.º 13.

1876.

30313



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

843

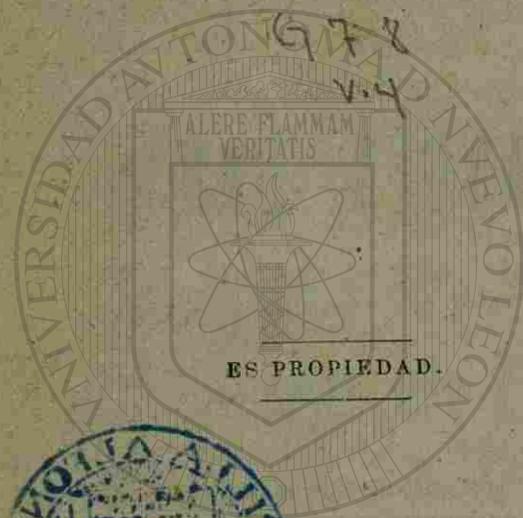
PQ 2276

H.

. H7

978

v. 4



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## LAS GRANDES DAMAS.

### LIBRO IV.

### LA AMANTE ANÓNIMA.

#### I.

#### LA GOLONDRINA DE VIOLETA.

Los que asististeis al matrimonio de Parisis y de la señorita de la Chastaigneraye, ya sabéis que la noche de bodas fué una noche de luto. El espectro de Violeta se levantó ante los desposados; por mas que se abrigaron en su amor, la pobre jóven sacrificada pasó en la cámara nupcial la sombra de su sudario.

La dicha es así: jamás llega con un cortejo que ríe y canta sin pesares. Mirad esos rostros alegres: no veis algunos que se inclinan para ocultar sus lágrimas?

Dos desposados, cualquiera que sea el candor de la mujer y cualquiera que sea la nobleza de corazón

del hombre, traen siempre el uno al otro un pasado que tiene sus nubes.

Hágase lo que se quiera, no se pueden borrar las páginas vividas en el libro de la vida.

Y además de esto los puntos negros del pasado hacen brotar los puntos negros del porvenir; los fantasmas aparecen en la aureola de su virtud á la hora misma en que los vivos muestran las imperfecciones de la naturaleza. El recuerdo tiene esto de hermoso, que no guarda en amor mas que las sonrisas de las personas queridas.

Pero cada dia trae su pena como su alegría; el sol al levantarse siembra con sus rayos de oro la esperanza de la dicha; el alma que está mas desprendida de las fiestas del mundo vuelve á cantar, á pesar suyo, su cancion en el concierto universal.

He aquí porque Octavio y Genoveva se levantaron risueños al siguiente dia de su enlace, olvidando á Violeta y no pensando mas que en vivir de su amor.

Jacinta les habia despertado á las doce, tocando en el piano *El sueño en una noche de estío*. El almuerzo fué encantador. Una golondrina estraviada, la última de la estacion, fué á batir sus alas encima de la mesa, lo cual hizo decir á Genoveva:

—Es la mensajera de la dicha.

Jacinta la cogió y la dió un beso. Genoveva quería atar á sus patitas un lazo de azul celeste que llevaba en su peinado; mas cual no fué su sorpresa al

observar una cintita color de violeta en el cuello de la golondrina!

—Trae ya un lazo, exclamó Genoveva.

—Desatémolo; quizá es un secreto, dijo Jacinta.

—Nó, replicó Genoveva, es un simple recuerdo.

Pero Jacinta habia desatado la cintita color de violeta.

—En verdad, dijo, que esto parece una cosa de hadas.

—Porqué?

—Ved, pues.

Octavio y Genoveva se disputaron quien cogeria primero la cintita; Genoveva fué la primera en cogerla. Luego la dejó caer palideciendo.

—Violeta! exclamó.

—No os pongais triste por esto, dijo Octavio despues de haber leído á su vez el nombre de *Violeta* en la cintita. Es sencillamente una golondrina de Pernand que ha cruzado por Parisis, arrojada por el otoño. Bate las alas: sin duda tiene por aquí otras amiguitas que se quiere llevar con ella para disfrutar la primavera eterna.

—Quien sabe, observó Jacinta, si es una golondrina domesticada á la cual se ha bautizado con el nombre de Violeta?

—Es posible: de todos modos es necesario devolverle la cintita.

Jacinta seguia teniendo bajo su mano la hermosa golondrina que picoteaba sin asustarse.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MARTÍNEZ"  
1925 MONTREY, ME

Genoveva le ató la cintita color de violeta; el lazo azul estaba ya atado en una de sus patas. La besó con dulzura y la devolvió su libertad.

—Vete, avecita mia, dijo la señora de la Chastaigneraye: si subes hasta las nubes, y encuentras el alma de Violeta, acaríciala con tus alas como un recuerdo mio.

Este nube pasó con rapidez; se dió un paseo en las sombrías avenidas del parque, ya un tanto místicas y despojadas por las primeras brisas del otoño.

Dios concedía á la tierra, uno de esos bellos dias de octubre, en que la naturaleza resplandece bajo los mas luminosos colores. Los tonos verdes del estio, mordidos aquí y allí por el sol, habian revestido tintas de oro y púrpura; los estambres del solano se enredaban en los tallos de los rozales silvestres, que sonreían á la mirada por sus frutos encarnados, como el árbol de los pájaros, como las moreras salvajes, como las ciruelas salvajes.

—Ah! cuan feliz me siento! exclamó Genoveva echándose en brazos de Octavio.

El jóven contestó dándole mil besos: él tampoco habia sido tan feliz como en aquel instante.

Esto consistía en que D. Juan de Parisis, nunca habia apoyado contra su corazón, un corazón tan noble y tan puro; esto consistía en que nunca habia bebido en los lábios de una mujer un alma tan divina.

## II.

## EL CUADRO DE LA DICHA.

Parisis se hallaba maravillosamente dotado para hacerlo todo. Por esto quizá nunca habia hecho nada. Ya se sabe que poseía el sentimiento del arte en su mas alto grado. Las horas que siguieron á su matrimonio, las destinó á dar encantadoras sorpresas á Genoveva: la jóven era sobre todo, en pintura, aficionada á los paisajes, no tan solo porque eran imágen de la naturaleza,—divina imágen de Dios,—sino porque los poblaba á su capricho: su imaginación, siempre creadora, representaba en ellos las escenas románticas que inventaba.

Al siguiente día de su enlace, observó que habia demasiada vegetación en el parque; casi no penetraba la luz, los horizontes se hallaban demasiado próximos, y hubiera querido mas perspectivas, mas puertas que se abrieran hacia lo infinito.

Decía la jóven que el defecto de los paisagistas modernos consistía en pintar nada mas que una pequeña parte de algun valle ó de algun bosque, sin curarse de las lontananzas. He aquí porqué era afi-

cionada al paisaje de estilo, aunque fuese demasiado azul, como en Leonardo de Vinci, ó demasiado verde como en Rafael. Quería, sobre todo, el paisaje del Pousino que piensa en los árboles y en las nubes.

El duque de Parisis reprodujo lo que hizo el duque de Antin con Luis XIV; en una noche hizo derribar muchos árboles que cambiaron el aspecto del parque.

Al siguiente día, cuando el sol llegó á su cenit, cogió á Geneveva de la mano y la llevó á una de las grandes ventanas del castillo.

—Mira, le dijo.

La joven quedó sorprendida.

—Ah! exclamó; hoy se respira bien: ayer se respiraba la tierra, hoy se respira el cielo.

Parisis tuvo un placer en convertirse en un paisajista de la naturaleza. Armado de un martillo con el cual señalaba los árboles, estudiaba todos los puntos de vista, y condenaba todos aquellos que despoetizaban el conjunto, aquel por su follage vulgar, aquel otro por su mal dibujo. Por espacio de algunos días imitó así á los Pousino, á los Diaz, á los Claudios de Lorena, á los Rousseau, á los Ruysdael, á los Corot y hasta á los Pablo Potter y Rosa Bonheur, toda vez que mandó llevar rebaños al parque.

Segun que el admirador emprendiese por tal ó cual avenida, hallaba paisajes con grandes masas de luz, con horizontes perdidos, con árboles seculares de copa hasta las nubes, ó bien veía páginas ani-

madas, el prado con sus vacas, cascadas con sus peñascos, ó pastores con rebaños.

No aconsejaré á los castellanos y castollanas que se fastidian que imiten á Parisis; mas me apresuraré á decirles que este capricho no puede realizarse mas que en los primeros dias de otoño, cuando los árboles se pueden trasladar á otro punto sin martarlos. No olvidemos que los árboles viven como nosotros y que si no necesitamos de su abrigo despues de haber gozado su sombra, en cambio nos sirven para otros usos.

Todas las noches la dulce Jacinta se hallaba en el salon y cantaba.

Octavio y Geneveva se hallaban contentísimos de hallarse solos en aquella estacion de su amor, para saborear la luna de miel con mas placer. Aunque Jacinta estuviese allí, los jóvenes creían que solo eran dos; su amiga no turbaba su duo por mas que cantara. Hay en Borgoña muchas leyendas como la de Parisis, y Jacinta cantaba la siguiente, con un sentimiento que podria calificarse de gótico:

Se oye á lo lejos el canto del mirlo,  
El músico afina su dulce violín,  
Baillad, niñas bellas, la noche es hermosa,  
La plácida aurora no anuncia su fin.

Hacia un castillo de torre altanera  
Que al fondo del lago su sombra escondió,  
Camina un mancebo, gentil y gallardo,  
La dama que aguarda no en vano aguardó.

Rielan estrellas por entre las nubes,  
Al viejo castillo penetra el doncel,  
Mas ay! que el esposo ya afila su espada  
Oculto en el bosque con saña cruel.

Se oye á lo léjos el canto del mirlo,  
El músico afina su dulce violín,  
Bailad, niñas bellas, la noche es hermosa,  
La plácida aurora no anuncia su fin.

Cual otra Julieta que aguarda á Romeo,  
Esclama la jóven del alma al calor:  
—Me siento dichosa! Cantemos, bien mio,  
Las notas queridas del himno de amor!

La besa el mancebo, la dama suspira,  
Se abrazan, se miran, con mágico afán.  
Mas suena la hora de la despedida:  
—Adios, niña mia!—Adios, mi galán!

Se oye á lo léjos el canto del mirlo,  
El músico afina su dulce violín,  
Bailad, niñas bellas, la noche es hermosa,  
La plácida aurora no anuncia su fin.

Ya sale el amante, y desde la ojiva  
La hermosa repite al verle marchar,  
Adios! y de pronto fulgura una espada,  
Y vé entre las flores su sangre brotar.

La dama llorosa, de miedo transida,  
Se postra de hinojos, invoca el Amor,  
La escala de seda dejado allí habia,  
Por ella el marido ya asciende en furor.

Se oye á lo léjos el canto del mirlo,  
El músico afina su dulce violín,  
Bailad, niñas bellas, la noche es hermosa,  
La plácida aurora no anuncia su fin.

—Soy yo, mala esposa! Mi rápido acero  
Mi mancha, mi afrenta aun no lavó,  
La sangre destila del yerto mancebo,  
Tomad! —Y su frente de sangre tñió.

—Vivid, mala esposa! Besad esta espada  
Que salva mi honra y así sabe herir.  
—No quiero una vida que fuera muy cara,  
Yo miedo no os tengo, pues voy á morir!

Se oye á lo léjos el canto del mirlo,  
El músico afina su dulce violín,  
Bailad, niñas bellas, la noche es hermosa,  
La plácida aurora no anuncia su fin.

Empuña la dama la hoja que humea,  
La lleva á sus lábios, su sangre besó,  
Escena terrible que el ánimo hiela!  
Tragedia sombría que una honra vengó!

De pronto en la vieja y oscura ventana  
La dama tres golpes al pecho se dá,  
La sangre de él brota y cae en la frente  
Del pálido jóven que allí muerto está.

Se oye á lo léjos el canto del mirlo,  
El músico afina su dulce violín,  
Bailad, niñas bellas, la noche es hermosa,  
La plácida aurora no anuncia su fin.

tando la *Primavera* y el *Otoño*, rejuvenecidas por el cincel de Jouffroy; dos hermosos grupos representando la *Caridad* y la *Maternidad*, esculpidos por Bonassieux con un sentimiento de unción divina, sonreían á vuestro paso. La antigua escalera de piedra, se había sustituido con peldaños de mármol, traído de los Pirineos; los lienzos de las paredes se habían revestido con mármol blanco, encuadrado por cenefas encarnadas. A la derecha del vestibulo se hallaba una antecámara donde estaban suspendidos cuatro cuadros del caballero Liberi, representando escenas mitológicas, frescas encarnaciones, graciosas desenvolturas, cabezas hermosísimas que engañaban el ojo y ocultaban los defectos del artista.

Se pasaba luego á tres salones que con sus techos ensamblados, pintados por Bonboulougne y Santerre, sus cortinas en seda de Lyon, sus alfombras de Persia y sus muebles á lo Luis XVI maravillaban los ojos de los que estaban mas acostumbrados al lujo. Era la aristocrática sobriedad de la verdadera riqueza; esto, sin embargo, al ver aquellos jarrones, aquellos cuadros, aquellas estatuas, aquellos libros raros, aquellas mil futilidades de la vida espléndida, se comprendía que allí vivía una mujer.

En el segundo salon veíanse cuatro retratos de cuerpo entero de los últimos cuatro París pintados por Champaigne, Rigaud, Vanloo y Gerard. Todos se parecían aunque cada uno llevaba muy marcado el estilo del artista. Nunca raza alguna había conser-

## III.

## EL ALMA DE LA CASA.

Genoveva había transformado la fisonomía interior del castillo, en tanto que se reformaba la fachada, que se construían los invernaderos y que se replantaban aquí y allí, en el parque, árboles estraños con la fabulosa rapidez del duque de Antin ó del señor de Alphand. Todos los aldeanos de la comarca se quedaban sorprendidos ante aquellos cámbios; no podían creer que los árboles en flor, ó con hojas, pudiesen viajar como personas y ser traídos por cuatro caballos para ser plantados y vivir al lado de las encinas seculares.

La jóven había convertido el castillo en un palacio. Se conoce ya su pasión por las obras de arte; ella había querido tambien presenciar las compras de su marido en casa de Barbedienne, en el taller de Clesinger, en el de Isabey, en las subastas de Demidoff, de Salamanca, de Diaz y de Khalil-Bey. Tan pronto como se franqueaba la puerta del castillo, se quedaba uno maravillado ante el gran aspecto que las obras maestras le dabañ. Dos admirables estatuas represen-

vado con mas orgullo su espresion; parecian estereotipados por la naturaleza. Cuando Octavio se ausentaba por algunas horas, Genoveva siempre iba á aquel salon de sus abuelos; tanta semejanza tenian con él estos retratos.

El tercer salon estaba adornado con cuadros al pastel, y era llamado el salon de las abuelas: se veian allí todos los estilos, desde el de Nanteuil que dibujó con lapiz las duquesas y las Ninon de su época, hasta Isabey que en tiempo de la Restauracion, hacia sonreír á los desalmados del 93. Las abuelas eran muy numerosas, pues habia las hijas con las madres; toda una fiesta que alegraba los ojos. Aquí se veia un Rosalba, allí un La Tour, mas lejos un Vigée-Lebrun. El se habia comido un tanto sus rosadas megillas, pues sabido es que el sol se come un poco de todo; pero en su misma palidez conservaban un encanto mas dulce, mas tierno, mas penetrante: no parecia sino que allí uno se encontraba en familia por mas que no se perteneciese á la de Octavio.

Aquellos tres salones se abrian sobre una inmensa azotea desde la cual se descendia al jardin. También se abria allí el comedor que estaba á la otra parte del vestibulo. Era otra maravilla: se hallaba adornado con tapices de los Gobelinos, representando las cuatro partes del dia, simbolizadas en Diana cazadora y en sus ninfas; las puertas y ensambladuras se veian talladas en ébano; un reloj de Boule, un verdadero monumento del arte, brillaba sobre una chime-

nea de piedra esculpida al estilo de German Pilon. Las ventanas encuadraban cristales, representando las cuarenta y ocho horas de la caza; el mantel estendido sobre la mesa, no ocultaba por completo los admirables mosaicos traídos de Italia por uno de los Parisís que habia cruzado los montes con Luis XII. Habia otro comedor de familia al lado de este, donde Diaz y Chaplin habian pintado gavillas de trigo, grupos de rosas y uvas en que jugaban amorcillos desnudos. Aquello era alegre y estimulaba el apetito; en aquella estancia se sentia hambre y no se comia en ella, sino cuando se estaba en familia ó cuando el número de los convidados era escaso.

No hablo de los gabinetes de tocador y de verano, del fumadero y de la sala de armas ni de otras tantas piezas adornadas con gusto y con lujo. La sala de armas por las riquezas que contenia hubiese constituido la envidia de Nieuwerkerke, el dueño por excelencia de las mas bellas armaduras y de las espadas mas preciosas.

El primer piso estaba consagrado al sueño y no se contaban en él menos de veinte estancias adornadas con telas antiguas de Persia, sederias de damasco y brocados. Bajo el pretexto de que se querian vivir temporadas en el campo no se habian querido hacer las economías que hacen siempre los castellanos pobres.

Genoveva habia variado el mueblage con espléndida mano: aquí lechos y cómodas de Boule, ó mejor

dicho según la escuela de Boule; allí el palo de rosa, mas lejos el ébano. Había allí todas las formas, todos los estilos, todos los modelos desde el Renacimiento hasta el día. Todo llevaba su sello, todo revelaba el gusto.

Veíase en aquel hermoso castillo, la alegría y el contento en todos, así en los huéspedes como en los dueños principales.

Y que lujo de caballos y de coches para ir á paseo! Que atalajes reales para las cacerías! Que jaurías para las matanzas de ciervos, faisanes y jabalíes! Nunca la aristocrática vida había sido mejor comprendida.

Octavio se sentía tan feliz que tenía miedo del mañana.

## IV.

## LOS ALDEANOS.

Parisis no quería ver en provincias mas que los provincianos de Paris. Esto, sin embargo, tomaba á placer el estudiar algunos tipos de aldea que aun parecen conservar el sabor del terruño. Así estudiaba el hombre en el aldeano, pasmado de encontrarle siempre tan desnudo en el orden moral.

En la curiosa galeria de aquellos labradores, se destacaba la severa figura de un sábio viejo que no leía mas que en el gran libro de la naturaleza. Por espacio de largo tiempo había contemplado el horizonte fijado por la Academia de Ciencias. La había enviado memorias tras memorias; había escrito no sé cuantos volúmenes sobre el reino vegetal, hasta que, en fin, despues de luchar á brazo partido con ese diablo engañador llamado la ciencia, la verdadera sabiduría había descendido al fondo de su espíritu; se había convencido de la nada de las vanidades de la pluma y la palabra, había comprendido que la naturaleza era el último amor de los hombres, había plegado su bandera y despidiéndose de la Academia

se había ido á morir en paz, solo, en el campo y frente á frente á las montañas.

Era un viejecito que frisaba en los ochenta años del cual, al primer golpe de vista no se veía mas que sus cabellos blancos y sus gafas verdes. Paseaba todo el dia sin hacer mucho camino, pues dejando aparte que no iba de prisa se detenía á cada paso para estudiar cada detalle de la creacion. Este hombre hubiese podido escribir un libro como Javier de Maistre, un viage desde el riachuelo á la fuente, desde el camino al sendero, en torno del prado, ó bien en torno del parque.

Vivia á un extremo de Parisis, cerca del cementerio y vivía en una casa de pobrísima apariencia, aunque adornada en su frontis por las hojas de un parral hermoso y de dos rosales que brotaban á uno y otro lado de la puerta. En las ventanas la golondrina construía su nido.

El sábio viejo moraba allí, solo, con un pobrísimo menaje. Había disfrutado de alguna fortuna; pero el amor á la ciencia cuesta algo caro. Se había arruinado para imprimir sus libros y para comprar los de los otros. Lo poco que le quedaba lo había dejado á una sobrina que le trataba de loco. Esta mujer, que vivía en Ravenay, le recibía en su mesa y pagaba el alquiler de su cabaña. Nada comprendía de los hermosos sueños de su tío. Sabía únicamente que en ellos había perdido las tres cuartas partes de su fortuna. Hé aquí porque se veía en la precision de mante-

nerle. Como era devota, rogaba á Dios con frecuencia que la librara de su tío en la generosa idea de que Dios no podía conceder mejor gracia á un viejo sin cabeza y sin fortuna. Dios, que sin duda se complacía en ver á una de sus criaturas en tan poética contemplacion, delante de la obra eterna, Dios se guardaba mucho de atender las sacrílegas súplicas de la beata.

En otro tiempo el señor Jericó había gozado el derecho de entrar á cualquier hora en el castillo, y hasta el sábio viejo tenía una llave para entrar en el parque y los jardines donde se paseaba á sus anchas. Octavio lo sabía. En cierta ocasion le halló frente un liquen con su pequeño azadon en la mano. «Bravo! decía entre dientes, mi herbario es mas rico de lo que creía.» El señor Jericó llamaba su herbario al parque del castillo. Octavio y Genoveva no lograron distraerle de la alegría que le ocasionó aquel hallazgo. Al verles se contentó con saludarles bien como si hubiese hallado unos forasteros en el campo.

A Genoveva le chocó tanto aquello y desplegó tal maña que en pocos minutos hizo decir al viejo cuanto quería saber. Quedóse pasmada al encontrar un sábio que tenía tan buen sentido y hasta no poco talento, pues el señor Jericó no había estudiado únicamente las plantas, sino que, como Linneo, su maestro, había estudiado la criatura humana. Al contrario de muchos sábios que no hablan, porque quieren escribir, el señor Jericó, desde que había ti-

rado la pluma, hablaba por los codos y no sin cierta risueña elocuencia.

A los tres encuentros fué recibido en el castillo como un antiguo amigo. Comió en él tres veces. Aunque muy frugal, comía con gusto y bebía sin hacerse de rogar dos ó tres dedos de vino de Chambertin para distraer el ánimo y dar vida al corazón, según él decía. A la noche, cuando tomaba la palabra, olvidaba las horas y las hacía olvidar. Relataba curiosos episodios de su vida de sábio en París y en provincias. No se permanecía siempre en el dominio de la ciencia pura y sencilla: había presenciado más de una comedia política y más de un drama apasionado. Había cruzado más de una grande época y había figurado en más de un acontecimiento grande. En una palabra hablaba de todo.

Cierto día, después de comer, el señor Jericó se paseaba en el parque con sus huéspedes, y Octavio, contemplando una magnífica puesta del sol, hizo la apología de la vida rústica. El sábio viejo, que todo lo veía con mirada fría, improvisó una sátira contra la vida de los aldeanos, que, según él, no tenían tiempo de asomar su nariz á la ventana, ocupados en amasar dinero para cuando llegasen á viejos.

—Conocí, dijo sonriendo con tristeza, un viejo de mi edad que no hacía otra cosa que atesorar para la tumba. No sé porque se vive en el campo si no se asiste al magnífico espectáculo que la naturaleza ofrece. Jamás he encontrado un aldeano rico ó pobre

que se haya detenido para ver una flor, un pedazo de cielo, ó el sonreír de la aurora. Los pobres únicamente aman al sol porque se calientan á sus rayos á falta de leña; los ricos que tienen leña encienden lumbre y no hablan del sol más que para acusarle de que se levanta tarde y se acuesta temprano en perjuicio suyo y en beneficio de los jornaleros. Creedme: á la naturaleza se la venera más en la calle de Monffetard: cuando se ve el sol se sonríe y se adorna con flores la ventana. En el campo, se tiene, desde jóven, el corazón *amonestado*: el dinero preocupa toda la vida. No se vive: se corre tras la plata. Todo es cuestión de maravédises: la mujer que os ama, los hijos que juegan cerca el hogar, la sombra que sombrea vuestro rústico banco. Esta lepra ha ganado todos los corazones.

El señor Jericó pasó á los ejemplos: Los que son amigos de la verdad pueden detenerse ante los cuadros de género pintados por aquel sábio.

—Hace ocho días, dijo, uno de esos matrimonios que se titulan de amor dejó de realizarse en la aldea de Parfondrie, situada al otro lado de la montaña, porque á última hora el cura advirtió á los futuros esposos que en su calidad de primos debían pagar ciertos derechos á la Iglesia. Los jóvenes se querían mucho; más el padre del nóvio no ha querido entrar en esos gastos imprevistos. Dijo que este particular se podía prescindir muy bien de la Iglesia. El padre de la nóvia insistió que se llenasen todas las condi-

ciones, pero sin que quisiese desembolsar un cuarto. A estas horas el desconsolado nóvio anda por esos mundos de Dios buscando otra mujer que no sea su prima.

—Esto no es posible! exclamó Genoveva.

—Desgraciadamente no es sino la verdad, señora: permaneced aquí tan solo un año y no os admirareis de nada. Hay mil historias cual esta. El médico podría contaros otra: un labrador de la misma aldea tenia su mujer peligrosamente enferma y el médico ordenó al esposo que fuese á una botica de otra aldea para que se le despachase una receta. El labrador miró esta última: viéndola tan larga, creyó que costaria tres ó cuatro escudos, es decir, el precio de tres ó cuatro jornales, de tres ó cuatro cerditos, ó bien de la contribucion de inmuebles. Se negó á ir á casa el boticario, diciendo que se sentia muy fatigado aquella noche.

—Pero quizá mañana vuestra esposa habrá muerto, le dijo el médico.—Lo sentiré muchísimo. Si siempre está enferma! Somos bastante ricos para que se ande con recetas? Esto es bueno para los que tienen dinero!

El médico salió con la intencion de traer la pócima en aquella misma noche. Hacia las once, antes de llegar á Parfondrie, un hombre que corria asustó su caballo.—Ah! sois vos Laroche? Como está vuestra esposa?—Lo ignoro: me ha sucedido una gran desgracia. Mi pobre vaca, es decir, cuanto poseo, mi pedazo

de pan, está cercana á morirse por haber comido yerba envenenada.—Y á donde vais?—Se me ha dicho que vaya á buscar el remedio á casa del boticario.—Miserable! y no vais allí para salvar á vuestra esposa!—Ah! Dios mio? es cierto: con esta desgracia se me olvidó vuestra receta.

El médico picó el caballo, y llegó á casa el labrador. Reinaba en ella el desórden, no por la mujer, sino por la vaca. Esta fué salvada, y la mujer murió. Creéis que el labrador se halla triste? Se habla ya de su próximo enlace, y en la taberna ha dicho que una mujer no cuesta tanto como una vaca.

—Que aldeas tan preciosas sino hubiese aldeanos! exclamó Genoveva. Pero la gente es mejor en Champauvert, por que en el castillo ha vivido mi tia.

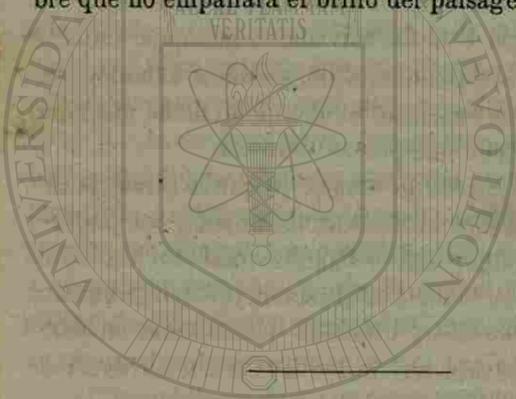
—Yo, dijo Octavio, me quejo de la civilizacion bajo el punto de vista del paisaje. Los caminos de hierro y las máquinas hacen desaparecer los bosques y montañas.

Genoveva replicó á Octavio, diciéndole que no conocia bien la naturaleza, la inestinguible é invencible naturaleza, que desafía al hombre y su compás. Para amar á esa eterna enamorada, es preciso alargar los brazos, vivir entre sus mágias, bajar á sus luminosos abismos, escuchar sus adorables sinfonías.

—Para amar la naturaleza, observó el señor Jericó, es necesario no ver mas que las bestias, y dejar de ver á los labriegos.

Octavio, que, con frecuencia habia deificado el oro, dijo que él tenia la culpa de todo.

—Nó, dijo el señor Jericó: el aldeano no es tan malo como parece: decretadle la gallina que Enrique IV deseaba poner en el puchero de todos sus súbditos; enseñadle á leer, colocad en las aldeas una docena de buenos libros, y hareis del aldeano un hombre que no empañará el brillo del paisaje.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## V.

## ANTONIO Y ANTONIA.

Octavio se paseaba con frecuencia á caballo, explorando aquel hermoso país, que no habia visto desde hacia mucho tiempo.

Fué el recuerdo de Violeta, lo que le atrajo al castillo de Pernand? Es posible. Las casas y los jardines guardan siempre algo de las personas que han vivido en ellos. A Octavio le constaba que no hallaria á Violeta en Pernand, ni aun su retrato; mas le parecia que respiraria allí no se que dulce perfume de aquella alma encantadora.

De Parisis á Pernaud no median sino cinco leguas; se tienen que cruzar dos montes sembrados de bosques y viñedos; un verdadero paseo para un caballo y un ginete.

Cuando Parisis llegó frente el castillo, se quedó sorprendido al ver en su puerta una caravana de bohemios que tocaban el violin, el tamboril y la gaita. Eran italianos, quemados por el sol, vivarachos, alegres y bulliciosos. Octavio se preguntó porque daban aquel concierto frente al castillo solitario.

Hizo una seña al tocador de violin para que se le acercara, y le dió un luis.

—Por qué tocas?

—Que tontería! dijo el niño; toco porque esto me divierte. Harto sé que no hay nadie, puesto que la señora ha muerto.

—Que señora?

—Que tontería! la señora que tomó un veneno.

Octavio no dudó que aquel niño era el famoso tocador de violin.

Lo examinaba con detenimiento, en tanto que el pilluelo miraba con alguna sorpresa el luis que habia recogido, cuando vió llegar la *prima donna* de la compañía, la cual era una italiana de quince años, que no sentia aun los impulsos de la coqueteria.

Parecia un pilluelo como los demás y era adorablemente hermosa.

No deseaba mas que jugar, reir, cantar, correr y bailar. Sus quince años eran como una cancion chispeante. Estaba ya en la juventud florida, sin saber que era ya doncella.

Aquella flor en todo su brillo, era una flor salvaje. El jardinero de la civilizacion, no habia aun quitado el alma á su cuerpo.

O mejor dicho, si tenia un alma, la dejaba aun dormir en el corazon. Como en algunas mujeres era indispensable que el amor hiciese en él la luz.

Al principio tendió su mano á Octavio; pero sintiendo caer sobre ella, como dos rayos reveladores,

los ojos del mancebo, la niña metió la mano en su bolsillo y se volvió.

—Quién es esa loquilla? preguntó Octavio al gefe de la compañía.

—Mi prima.

—Como! tú prima viaja contigo? Que dirá su madre?

—Qué tontería! su madre no la dirá nada porque ha muerto.

—Por qué vinisteis aquí?

El pilluelo creyó que debia responder á un hombre que daba un luis. Contó que habia pasado todo un invierno en el castillo con la señora Portien, que habia ido á Italia, que no queria este país porque siempre habia en él revoluciones, que habia vuelto á Francia donde habia mas dinero, y que cruzando aquella comarca, habia querido ver el castillo de Permand, donde tanto se habia fastidiado y divertido.

Octavio seguia mirando á la *prima donna*.

—Haz cantar á tu prima, dijo.

El empresario de la Compañía dió, de una manera brutal; órden á Antonia para que cantase. Pero ella le miró al soslayo y no quiso abrir sus labios.

—Voy á pegarte! le dijo su primo.

Ultrajada por esta amenaza pronunciada en voz alta, Antonia cogió al pilluelo y le hizo morder el polvo.

—Bravísimo! exclamó Octavio. Hé aquí una chica que no es manca.

Pero no había murmurado estas frases cuando la pobre Antonia, atacada por la Compañía, mordió á su vez el polvo del camino. Furioso su primo la pegó con su violin antes de que Parisis tuviese tiempo de bajar de su caballo.

Octavio le cogió por una oreja y le sacudió con fuerza.

—Ah tuno! crees acaso, dijo, que te he dado un luis para que azotes á la pobre niña?

Parisis cogió su otra oreja. La *prima donna* se había levantado.

—Hé aquí, dijo ésta, como me paga desde que estamos en Francia. En Italia no se pega á las niñas.

—No te pegará mas. Yo le vigilaré aunque esté léjos de mí.

El pillete se asustó y cayó de rodillas.

—Toma, le dijo Parisis, aquí tienes otro luis; pero cuida mucho de no pegar jamás á tu prima.

Subió á caballo y marchó para volver á Parisis.

Como en el monte el caballo tenia que ir al paso, Octavio se quedó sorprendido al ver llegar á Antonia sofocada por el cansancio.

—Signor! Signor! gritaba, salvadme de Antonio. Luego que comprendió que vos estabais léjos, volvió á pegarme.

—Corriente, ven conmigo.

Retrocedió y se dirigió á casa el cura de Pernand. No le conocia; pero estaba seguro de que encontraría allí un buen corazon y un buen consejo.

Sorprendió al cura cultivando su jardin, como Cándido, y en la creencia de que todo marchaba perfectamente bien en este mundo, que, segun él, era el mejor de todos. Octavio le presentó Antonia.

—Señor cura, le dijo, soy el duque de Parisis. Os presento una niña que viene de Italia para buscar fortuna en Francia. La verdadera fortuna para las mujeres consiste en la idea de Dios. Velad por ella, os autorizo para que la eduqueis en el castillo de Pernand con una aya; hacedlo en nombre mio y en el de mi prima, la cual, segun creo, os confió la guarda del castillo durante su ausencia.

Parisis contó que Antonia habia sido pegada por su primo.

—Caballero, dijo el cura, yo salvaré el cordero de los lobos, pues segun dice la Santa Escritura, «es necesario desviar las almas del camino de los pecadores.»

Antonia escuchaba con vaga sorpresa; comprendia que la suerte que se la reservaba era digna de envidia; mas hubiese preferido seguir á Octavio y montar en grupas de su caballo.

Resignóse, no obstante, y se contentó en besar su mano en señal de despedida.

El jóven prometió visitarla si el cura daba buenas noticias de ella.

No era aquella la primera vez en que Parisis se desviaba del camino del pecado. No ocurren en Paris esos encuentros entre aquel que busca una mujer y

aquella que busca un hombre? Cuando Octavio veía que se arrojaba á él una jóven hambrienta para arrojarse en el abismo con objeto de salvar los suyos de la miseria, el jóven la daba dinero y la despedía mas virtuosa que antes, diciéndola que, en su concepto, es necesario pagar las mujeres por sus virtudes y no por sus vicios.

No repito las frases de Octavio para suponer que sea digno del premio Montyon; pero no deseo que se juzgue mal á mi héroe bajo el pretexto de que era hombre enamorado.

No juraré, sin embargo, que Parisis no guardase en su mente alguna vaga idea de amar algun día á Antonia, pues el jóven se decia conservando el recuerdo de su voz y su semblante:

—Quizá he obrado bien metiéndola en el Conservatorio.

## VI.

## EL MAÑANA DE LA DICHA.

El hombre que construye su dicha es semejante á esos niños que levantan un castillo de naipes. A cada instante el edificio se desploma antes de hallarse concluido. Si por casualidad ó por destreza este castillo logra terminarse, el niño lo admira y se estraña de verlo tan hermoso; pero casi en aquel mismo instante se camplace en destruirlo.

El señor de Parisis tenia ante sus ojos el castillo encantado para alojar en él su dicha. Su dicha estaba compuesta de todas las poesias; saboreaba religiosamente ese amor de una virgen que el poeta llama una Piedad. Habia encontrado un ángel guardian visible, habia encontrado el Amor bajo la forma de la Belleza. Genoveva, demasiado romántica antes de su matrimonio, habia tomado la sonriente gravedad de una esposa y de una madre; era el alma de la casa. Despues de todas las sacudidas y negligencias de la fortuna, Octavio se veía rico, podia vivir á su capricho ya en Paris, ya en su castillo, llevando una existencia de príncipe. Tenia los mas hermosos ca-

ballos del mundo, triunfaba en las carreras y su hacienda estaba próspera. Solo tenía que pronunciar una frase para volver á empezar su carrera en la Cámara de Diputados: los hombres mas influyentes del distrito habian ido á ofrecerle veinte mil votos en las próximas elecciones. Si queria entrar en la diplomacia solo debia indicarlo toda vez que habia dejado excelentes recuerdos en casa el ministro ó en el palacio del Emperador. Todo, pues, le sonreia; pero la verdadera dicha no pertenece á este mundo. El infinito, que es la fuerza de nuestra alma, nos condena sobre la tierra; en el castillo de la dicha abrimos la ventana para ver el mas allá; deseamos lo desconocido constantemente devorados por esa curiosidad vici6 la leche de nuestra primera madre.

Hé aquí porque en el castillo de Parisis que se habia convertido en el castillo de la Dicha, Octavio abria la ventana y contemplaba el horizonte.

Qué hay mas allá de las nubes, mas allá de las montañas, mas allá de las nieves eternas, mas allá de los océanos, mas allá de las estrellas, mas allá de los mundos? Por mas que el alma se fatigue en la carrera de lo infinito, nunca llega á su término.

Si se ama tanto el amor es porque el amor es un átomo de lo infinito, es un abismo sin fondo, es un cielo sin barrera, donde uno se lanza y vuela perdidamente. Amar casi equivale á ser Dios; equivale á vivir la existencia eterna; equivale á probar el cielo, á fundirse en la inmensidad.

Aunque Parisis no fuese en materia de amor un soñador platónico; aunque en él el amor fuese mas bien una accion que un sentimiento, como era un buscador y como su cuerpo no entregaba su alma, sentia en sus abrazos de una hora, en sus pasiones de un dia, todas las embriagueces del pensamiento; se embarcaba á toda vela, para alcanzar la dorada orilla, los países imposibles y los caminos estrellados.

Verdad es que su mujer le era mil veces mas querida que todas las criaturas que habia «arrastrado.» Pero no le daba el vértigo. Improvisaba en torno suyo un horizonte de oro y azul; pero aquello era el mundo conocido; por mas que variase hasta lo infinito, las melodias y sinfonias de su alma pertenecian siempre á la misma ópera.

Octavio tenia la desgracia de entusiasmarse demasiado en los estrenos.

Hé aquí porque al llegar el invierno hizo que Genoveva se decidiese á ir dos ó tres meses á Paris, por mas que el jóven la hubiese dicho mas de veinte veces que el invierno se deslizaria viviendo en Parisis.

Se llevaron, pues, su dicha á la capital de Francia.

VII.

PARA QUÉ?

La condesa de Enraygues habia caido desde los brazos de Octavio á los del príncipe Azul. Sentia que su primer amante ya no la queria; creia hallar los mismos imprevistos encantos en el amor de otro. Pero cuando se ha cenado en la mesa de Lúculo la cena de Marcelo no satisface. Cuando se deja Nápoles y se aborda en Liorna, nadie cree hallarse en el Paraiso. El príncipe era un hombre de talento; pero al fin y al cabo era un hombre. Parisis tenia algo de Dios y del diablo. Por otra parte el príncipe cometió la locura de enamorarse locamente; se arrastraba á los piés de Aliza como un esclavo, como un perro; siempre le cantaba la misma canción. A una mujer romántica cual ella la era indispensable un alma superior.

La buscó en todas partes sin hallarla. En vano se dejó ver en el medio mundo, en el mundo de los cómicos, en vano intentó aparejarse con uno de esos hombres á la moda que vuelven locas las mujeres.

Siempre halló la nada del talento y la nada de la pasion.

—Ah! exclamó un dia llorando con abundancia: Parisis ó la muerte.

Escribió á Octavio que le aguardaba. Octavio no fué y la respondió con esta sencilla frase:

*Para qué?*

Para qué!

En efecto el sueño estaba desvanecido: habian leído juntos la primera y la última palabra del libro. Para qué?

En aquel dia la condesa entró en una iglesia y oró largo tiempo.

Por la noche quiso entrar en un convento.

—Para qué? repitió; Octavio me ocultará Dios.

chado valientemente contra todas las tentaciones. Ya se ha visto que el verdadero culpable era su esposo. Si el señor de Entraygues se hubiese mostrado mas digno de aquella mujer romántica, hubiese doblado el cabo de las tempestades sin hacer traicion á aquel himeneo al cual su mujer habia traido todas las ilusiones y todas las gracias de los veinte años.

Mas Parisis habia pasado por allí.

La jóven habia amado á Parisis con toda su alma y nunca habia cesado de amarle; mas no pertenecia al destino de Octavio el ser feliz con una mujer fuese esta quien fuese. Desgranaba el amor como un niño desgrana su pan á los pájaros.

En vano la señora de Entraygues habia caido desde los brazos de Parisis á los del príncipe azul para caer al siguiente dia en otro amor, para dar luego otra caida mas profunda: nada habia podido arrancarla su amor al primer amor. Se habia divertido con los golpes de dado de lo imprevisto; habia comprometido mas y mas lo que aun la quedaba de dignidad y nobleza; despues de haber sufrido el desprecio de todo el mundo se despreciaba á sí misma.

Nada le quedaba ni siquiera Dios. Cuando se da la vida el primero que llega se aleja uno de Dios por respeto á Dios, si es que no se le ha olvidado.

Ni tan solo le quedaba su familia, puesto que habia concluido por indisponerse con su abuela y las hermanas de su madre. Una de sus tias habia ido á Paris con objeto de arrancarla á sus locuras: la habia

## VIII.

## LA CASA.

La señora de Entraygues, habia, pues, querido reposar su cabeza en el mármol del altar, pero en vano se habia golpeado la frente en la iglesia de los tres conventos que habia visitado y donde no habia logrado desterrarse del mundo. Una insaciable curiosidad la echaba fuera de aquellos santos refugios, la fiebre de vivir le privaba de tranquilizar su corazon en la soledad y el silencio. Si Violeta hubiese continuado en Pernand, quizá hubiese ido á vivir con ella, quizá se hubiese encadenado, sin gran violencia, en aquella amistad tan dulce y tan suave. Aquella naturaleza ardiente odiaba los deberes del gran mundo lo mismo que las licencias del medio mundo y necesitaba un corazon valiente que la amara siempre.

Era de esas mujeres que no pueden vivir refugiadas en sí mismas, en el horizonte de su alma; naturaleza expansiva y de fuego corria siempre tras de las aventuras, buscando el amor sin encontrarlo, porque llevaba consigo un ideal irrealizable.

Antes de pertenecer al duque de Parisis habia lu-

dirigido severos reproches y la condesa se sublevó contra ella para siempre. «Decid á mi abuela, esclamé, que no sufriré jamás tales reproches; puede desheredarme, pero jamás me obligará á humillarme ante vos.»

Su abuela, sin embargo, no la habia desheredado; pero las tías lo arreglaron tan bien, gracias á los cargos que hicieron á la condesa que no la tocó casi nada porque la fortuna consistia en tierras inagenables.

Aliza no habia visto á su esposo que vivia en el Pointon de una rentista perteneciente á su familia: se habia convertido en pescador de caña, sin echar de menos una juventud infecunda, en la que, verificado el balance, habia tenido mas disgustos que placeres.

Aunque la señora de Entraygues tuviese fama por la frescura de su tez, la redondez de sus fornidos hombros, y el brillo de sus hermosos ojos, concluyó por caer enferma.

Cayó enferma porque su alma estaba enferma.

Habia querido jugar de un modo que desafiaba su fortuna: habia disipado aquella salud preciosa que envidiaban todas las mujeres que hacen su entrada en el mundo, con una juventud ya gastada.

Aliza, desde hacia algun tiempo, vivia en el boulevard Malesherbes: su cuarto bastante reducido, no traia á la memoria el lujo de su palacio situado en la avenida de la Reina Hortensia. Así es, que no le gus-

taba permanecer en casa. Se levantaba tarde y almorzaba en la cama; iba á su salon y allí recibia algunos hombres atormentando su piano, como para atenuar las muchas torpezas que soltaban. Rara vez comia en casa; volvia á ella muy tarde recorriendo los teatros, y cenando fuera de cuando en cuando: sucedia en ciertas noches que no se acostaba, lo cual no escandalizaba á nadie, escepto á ella misma, pues habia guardado, sin quererlo, cierto reflejo de dignidad.

Cierta mañana en que no habia vuelto á su casa, por mas que se sintiese muy enferma, cruzó por la avenida de la Reina Hortensia, para atravesar el parque de Monceaux. Cuando pasaba por allí, miraba naturalmente la fachada de su antigua casa, que parecia tambien mirarla con una espresion por un lado triste y por otro severo.

En aquel dia observó en él dos carteles: la casa estaba de venta.

Terminada la causa sobre separacion de bienes, los acreedores, de comun acuerdo, habian vendido el palacio con sus muebles á un indiano recién casado, el cual queria instalar allí su dicha conyugal. Mas parecia que la dicha conyugal, no queria alojarse en el palacio: el indiano se vió precisado á emprender un viaje á Nueva York, y dejó á su mujer, que tampoco era amiga de la soledad.

Cuando volvió de América, la mujer habia desaparecido. Esta desaparicion romántica hubo de

meter mucho ruido: el americano buscaba aun su mujer.

He aquí porque la casa estaba de venta; pero se debía comenzar por vender los muebles.

La señora de Entraygues, despues de haber leído rápidamente los carteles, franqueó su dintel apresuradamente.

Tenia miedo de ser reconocida: ignoraba que Paris lo olvida y lo renueva todo en menos de dos años. El torrente que pasa hoy se lleva los átomos de ayer. No se vive al dia, se vive á la hora.

No fué reconocida en la casa.

Tampoco se reconoció ella en ella. Era efectivamente la señora de Entraygues, la mujer que subia la escalera? Era aquella jóven envidiada de Paris por la cual piafaban en el pátio hermosos caballos ingleses? Entonces tenia su parte de reinado en el mundo. Quien era aquella mujer que en aquel instante subia la escalera?

--A donde vais, señora? le preguntó una voz ágría.

A donde vais señora? Lo sabia ella acaso? Comprendió entonces que no subia la escalera de su casa.

--Voy á ver los muebles porque quiero comprarlos.

--No se enseñan hasta las doce.

La condesa siguió adelante.

Pobre mujer! cada paso que daba le arrojaba en brazos de Octavio. Al apoyarse en la barandilla re-

cordó la primera noche en que aguardaba á Parisis vestida con aquel traje, blanco, ideal y negligente. Recordó la manera con que el jóven la llevó en frente de la chimenea que chisporroteaba alegremente en su cuarto. La novela de aquella noche, ó, mejor dicho, su recuerdo, llenaba aun su alma: su ilusion fué grande al ver su cámara tal como la habia dejado. El mismo lecho, el mismo confidente, el mismo reloj, los mismos jarrones. Pero en los jarrones no habia flores.

--Ay! exclamó la condesa, yo tambien he cambiado mis flores naturales por flores artificiales.

La americana, por decirlo así, no habia hecho mas que cruzar aquella cámara. Ya se sabe por otra parte que las extranjeras aceptan con gusto las formas y las modas así del interior como del exterior. Viven por espacio de un año en un cuarto que otro arregló á su gusto: cuando se ván, todo queda en su puesto: tal es la fuerza con que la Francia impone sus costumbres.

Despues de aquellas sonrientes imágenes que araucaron dos lágrimas á los ojos de la señora de Entraygues, otras imágenes mas serias hubieron de llamar su atencion. Parecióla que las figuras del Deber y de la Virtud miraban tristemente aquella casa. Recordó todos sus estravíos; pensó en todas sus ruinas, ruinas del corazon, ruinas de la juventud, ruinas de la fortuna. Cayó sobre un sofá murmurando:

--Quiero morir!

Y luego, contemplando su lecho, añadió:

—Quiero morir aquí.

Esto era muy fácil de decir; pero como podía morir en aquella casa que no era suya y en aquel lecho que iba á ser vendido?

Salió apresuradamente y se dirigió á la calle de Castiglione, á casa del notario encargado de vender aquella casa.

Con lo poco que le quedaba de la herencia de su abuela le era imposible vivir en ella; mas como solo deseaba morir, no habia que hacer muchos cálculos. El notario pidió por el palacio diez y ocho mil francos al año: no regateó y dijo que firmaría el contrato en seguida. Se fué luego á ver un comerciante en muebles y le dijo que comprase á cualquier precio todos los que habia en el dormitorio, en el cuarto de labores y en el gabinete de tocador.

Era en invierno y no costaron muy caros.

Al siguiente día, mientras los vendedores se llevaban su botín, la señora de Entraygues, acompañada de su doncella—su antigua doncella que habia vuelto á tomar—entraba en el palacio que ella habia adornado con sus manos y sobre todo con su gracia. El conserje, que la aguardaba, habia borrado apresuradamente las huellas que habia dejado la subasta de los otros muebles; mas no pudo borrar cierto aire de tristeza y de desolacion que se observaba en el puesto que aquellos ocupaban.

La señora de Entraygues no pudo menos que re-

correr con una palmatoria en la mano aquellos hermosos salones despoblados como por una mano enemiga. Esperimentó cierto bien estar al penetrar en su cuarto que habia cerrado á los curiosos, y donde todo estaba en órden. Durante el dia su doncella habia ido allí para colocar flores en los jarrones y arreglar la cama. Habia esparcido en el dormitorio los perfumes que gustaban mas á su señora y habia llevado á él algunos libros con frecuencia hojeados, de forma que la señora de Entraygues se convenció de que, estaba en su casa.

Respiró y dió un suspiro.

—Por fin, abordé en la orilla! dijo.

Sí, aquello era la orilla. Se habia embarcado durante la borrasca; despues de todas las angustias del naufragio lograba, ya moribunda, llegar á puerto.

Luego que estuvo sola se postró de rodillas y dió gracias á Dios.

—Os agradezco, Dios mio, dijo, el que me permitais morir en mi casa.

había sido de ella, puesto que no la encontraba nunca en los salones donde acompañaba su mujer. Ya se sabe que la señora de Entraygues había dejado al jóven un recuerdo muy vivo; no se había eternizado en este amor; pero la condesa no era como aquellas mujeres á quienes se había amado *de pasada*, ó, usando de una frase mas propia, á la moda de Parisis. Aliza se había resistido de un modo encantador; sus alegres conversaciones, cuando se disfrazó de Dama de Espadas; las escenas pintorescas del dia en que corrió patines, las íntimas que ocurrieron en la escalera de onyx, la taza de té donde los dos bebieron, su encuentro en el castillo de Parisis, esparcian en los recuerdos de Octavio un embriagador perfume que le hubiese echado facilmente en brazos de su querida.

Siempre que cruzaba la avenida de la Reina Hortensia, hacia como ella: besaba con la mirada la fachada del palacio de Entraygues.

Al siguiente dia de su llegada á Paris, cruzaba por allí en coche, acompañado de Genoveva, y observó que había allí carteles: se anunciaba la subasta de los muebles: No observó nada á Genoveva; pero se dijo á sí mismo que no faltaria á la subasta.

Quería comprar la tetera de viejo Sevres que hacia el té tan bueno?

Fué á la subasta desafiando, pues todo lo desafiaba, la malicia de los que podian reconocerle y recordarle la historia del duelo.

## IX:

## LA DE ENTRAYGUES.

El señor de Parisis no había visto á la señora de Entraygues desde que se había casado. Algunos dias despues de la ceremonia había recibido de ella este billetito escrito en el estilo moderno que ella había adoptado.

«Era necesario.

»Sed feliz: este será el último dia hermoso de mi vida.

»Lo mismo dá; casi no llego á creer que esteis casado.

»Y vos, lo creéis?

»Sí; no es cierto? porque Genoveva es la mujer verdadera.

»Esta flor que os envio es la flor del olvido.

»ALIZA.»

A este billete Octavio había respondido con otro mitad sentimental, mitad burlon, segun su costumbre. Preguntábase alguna vez con melancolía lo que

Como se vé, un mismo sentimiento habia brotado en su corazon y en el de Aliza: el sentimiento del pasado. Solo que él queria vivir una hora, mientras que ella deseaba morir.

En la subasta se le dijo que los muebles del dormitorio, del cuarto de labores y del gabinete de tocador se habian vendido en un lote. Preguntó por qué, y se le respondió que la señora de Entraygues habia dado orden de comprarlos á cualquier precio. Lo comprendió todo y quiso marcharse; mas á pesar suyo se detuvo allí porque oyó algunas conversaciones donde se contaban sus hechos.

Se contaba su historia y se hablaba de ella como de una mujer cualquiera.

Sintió un gran dolor: nunca habia tomado tan bien el pulso á la opinion pública. Todo el mundo apreciaba á su manera aquella segunda compra de los muebles.

—Se imagina quizá que así compra su virtud perdida.

—Su virtud! Conozco mujeres que la han comprado á mejor precio.

—Parece que esta virtud no costó mucho al señor de Parisis. Dícese que en sus primeras locuras rompieron dos tazas de Sevres que valian dos mil francos; eran dos alhajas de Trianon.

Octavio estaba furioso; mas se contuvo. La conversacion siguió:

—Y qué se ha hecho de esa mujer á la moda?

—Está mas en moda que nunca. No habeis oido hablar de la de Entraygues?

—Ah! es ella?

El que habia dicho «la de Entraygues» era un caballero decente, pero que no pertenecia por completo al gran mundo. Octavio le dijo con cóiera:

—Caballero: cuando se habla de una mujer á la cual no se conoce, no se la llama «la de Entraygues.»

El caballero palideció, balbuceó algunas frases y se perdió entre la gente.

Esta indignacion de Octavio cambió visiblemente la opinion pública respecto la condesa, por lo menos hasta el fin de la subasta: nadie se atrevió á hablar de ella con desprecio.

Unicamente los que no conocen las mujeres son los que hablan mal de ellas.

## X.

## LA MUERTE DE UNA PECADORA.

Transcurridos algunos días, cruzando Octavio la avenida de la Reina Hortensia, después de haber comido en una de las fondas del parque Monceaux, vió una luz en el dormitorio de la señora de Entraygues. Conocía perfectamente la ventana.

—A que viene esa luz? se preguntó.

No dudaba que la condesa había vuelto á comprar sus muebles para habitar su palacio.

Llamó.

—Quién vive aquí?

—La señora de Entraygues.

Subió con rapidez la escalera sin que se recobrase de su sorpresa.

La doncella, que acompañaba á un médico, exclamó:

—El señor de París!

Y cuando el médico hubo salido:

—Ah! prosiguió, el verdadero médico sois vos, señor duque.

Y le guió al cuarto de su señora.

Octavio no había pronunciado una frase y no supo que decir al ver á la señora de Entraygues pálida y acostada en su lecho como en un sepulcro.

Se podía repetir aquello del poeta: «Se escapó de brazos del amor para ir en brazos de la muerte.»

Octavio sintió como un golpe en el corazón. Cogió la mano de Aliza y cayó de rodillas.

—Ah! mi buen amigo, dijo ella, en verdad que no os aguardaba. Creía morir sola como un perro: mas no me quejaba, porque me saciaba en mi dolor como en otro tiempo me saciaba en mi dicha.

La moribunda, pues estaba ya moribunda, se reanimó un poco.

—Dios me perdona, añadió, toda vez que os envía para decirme adios. No me atreva á esperar esta gracia.

Y después de un instante de silencio prosiguió:

—Soy muy feliz al veros!

La condesa tenía en la cama, un espejito con marco de plata, que levantó con su mano izquierda: su mano derecha permanecía entre las manos de Octavio.

—No me veis, amigo mio? Y sin embargo vos sois la causa de tal metamorfosis!

—Yo!

—Sí, vos! Dejadme deciros, dejadme creer que vos y no nadie mas, es quien me mata. Creedme, Octavio: dígame lo que se diga, la mujer, cualquiera que sea, vale siempre mucho mas de lo que parece.

La condesa se incorporó sobre su almohada.

—Ya lo veis, mi querido Octavio, cuando una mujer ha caído desde gran altura, puede repetir las frases de Jesús: «Estaré triste hasta que muera.» En vano rie; está herida en el fondo de su corazón.

Apoyó la mano de Octavio contra su pecho.

—Ya lo veis: hace ya mucho tiempo que el miolate con demasiada rapidez; se diría que quiere gastar un año en una hora. Si herida en el corazón. Todos esas pobres mujeres son demasiado calumniadas, á menos sin embargo....

Miró con amor á Octavio.

—A menos sin embargo de que encuentren un hombre que les proteja en su fragilidad y que las consuele de todo, hasta de su honor perdido.

Octavio se hallaba profundamente impresionado.

La señora de Entraygues que había sido en varias ocasiones mal juzgada, porque daba el espectáculo de una mujer que había abdicado su dignidad, le dominaba desde lo alto de su dolor.

—Es posible, se decía el mancebo, que tan pocos momentos de placer, sean pagados tan caros?

Al verla tan cambiada no volvía de su sorpresa. En algunas semanas de estar enferma, la señora de Entraygues no era la sombra de lo que había sido. El sello de la muerte se hallaba ya impreso en aquel rostro en otro tiempo tan vivo y tan hermoso.

—Alíza! dijo por fin el mancebo, es necesario vivir. Genoveva vendrá á veros y os probará que no to-

do está perdido. Se juzga á las mujeres por su corazón, y no por sus acciones. Vos tenéis un corazón noble.

Y para animarla, añadió esta piadosa mentira:

—Ayer la duquesa de Campagnac me habló también de vos, y dijo que vendría á veros.

La moribunda sonrió con amargura.

—Decid á la duquesa de Campagnac que le estoy agradecida: decid á Genoveva que la amo; pero quiero morir! quiero morir! quiero morir!

—Porqué?

—Porqué! Y lo preguntais? Harto lo sabeis. Mi voluntad, solo mi voluntad me ha tendido en este lecho mortuorio. No habeis comprendido porque vine aquí? El sentimiento del deber me obligó á abrir esta puerta que mi amor por vos había cerrado.

Faltaba la voz á la condesa. Había agotado sus fuerzas en las emociones de aquella entrevista inesperada.

—Sabedlo, amigo mio, he querido morir en mi casa, en mi dormitorio, en mi lecho. Se juzgará esto como la gente quiera. Por lo que á mí se refiere, juzgo que obro bien. Todo lo he dispuesto para mi último día. Mañana me reconciliaré con Dios. No lo creereis: mi Extrema Uncion será una verdadera fiesta.

Octavio admiraba la grandeza de la mujer, en su fragilidad misma. Perdíase en este abismo donde Dios ha señalado lo infinito; maravillábase de ese

vivo rayo de inteligencia que en toda criatura se trasluce.

—Abrid la ventana, dijo de pronto la señora de Entraygues.

El aire le faltaba; se encontraba mal. La doncella, que acechaba el instante en que podría ser útil, bañó su frente de agua helada.

—Oh! interrumpió esta; he aquí una visita que le hará mucho bien, y que le hará mucho mal.

—Adios, amigo mio, dijo la señora de Entraygues abriendo un poco sus ojos. Volverás mañana?

—Sí, volveré.

—Después de las tres, porque el cura de San Felipe de Roule, vendrá á las dos.

Octavio besó con dulzura la frente de la condesa, y se alejó con tristeza sin la esperanza de volverla á ver.

Al siguiente dia, mandó preguntar por ella. Habia pasado muy mala noche, y el médico no le concedia mas que algunos dias.

Octavio no habia dicho nada á Genoveva. Luego que hubo comido y entretanto llegaba la hora en que debia presentar á su mujer en las Tullerías, Octavio corrió á ver la condesa.

Por mas que estuviese muy contenta de haber comulgado, estaba mas mala que en el dia anterior; no podia respirar ni siquiera permaneciendo sentada; el médico la habia llevado en un sillón frente á la chimenea, y á cada instante era indispensable abrir la ventana.

—Lo que prueba que vá á morir, dijo la doncella á Octavio, es que no pasa un minuto sin que consulte el reloj, ó pregunte la hora que es.

Y en efecto: no bien Aliza hubo levantado su mano para tenderla á Octavio, dijo con voz apagada.

—Son las nueve, no es cierto?

Miraba el reloj; pero ya no veía. Habia oido como daban las horas; pero no sabia contarlas.

—Sabeis cuando moriré? dijo mirando con dulzura á Octavio.

—Morireis cuando cúmplais ochenta años.

La jóven sonrió con impaciencia.

—Moriré á las doce de la noche.

Y como en su espíritu habia un fondo de burla como en el de Octavio, no pudo callarse lo siguiente, que denunciaba á la pecadora:

—Y vos no estareis aquí cuando yo echaré mi taza al mar!

## LA ESQUELA DE DEFUNCION.

Segun había ya dicho, la condesa de Entraygues murió á las doce de la noche.

Murió reconciliada en Dios; pero su última palabra fué para Octavio.

—Si viene mañana, le dirás que bese mis cabellos, dijo á su doncella.

El duque de Parisis volvió para ver á la moribunda.

Habia fallecido.

—Señora, dijo arrodillándose: yo os pido perdon.

Todas las amigas de Aliza, cuando Aliza pertenecía al gran mundo, recibieron la siguiente esquela:

†

El coronel O'NEIL y la señora MARY O'NEIL, lord LEIGHTON y lady LEIGHTON, mis LUCY y JANE LEIGHTON, tienen el honor de participar á V. la dolorosa pérdida que acaban de sufrir en la persona de la señora CONDESA DE ENTRAYGUES, ALIZA DE CHARMOY MAC-ORCHARDSON, su prima y sobrina, que falleció á los veinte y siete años en su casa de la avenida

de la Reina Hortensia, é invitan á V. para que se sirva asistir á su entierro y á los funerales que se celebrarán en la Iglesia de San Felipe del Roule, el sábado 12 de Enero, á las doce de la mañana.

*La comitiva se reunirá en la casa mortuoria.*

Segun su deseo, la señora de Entraygues habia muerto en su casa.

La comitiva se podia reunir en la casa mortuoria.

Pero el mundo no perdona nunca aun cuando uno se muere en su casa, y con todos los Sacramentos de la Iglesia.

El mundo es mas severo que Dios.

En la casa mortuoria, unicamente se reunieron tres mujeres.

La duquesa de Parisis, la marquesa de Fontaneilles y la duquesa de Campagnac.

Oraron por la difunta en San Felipe del Roule.

—Ay! exclamó la marquesa de Fontaneilles, la pobre Aliza tenia mucha razon cuando dijo: «No me disfrazaré mas de Dama de Espadas.»

—Sí, lo recuerdo, observó la duquesa de Campagnac. Cuando echamos suertes sobre el traje que debíamos usar, Aliza tuvo miedo de que la tocara el de la Dama de Espadas, y exclamó: «Peor para mí: no hay que retractarse.»

—Quien sabe, dijo la marquesa, si el traje de Dama de Copas y el de Dama de Oros nos traerán la dicha.

Las dos amigas se miraron como dos mujeres que no son felices.

—Solo Genoveva ha tenido la dicha de poner la mano sobre un buen naípe, dijo la señora de Campagnac. La Dama de Palos es la Dama de la Dicha.

—Oh! sí, dijo la duquesa de Parisis; mas mi dicha es tan grande que me asusta!

## XII.

## LA ENLUTADA.

Quando las tres grandes señoras hubieron acompañado el cadáver al cementerio, y se hubieron alejado de la tumba de la señora de Entraygues, una jóven, vestida completamente de negro, con un ancho traje de cachemira y el rostro oculto en un velo doble, se arrodilló y oró por mucho tiempo.

Eran las dos: sombrías nubes se cernían sobre el cementerio del Padre Lachaise y algunas gotas empezaron á caer sobre la enlutada, que siguió allí sin que levantara su cabeza.

Habia oído, oculta detrás de un monumento cinerario, la oracion fúnebre de las tres amigas de la señora de Entraygues.

—Ignoran, dijo la jóven, que los estravios del amor no están muy léjos de la virtud.

Y contemplando la fosa, que quizá aguardaba una losa de mármol, ó quizá no aguardaba mas que la yerba de los cementerios, murmuró:

—Pobre mujer!

Y despues, llevando su mano al corazon, añadió:

—Pobre jóven!

### XIII.

#### EL DOMINÓ ROSA.

Cuando Octavio y Genoveva llegaron á París, se hablaba como una de las mas hermosas fiestas del invierno, de un baile de máscaras que debia dar la princesa...

La princesa habia ido ella misma á rogar á la duquesa de Parisis que fuese al baile, que era por decirlo así, el acontecimiento de la semana. Aunque Genoveva hubiese jurado vivir en el hermoso palacio que Parisis tenia, y donde ella tanto habia vivido idealmente, prometió á la princesa ir á su baile.

—Fuera de esto, dijo, el duque de Parisis irá aunque yo no vaya.

—No quiero á él, sino á vos.

—Pues bien, irémos juntos.

—Nobleza obliga, mi querida duquesa: pertenecéis á vuestro esposo, mas tambien pertenecéis al gran mundo.

Estaba Genoveva resuelta á ir á aquel baile? Es cierto que se hizo construir un traje que parecia una nube color de cielo; pero cuando se vestia suplicó á

Octavio que fuera solo al baile; le dijo que presentia algo triste, y que era demasiado feliz, para arriesgar su dicha. Octavio insistió, pero la jóven suplicó tanto que quedó vencido.

—Pues bien, no iré, dijo Octavio: pasaremos dulce y amorosamente la noche en la chimenea.

—Amigo mio, le dijo Genoveva, iréis al baile. No hay que desairar á la princesa; me perdonará el que yo no haya ido á su fiesta, si en cambio vais vos á ella.

—Pues bien, dijo Parisis, iré; mas luego que la haya hablado, volveré aquí. Son las once; á las doce tomaré el té en vuestra compañía.

—Te conozco máscara. Una vez en el baile, te verás asaltado por todas las mujeres; así, pues, no quiero aguardarte. Me encontrarás acostada; si tu me amas despues de ver tantas bellezas armas al hombro, me despertarás con un beso.

Octavio se vistió; se disfrazó con frac, calzones cortos, zapatos rojos y manto veneciano.

Al verle salir, la duquesa no pudo contener este grito:

—Que hermoso estás!

El jóven se volvió hácia su esposa, la contempló estasiado y exclamó á su vez:

—Que hermosa eres!

La duquesa no se habia engañado; no bien se vió en el torbellino del baile, Octavio fué asaltado. Halló de repente mas de veinte mujeres á las cuales habia

querido mas ó menos; amores de una estacion; amores de una semana, amores de un dia, amores de una hora, pasiones comenzadas y pasiones concluidas; rebeldes y vencidas; las que habian dado su corazon, las que habian dado su cuerpo; almas todas estraviadas por don Juan de Parisis.

El jóven se divirtió en aquel juego. Al principio se vió algun tanto turbado, ya fuese que la imágen de Genoveva se le apareciese, ya fuese que hubiese perdido la costumbre de entablar aquellas rápidas batallas donde es necesario ir armado hasta los dientes con frases chispeantes; pero á los cinco minutos volvió á recobrar su talento aventurero.

Entonces fué cuando se vió embestido por un dominó color de rosa, del cual no se descubria mas que una opulenta cabellera negra.

—Ah! eres tú, le dijo la máscara; cuanto tiempo hace que no te he visto. Te llorábamos todas. Quién será el alma de nuestras fiestas? Quién será el espíritu de nuestros corazones? Porque ya sabes que el corazon no es nada sin el talento. Es una primavera sin rosas.

—Cuan poética estás! Quizá no eres hermosa?

—Lo que me dices fuera muy impertinente dicho á tu mujer porque es hermosa y poética.

—Sí, pero hasta hoy solo he encontrado á mi mujer que fuese poética y hermosa. Ya ves que tengo el valor de mis opiniones.

Hablando así, segun su antigua costumbre Octa-

vio intentaba levantar la máscara del dominó y se acercaba hácia él todo lo posible á fin de reconocerla por el olor de su garganta ó los perfumes de su cabellera.

—Polvos á la mariscala y vago olor de flor de azahar? Es la duquesa de Campagnac.

Hé aquí lo que se dijo Octavio; mas luego vió que se habia engañado. La duquesa de Campagnac tenia mejor continente; creyó, pues, reconocer una jóven mal casada con la cual coqueteaba hacia tiempo.

—Pero no, murmuró; ya me hubiese dicho su nombre. Me parece que no vale la pena; se me figura que vivirá en algun palacio Rambaillet.

Pensó que quizá era aquella hermosa condesa que le habia citado en Cours-la-Reine. Pero la condesa era rúbia como Genoveva.

En vano buscó en su memoria; no recordó haber acariciado con sus amorosas manos y con sus ardientes lábios aquellos lujuriosos cabellos negros que se escapaban de aquel capuchon en ondas de ébano.

—No: Solo Violeta ha tenido tan hermosa cabellera.

Octavio pensó al fin y al cabo, que en un baile de máscaras es necesario aceptar las mujeres aunque no se conozcan. En un baile es donde sobre todo la mujer es mujer, pues gracias á la máscara que oculta su rostro, su corazon se muestra mas fácilmente. Cogió dulcemente el brazo del dominó rosa para llevarlo á los salones menos frecuentados.

—Oh! Dios mio! dijo la máscara: me olvidaba que yo me olvido y que vos os olvidais. No sois casado y no soy yo tambien casada?

—En los bailes de máscara nunca se es casado. Todo el mundo reconquista por una hora su libertad primitiva; se adquiere el derecho de decirlo todo sin rasgar por eso el contrato esponsalicio.

—Vaya una moral que no tiene pase! Al oír tales frases me indigno.

—Observad que me he convertido en el hombre de mundo mas formal; cuanto mas grave es la comedia de la vida, mas alegres deben ser los entreactos.

—Pero en el amor verdadero los entreactos no existen.

—Entendámonos. Las mujeres son absolutas en lo que se refiere á los principios del corazón; pero si tuviesen mas talento, guardarían siempre su amor y su dicha. Os desafio que me citeis un marido fiel que sea querido por su mujer. Las mujeres solo quieren aquello que se les escapa; meted un ruiseñor en una jaula y no cantará: es la imágen del amor fiel.

—Y si abris la jaula el ruiseñor irá á cantar á otra parte.

—Es posible que haga una escursión de una hora; mas luego volverá á su árbol querido.

Parisis soltó una carcajada y añadió:

—En verdad que por ser esta noche de carnaval nos hemos puesto furiosamente bucólicos.

Se me ha dicho que os habiais convertido en hombre rústico.

—Es cierto, yo que no podía dejar Paris sin llevar á Paris conmigo, vivo allí en mis tierras como un labriego. Volveré allí á la primavera llevándome vuestro recuerdo como una de esas imágenes que iluminan lo pasado.

—Mi imágen! No la habeis visto ni la vereis tampoco.

El duque de Parisis miró con fijeza al dominó que cerró sus ojos de una manera rápida, ya fuese que aquella mirada le quemase, ya fuese que temiera el ser conocido por sus ojos.

—Cuando no se os vé se os ama; cuando se os ama dónde se os vé?

La dama estuvo algun tiempo sin contestar á esta pregunta de Octavio.

—Cuando se me ama, no se me vé. dijo al fin.

—Pues bien, dijo Parisis con un acento algo brusco; por qué os entreteneis conmigo?

—Teneis razon; os hago perder el tiempo, pues supongo que no habeis venido aquí por la reina de Prusia. En hora buena: ya nos veremos; quizá no habeis perdido del todo vuestro tiempo.

—Ante todo dime un secreto que hasta ahora te has guardado: eres hermosa?

—Qué pregunta! no soy tan hermosa como bella.

El dominó irguió su cabeza y dijo esto con cierto

orgullo de raza que indicaba que lo que habia dicho era cierto.

Octavio quiso continuar la plática; mas el dominó rosa le escapó bajo el pretesto de su marido que iba á impacientarse.

—Ya te escribiré, dijo á Octavio.

Este no era aficionado á las novelas en cartas; pero aceptó la promesa con esta maquiavélica respuesta:—Te desafío á que lo hagas!

Vió que eran las doce; se habia divertido un rato; su corazon le recordó Genoveva.

Cruzó los salones para mandar llamar á sus criados; pero fué detenido por Villeroy, el príncipe Azul, Saint-Aymour, Montbrun y algunos otros que criticaban á los convidados formales que habian elegido disfraces de carácter y que, por decirlo así, estaban casi ridículos.

Aquel baile donde habia muchos disfraces y pocas máscaras estaba hermosísimo. Era la primera vez que se daba una fiesta en el palacio. No se podian abrir aquellos salones resplandecientes de oro y adornados con hermosas pinturas con un baile de frac negro; era indispensable que fuesen á bailar allí todos los siglos, y que se pasase el tiempo con los trages que caracterizan las épocas y las naciones.

La edad de hierro, que es siempre la de plata, estaba perfectamente vestida ya fuese en la española señora princesa de M., ya fuese en la alemana señora princesa de T....; pues hay que notar que en los bai-

les de trages, las españolas se convierien en alemanas y las alemanas en españolas.

Las inglesas que son muy amigas de viajar, visten los trages de todos los paises; mas no hay caretas que priven de reconocer que ellas son siempre inglesas. Las francesas se hacen con suma facilidad marquesas de la Regencia, tias del mercado bajo la monarquia de Luis XV, ó duquesas bajo la monarquia de Luis XVI.

Se embadurnan con polvos á la mariscala, creyendo así arrojar polvos en los ojos de aquellos que las miran. Algunas mas busconas parodian la Tallien ó la Recamier; pero no se atreven á adornar sus desnudos piés con anillos de modelo antiguo ni vestir con camafeos sus hombros.

Se celebró mucho una jóven que se presentó vestida de semicorchea: la señora Terpsicore no bajaba precisamente del Olimpo sino que para vestirse habia cruzado por el Parnaso de la Ópera. Su jubon estaba hecho con papel de música y los aires de Verdi, de Meyerbeer, de Gounod, de Aubert y de Offenbach, corrian alegremente en su cuerpo. Creo que hasta en su jubon se leia la música del porvenir.

Un hombre de talento se disfrazó de maleza: hizo una brillante entrada en el baile. Se encontró la idea hermosísima; pero á los cinco minutos aquella hermosa maleza se veia hartó comprometida pues todo el mundo la evitaba. «Vé con tiento, Maleza, que me arrancas mis blondas; tus espinas me destrozan la mano.»

Y la Maleza giraba sobre sí misma, obligada á pronunciar tantas frases como espinas traía. No se quería bailar con él y para hablarle se establecía cierta distancia. «Oh! Dios mio! exclamaba: acaso soy una zarza ardiendo?»

He conocido á otros, mucho mas desgraciados. Aquellos, por ejemplo, que toda la semana piensan en sorprender el universo con un hermoso traje á lo Enrique III, ó á lo Lauzun, y que se asombran de su metamórfosis cuando se ven en los espejos.

Los dominós se reían bajo su máscara y hasta sin ella: los dominós se divierten mucho: son, por decirlo así, los espectadores de la fiesta: no representan los primeros papeles; mas esto no les impide el gozar de las sorpresas y de los azares de lo imprevisto.

Porque en aquella fiesta, donde todo se hallaba de fiesta, los músicos habian conservado el antipático traje negro, que siempre será fúnebre, aun en medio de los violines? Debieron ocultarse en una decoración de follage como en las fiestas del Regente ó debian llevar el risueño traje de las fiestas de Watteau. Pero los músicos responderán que no eran de la fiesta, ó mejor dicho que no asistían á la fiesta. Es necesario oírlos y no mirarlos.

Si sentís curiosidad por conocer los disfraces del escuadron volante de aquellas hermosas máscaras que movían tan alegre ruido en el palacio... os diré que la Princesa T..., vestía de mariposa; la princesa M., de estrella de oro; la duquesa C., de espiga-

dora; la marquesa M., de marquesa en tiempo de Luis XV; la señorita L., de fuego; la condesa de H., de paloma. Quién iba de Velleda? Quién de Juana de Arco? La princesa C., se habia querido disfrazar por segunda vez de polaca, bien como la mas hermosa y rubia de las italianas se habia disfrazado por segunda vez de francesa. Las señoritas de H., iban de cantineras del tiempo de Luis XV. Había muchas flores. La señorita de M., iba de clavel; la señorita de S., de amapola; la señorita de H., de ramilletera y la señorita B., de vergissmeinicht.

Entre las patinadoras se observaban algunas damas disfrazadas de nieve; nadie se atrevía á patinar con ellas temiendo que se fundirían en los brazos.

—Todas estas máscaras, dijo Octavio, me recuerdan la historia de las jóvenes aldeanas de Salency. Estas chicas fueron á un castillo vecino para suplicar á la condesa de Bethencourt, que les prestara velos blancos. «Que hareis de ellos, amigas mías?—Señora condesa, mañana es el Corpus, y el señor cura nos ha dicho que tendría un placer en vernos disfrazadas de vírgenes.»

—Ves esta inglesa de *Kaepseake*?

Parisis miró la lady.

—Vuelve la página. Dios de Dios, que nube de encages! Esto no es mujer, sino punto de Inglaterra. Deja que me oculte debajo de tu manga.

—Esta marquesa á lo Luis XV, es hermosa desde

la cabeza á la cintura; mas, oculta su nariz y harto le conviene.

—Es estrangera.

—Francesa, hombre: lo conozco en sus aficiones.

—Francesa por el busto; pero cosmopolita desde la cintura á los piés.

—La que pasa allí disrazada de Estrella es una mujer honrada.

—En qué lo conoces?

—Querido mío: siendo la mujer honrada una variedad de la especie humana, es tan fácil distinguirla como se distingue una blanca de una negra.

—Queda tranquilo, pues segun dice La Rochefoucauld, hay pocas mujeres honradas que no se cansen de su oficio: en el año que viene esa estrella habrá caido del cielo.

—Decís esto por vos: bien se vé que no conocéis las estrellas errantes.

—Vivier la sigue y de vez en cuando tropieza con ella.

—No veis como la señora Sainte-Maxence olvida sus pecados?

—Diablo! No ha dicho La Fontaine que los condenados terminan por hallarse en el infierno como el pez en el agua?

—Es Mr. Rabelais el que baila con ella?

—Sí, está alegre como un fuego de artificio... apagado.

—Y ese imbécil de Marignac que se ha disfra-

zado de cardenal Richelieu? Qué frente tan sublime!

—Cada paso que dá es un milagro de elocuencia: se diria que danza el «que muriera» de Pedro Corneille.

—Ah! hé aqui á Girardin; cuando uno piensa que nos hace bailar sobre un volcan! En verdad, todo Paris se encuentra aquí.

—Todo Paris! Y los que no se hallan invitados se encuentran en Pontoise?

—Ved que galante está con la duquesa el ministro. Vá á seducirla, porque las mujeres quieren á los que las aman y á los que no las aman.

—Os gusta la mujer de cuarenta años? Pues aquí teneis una que lleva con gran valor su edad. Cabanel la ha prometido hacer su retrato en diez años.

—Sí, el retrato será hermoso: pero entre tanto se consuela pintándose á sí misma.

—Señores, saludadle! Hé aqui el últimamente elegido por la Academia francesa. Por qué no se ha disfrazado de académico. Qué diablo vendrá á hacer?

—Es cierto: aquí no puede comprar la gramática.

—Hijos míos, teneis mucha chispa, dijo Parisis con acento burlesco: no estoy en vena y me marchó.

No sé si Don Juan de Parisis contestó á esta pregunta con otro beso; no me lo ha dicho; pero me consta que la duquesa le halló distraído hasta cuando la besaba.

Al siguiente dia recibió un billetito donde se veían patas de mosca que revelaban un talento geroglífico:

«Os atrapé; yo soy quien viene á llamar á vuestra puerta. No abrais. Cuando desperté esta mañana me miré en un espejito. Habian pasado ya doce horas que no habia visto mi rostro. Quería saber si era bastante hermosa para ser atrevida. Y me atrevo. Qué desgracia que las mujeres no puedan pasearse en el Bosque ó en cualquier otra parte con un dominó color de rosa!

»Estoy furiosa contra mí y contra vos. Por qué vinisteis al baile? Por qué fuí á él? Yo, la hermosa Helena, vivía pacíficamente al lado de un Menelao que es aun mas pacífico. Y hé ahí que de pronto el bello Paris—me equivoco—el bello Parisis se me aparece. Siempre es el sitio de Tres.

»Si quereis escribirme, mi querido duque, dirigid vuestras cartas á la calle de Juan Jacobo Rousseau, que como sabeis fué literato. Leed antes la Nueva Eloisa. Poned en el sobre las iniciales A. B. C. Mi doncella tiene allí un hermano que me traerá vuestra carta, ardiente ó glacial, segun el termómetro de vuestro corazon.

»EL DÓMINO ROSA.»

## XIV.

## LA HERMOSA HELENA.

Eran las doce y media cuando Parisis despertó á su mujer dándole un beso.

—Ya estás aquí? exclamó Genoveva; queria aguardarte leyendo; pero me he dormido tontamente. Dime algo del baile de la princesa.

—Siempre lo mismo: el mismo talento y las mismas frases. Los hombres ponen cara de risa como las mujeres ponen en la suya polvos de arroz. Todo es triste en estas fiestas. Nada hay tan alegre como tu bella sonrisa.

Y Parisis volvió á besar á Genoveva.

—Está bien, dijo esta; pero lo que dices no son mas que frases vagas. Cuéntame tus aventuras palabra por palabra.

—Mis aventuras! Ya sabes que he abdicado. Algunas mujeres me han mirado de cerca para ver el rostro de un hombre feliz; pero debo confesarte que un dominó color de rosa me ha dado un bromazo. A Dios gracias, estoy ya curado de tales pasatiempos.

—Es decir que tu dicha no te enoja?

Parisis dió cien vueltas al billete; lo respiró, lo descifró, lo estudió; mas le fué imposible descubrir su intencion verdadera bajo aquella máscara de frases.

—Es una mujer de talento que juega con el talento, dijo; una curiosa que quiere aventurarse y que no pasará adelante; casi casi no respondo.

Ya se sabe que Octavio no era muy amigo de coger la pluma; pertenecía á la escuela del Regente, el cual decia que todo lo que se ha escrito, se podia resumir en un cuaderno de treinta y dos páginas.

Esto, sin embargo, Octavio respondió con estas frases:

«Mi hermoso Dominó Rosa:

»No soy un literato como vuestro Juan Jacobo Rousseau; su Saint Preux y su Julia me dan lástima: no usan la verdadera elocuencia del amor. Si quereis que vos y yo seamos elocuentes, venid á mí, ó hacedme una seña para que yo vaya hácia vos. La calle de Juan Jacobo Rousseau no me gusta.

»PARISIS.»

El dominó rosa pisoteó la carta furioso. Pero sin duda hubo de calmarse toda vez que Parisis halló al siguiente dia otras patas de mosca:

«Me divertís con vuestras pretensiones donjuanescas; siempre os imagináis que habláis con cómi-

cos. Mucho os estrañaria si os dijera quien soy. Afortunadamente no lo sabreis jamás, aunque, como en la última noche, nos encontremos en palacio. Ah! tentador! con una sola de vuestras miradas me habeis llevado á las montañas del séptimo cielo; así os dejo para hacer penitencia. Mañana iré á sermon. Será el padre Jacinto mas elocuente que vos?

»EL DOMINÓ ROSA.»

A lo que contestó Octavio:

«Buen provecho os haga. Pero quereis saber mi opinion? El padre Jacinto en vez de tranquilizar los corazones, los exalta. Quisiera encontraros en la puerta de Nuestra Señora: estoy cierto de que yo acabaría de convertirlos.

»PARISIS.»

El Dominó pisoteó otra vez aquella carta, lo cual no le impidió que volviera á escribir al dia siguiente.

Os hago gracia, señora, de las patas de mosca del dominó y de las impertinencias de Octavio.

La dama supo despertar con tal destreza la curiosidad de Don Juan, que por espacio de seis semanas, —quien lo creeria?—ella le escribió todas las mañanas, recibiendo contestacion todas las tardes.

El dominó le contaba que le veia en el Bosque, en los Italianos y en los bailes. Le hablaba de las agitaciones de su corazon, y subrayaba con frecuencia estas palabras: «tengo miedo de amaros.»

El jóven se divertía en esta novela sin darla grande importancia. Segun decia una aldeana de Parisis, esto equivalia á poner un grano de sal á su vida parisense. La miel de Genoveva quizá hubiese concluido por parecerle demasiado dulce.

Solo despues de seis semanas de constante correspondencia, logró alcanzar del dominó una cita. Este le escribió:

«Y bien, tanto peor! Me arriesgo. Mañana viernes ireis á las doce á la Gran Fonda; preguntareis por la señora Roche-Dieux; este es mi nombre de viaje. Se os conducirá á mi cuarto; si no estoy en él me aguardaréis; si no voy, Menelao me habrá encerrado en el caballo de Troya. Pero si es así yo tomaré mi revancha!

»HELENA.»

Mas al siguiente dia, á las doce, la duquesa de Parisis rogó á su esposo que la acompañara á Santa Genoveva.

—A Santa Genoveva! pero esto es al fin del mundo: no voy á una peregrinacion semejaute.

Y añadió entredientes:

—La dama aguardará á esta hora.

Y prosiguió en voz alta:

—Mi querida esposa, vamos á Santa Genoveva; pero ya sabeis que no soy muy devoto: mientras vos receis yo fumaré un cigarro.

—Como gustéis.

A las doce, el duque y la duquesa llegaban al Panteon. La duquesa entró en él sola, diciendo:

—Me aguardareis?

—Si, andaré por estos contornos.

Mas, no bien la duquesa hubo entrado, cuando Parisis cogió un coche de plaza, y se hizo llevar á la Gran Fonda.

Cuando la duquesa salia del templo, no estaba aun de vuelta.

Por la tarde, cuando se vieron, él fué quien quiso reprochar á su esposa.

—No me habeis aguardado?

—Era necesario aguardaros? respondió Genoveva con su natural orgullo, aunque endulzado por una encantadora sonrisa.

Se acercó y respiró el fresco olor de aquellas primeras nieves de la primavera.

—Enhorabuena, dijo, ahora conozco al dominó rosa.

Pero en aquel mismo instante, vió algunos libros en la mesita del salon.

—He aquí su gabinete de lectura, dijo.

Leyó el título de los libros.

Pertenecian á Montaigne, Pascal y Montésquieu.

—Gran Dios! exclamó; si será una Marisabidilla?

Pero observó con placer, que el libro abierto eran las *Cartas persas*. La dama leia la carta veinte y cuatro:

«Cuan feliz sois, Rojana, viviendo en la dulce Persia, y no en estos climas envenenados, donde no se conoce el pudor ni la virtud! Cuan feliz sois! Vivís en un serrallo como en la mansión de la inocencia; inaccesible á las tentaciones de los hombres, vivís alegremente en la feliz impotencia de faltaros; jamás hombre alguno os manchó con sus lascivas miradas; nadie vió en la libertad de los festines, vuestra pequeña y hermosa boca; jamás os ha faltado el sagrado velo para encubrirla á todo el mundo. Dichosa Rojana! Cuando habeis ido al campo, nunca os han faltado eunucos que han ido delante de vos, para matar los temerarios que no han evitado vuestras miradas; yo mismo á quien el cielo os ha dado para constituir

## XV.

## LOS TRES FILÓSOFOS.

Ahora bien: que habia ocurrido en la Gran Fonda?

Parisis habia preguntado por la señora de Roche-Dieu. Se le habia conducido al segundo piso á uno de esos cuartos ordinarios que han pertenecido á todo el mundo y que no toman el sello de nadie. Se componia de un salon, de un dormitorio y de un gabinete de tocador. Todo era allí irreprochable; pero se observaba ese horrible lujo cosmopolita, donde no se quieren detener los ojos delicados.

—Que diablo puede hacer aquí ella? se preguntó Parisis.

Y como la dama no parecia, añadió:

—Y sin embargo no viene.

Habia en aquel cuarto, mas de un objeto que acusaba la existencia real de una mujer.

El jóven observó un hermoso jarron de Sajonia, que encerraba el mas adorable y el mas oloroso ramillete de lilas blanco, que adornó una estancia.

mi dicha, cuanto no he padecido á fin de adquirir un tesoro que con tanto pudor me rehusabais! Cogisteis un puñal y amenazasteis con inmolarme á un esposo que os amaba, si continuaba exigiéndoos lo que vos queríais mas que vuestro esposo mismo! Dos meses transcurrieron en este combate del amor y la virtud; no os rendísteis sino despues de estar vencida; defendísteis hasta el último extremo vuestra virginidad moribunda; me mirásteis como un enemigo que comete en vos un ultraje y no como un amante que os idolatraba.

»Si os hubieseis educado en este país no os hubierais sentido tan turbada; las mujeres se presentan ante los hombres con el rostro descubierto bien como si pidieran ser vencidas.

»Sí, Rojana: si estuviésteis aquí os sentiríais en la vergonzosa ignominia á que ha descendido vuestro sexo; huiríais de abominables lugares y suspiraríais por ese dulce retiro donde hallais la inocencia, donde estais segura de vos misma, donde no os hace temblar ningun peligro, donde, en fin, podeis amarme sin que temais nunca perder mi amor.

»Cuando realizais el brillo de vuestra tez con los mas hermosos colores, cuando perfumais vuestro cuerpo con las mas preciosas esencias, cuando os adornais con vuestros mas bellos trages, cuando queréis distinguiros de vuestras compañeras por las gracias de la danza y por la dulzura de vuestro canto; cuando luchais graciosamente con ellas ostentando

vuestros hechizos, vuestra dulzura, vuestra alegría, no pensais mas que en mí.

»Mas qué he de pensar sobre las mujeres de Europa? El arte de componer su tez, los adornos con que realzan su belleza, son otras tantas manchas á su virtud, otros tantos ultrages á su esposo.»

Pero la verdad es que el duque de Parisis no habia ido á la Gran Fonda para leer á Montesquieu.

Fuese cual fuese la malicia de las *Cartas persas* cerró el libro con impaciencia resuelto á no esperar mas tiempo. Al volver al dormitorio vió sobre la cama doce abanicos. Aquello era otro enigma. Qué querian significar los abanicos?

Octavio creyó que con todo aquello habia ya bastante: cogió una pluma y escribió estas sencillas frases:

«Agradezco el que me hayais presentado á los señores Montaigne, Pascal y Montesquieu.

PARISIS.

Octavio cogió su sombrero y se fué, saludando á Montaigne, Pascal y Montesquieu.

En aquella noche misma el duque de Parisis recibió este billetito.

«No, mi querido duque: no he tenido el valor de ir hasta vos con el rostro descubierto. Subí en el coche; pero cuando mi cochero estaba cerca de la Gran Fonda, le dije que retrocediera.

»Recuerdo aquel hombre de talento que se negaba á darse azotes, diciendo: «No tengo el valor de mi opinion.» Yo soy como aquel hombre.

»Y sin embargo —lo creereis fácilmente— una hora despues fui á la Gran Fonda; no he dicho una palabra; mas antes de leer vuestra chistosa ocurrencia conocí que habíais hecho la visita. Observé que habíais cogido un ramito de lilas; observé que os habian llamado la atencion mis abanicos; observé que habíais liado un cigarrillo; pero que os habia faltado lumbre para encenderlo.

»Lo que hay en esto de mas sensible es que os amo, en tanto que vos no me amais; lo que mas siento es que no leereis mis cartas y que yo no sé lo que me digo.

»HELENA.»

Parisis escribió lo siguiente resuelto á escribir por vez postrera:

«Harto sabeis lo que os decís, demonio que os ocultais bajo el rostro de una mujer. Ahora conozco vuestro verdadero nombre: os llamais Celimena. Celimena solo tenia un abanico: vos teneis doce: Celimena solo cantaba una cancion: vos las cantais todas.

»Adios, pues, ya que nunca debemos vernos.

»No os parece que debiéramos despedirnos de un modo no tan ideal?

»Por ejemplo: coged torpemente un coche é id á

situaros á la esquina de la avenida de los Campos Eliseos y de la calle de Morny; os esperaré allí esta noche á las once: fumaré un cigarro á vuestro lado. No faltará lumbre.

»PARISIS.»

Despues de comer recibí esta respuesta:

«Os quedareis sorprendido; mas yo no procedo sino por sorpresas cosidas con hilo blanco. Sí, iré en el coche; pero hoy no. Hay gente que se lanza de cabeza en el abismo de sus locuras. Yo quiero reflexionar algun tiempo toda vez que este es mi primer tropiezo.

»Hé aquí porque os pido ocho dias; despues os aguardaré en el coche; os aguardaré en él el sábado á las once.

»Yo os prometo que no vestiré mi dominó rosa; pero tampoco os prometo ir allí sin velo. Sois demasiado galante para que lo arranqueis en nuestra primera entrevista.

»HELENA.»

—Que el diablo la lleve! dijo Parisis. Cuando pienso que van ya dos meses que esta coqueta me divierte! Ciertamente que no me reconozco á mi mismo. Lo que es el matrimonio! Ya he pasado bajo el nivel ordinario: no soy mas que un marido.

No quiso pensar mas en el dominó rosa; pero le sucedia como á esos lectores —quizá los míos— que

leen una novela mala y que, sin embargo, quieren llegar hasta el fin.

Le faltaba sin embargo el escribir estas frases:

«Pues bien: el sábado en un coche. No vayais á alquilar el número 13.

»PARISIS.»

Llegado que hubo el sábado, cogió la avenida de la emperatriz y bajó hasta los Campos Eliseos algunos minutos antes de las once. Apenas habia encendido un cigarro, cuando un simon —usando el mas puro lenguaje del barrio de San German— se detuvo en la esquina de la calle de Morny, á la izquierda de la avenida de los Campos Eliseos.

El jóven se dirigió recto á la portezuela y vió á una mujer.

—Por fin! murmuró.

Pero aquella mujer no era mas que una camarera.

—Caballero, le dijo esta con emocion: la señora os aguarda en la Gran Fonda.

—Qué ocurrencia! era tan sencillo aguardarme aquí!

—La señora tendrá sin duda miedo de que los caballos se desboquen.

—Parece que en esta casa todo el mundo tiene chispa. Vamos, señorita: vale la pena de preguntaros el nombre de la señora?...

—No puede ser, caballero. Para mí, la señora se llama la señora.

La camarera dejó el simon y cruzó con rapidez la avenida sin contestar á Parisis.

—Y bien! exclamó el jóven: quiere que pague el simon!

Y subió en él prometiendo un luis al cochero si andaba á escape.

Octavio observó que los tres filósofos, continuaban aun sobre la mesa.

—Estais acaso en conversacion criminal con estos señores? preguntó Parisis á la dama.

—Sí, me gustan los hombres que hacen pensar.

—Pensar en qué? dijo Octavio con cierto acento burlon.

—Pensar en que el amor no vale lo que cuesta.

—El amor no cuesta nada, puesto que se da siempre.

—Vaya una paradoja! Decid mas bien que el amor se vende siempre. En el cuarto bajo se vende á cien sueldos; un poco mas alto á veinte francos, despues á cinco luisas, despues á quinientos francos, despues á diez mil y despues á cien mil. Pero esto no vale la pena. Hablo del amor que se vende por una vida de arrepentimiento por un infierno de celos, por una parte del paraíso. Que el amor se dá! Santo cielo! Leed los contratos de esponsales. El amor es un abogado de Normandia: hé aquí porque es el país de las manzanas de Eva.

La conversacion fué á no dudarlo hermosa; mas no quiero reproducirla para no fastidiarme ni fastidiar á mis lectores. Transcurrió una hora probándose uno y otro que eran muy sensibles, despues de lo cual, Parisis que habia creído dar pruebas de su amor en tal sentimental prefacio, quiso tentar la aventura.

No dudaba de que habia ya llegado el instante de

## XVI.

## LA MUJER SIN CARETA.

Esta vez la dama estaba allí. Pero habia revestido el famoso dominó rosa.

—Oh! lo que es ahora dijo Parisis, cogiendo su mano y tratando de ir al bulto, lo que es ahora no es un bromazo. No he venido con calzones cortos y manto veneciano.

—No os impacientéis, dijo la dama en voz conmovida; quizá dejaré caer mi careta; pero conoceis demasiado á las mujeres para no comprenderme. Sentaos aquí, en frente mio; decidme estas cosas dulces que decís tan bien: decidme que tengo razon en mi locura.

—Sí, puesto que os amo, dijo Parisis intentando estrechar la dama á su corazón.

Esta se escapó de sus manos como si fuese un pájaro y con un movimiento de dignidad le probó que andaba harto impaciente.

Se sentó en frente suyo, como ella le habia indicado, mientras que el dominó seguia ocupando el sofá.

quitar la máscara y de tomar la revancha de todas aquellas coqueterías irritantes.

Pero se llamó á la puerta.

—Oh! Dios mío! exclamó el dominó, si fuera...

—Quién?

—Si nos hubiera seguido!...

—Muy sencillo: no abramos.

La dama pareció que reflexionaba.

—Aguardad: lo habia olvidado. Es mi doncella: la dije que viniese á las doce.

—No abrais, pues os juro que yo soy muy apropiado para desataros las botinas.

—Para qué?

Octavio, pudo entonces ver el pié de la dama: era un pié de duquesa.

—Es necesario que yo hable á esa jóven: volveré enseguida.

Y se levantó con aire resuelto.

Parisis hojeó Montaigne, sin que intentara oposicion alguna.

Cuando la puerta del salon volvió á abrirse, y por mas que nada le admirase, el jóven se quedó vivamente sorprendido al ver á la duquesa de Parisis.

—Mi querido Octavio, dijo esta, acercándose á él con grande estrañeza. He venido á la Gran Fonda para entenderme con la señora de Fontaneilles y sus amigas acerca la filantrópica fiesta que vamos á dar aquí mismo; se me ha dicho que estábais aquí; yo creí que estábais en el cuarto de algun amigo; llamo,

un dominó rosa viene á abrirme y os encuentro leyendo á Montaigne con el aire mas pacífico del mundo.

Octavio se sentia embarazado.

—A fé mia, replicó; preguntad acerca de esto, al dominó rosa.

—El dominó rosa! Pues si le he dado miedo, toda vez que al verme en la puerta ha volado.

La condesa de Parisis conservaba un aire de gran dignidad. Llevó su mano al corazon, bien como si se sintiese mala.

Parisis tenia demasiado talento para carecer de recursos. Lo mas estraño fué que inventó una historia y acertó.

—Mi querida Genoveva, dijo, no he venido á la Gran Fonda mas que para encontraros. Este dominó rosa que me asesinaba con sus amorosas epístolas, sois vos.

—Yo, vaya una broma!

—Sí, vos! Me decia á mi propio que queriais divertirnos, y para divertirnos, yo jugaba á los inocentes.

—Nunca he visto mentir con tanta audacia! Como, caballero! Venis á la media noche en busca de una mujer á la Gran Fonda, una mujer que se disfrazaba con dominó rosa, y os atreveis á decir que soy yo?

La escena se ponía dramática.

Mas Parisis reconoció en los piés de su mujer, las botinas del dominó rosa.

—Querrá burlarse de mí? se dijo.

É hizo una pirueta.

—Sí, mi querida Genoveva; por mas que os habeis puesto una peluca negra, yo he sentido al acercarme á vos, los divinos perfumes de vuestra cabellera rubia. Habeis querido divertiros. Y bien, os he divertido y me he divertido tambien. Creéis que sin esto yo hubiese respondido á aquellas patas de mosca? Sabed, Genoveva, que sois una mujer terrible. Si algun dia no me amais, sereis capaz de poner fuego á los cuatro ángulos de Paris. No conozco una coqueta mas sábia en el arte de conducir la pasion.

—No es verdad que sí? exclamó Genoveva abrazando á Octavio; no hay maestro mas astuto que el amor.

Y despues de un instante de silencio, añadió:

—Y sin embargo, cuan bestia yo no fuera, si esto no hubiera sido una comedia, si anduviese por aquí algun otro dominó rosa que no fuese el mio!

Octavio abrazó veinte veces á su mujer: diez por amor, y otras diez por arrepentimiento, pues si ella no le creía culpable, él, en cambio, sabia que no era un cordero sin mancha.

—Y ahora, dijo, esplicadme porque os divertisteis de este modo.

Genoveva se acomodó en el sofá, y cogió las manos de su esposo.

—Porque tenia miedo de perderos, dijo, porque os conozco desde hace tiempo; porque una mujer en

Paris nunca puede estar segura de conservar su esposo, ni tan siquiera su amante. Yo me decia: «Tiene corazon; pero es tan vagabundo su espíritu!»

Genoveva miró á Octavio con dulzura.

—He ahí porque he querido distraeros. Pero no representaré mas esta comedia. Si conocieseis lo que sufría, cuando yo os creía infiel! Bajo el dominó yo estaba celosa de mi misma.

Parisis admiraba aquella adorable pasion que guardaba tanta ingenuidad al representar su comedia.

—Confesareis, dijo á su mujer, que mis cartas al dominó no eran muy tiernas. Me constaba el dolor que le hubiera ocasionado, hablándole el lenguaje que con vos uso.

—Lo mismo dá: si no fueseis un hombre tierno, me hariais vivir inquieta. Dios mio! como vais por el atajo!

Octavio se volvió hácia los libros que habia sobre la mesa.

—Esplicádme lo que hacen aquí los tres filósofos: á que vienen Montaigne, Pascal y Montesquieu?

—Que hacen aquí los tres filósofos? Aguardan un cuarto sábio: el que escribirá la historia del amor.

## LIBRO V.

### LA MARQUESA DE FONTANEILLES.

#### I. LA APARICION.

Luego de verificado el regreso á Parisis, se habló de la sucesion de Violeta porque los notarios insistian en ella, para registrarla en hipotecas y porque se queria asegurar el porvenir de Jacinta, que, como ya se sabe, tenia un legado de cien mil francos.

He aquí como se hallaba redactado el testamento:

«Esta es mi última voluntad.

»La señorita Genoveva de la Chastaigneraye me ha dado un millon que tengo un placer en devolvér-selo intacto. La ruego, pues, encarecidamente que vuelva á recobrar la hacienda de la Roche l'Epine y los créditos que la son anexos.

»Me queda la fortuna de mi madre. Lego cien mil francos á la señorita Jacinta, que tomará de lo que

he heredado de la Señora Euvigis Portien, hija de los Pernand-Parisis.

»Firmado en Burgos, á la hora de mi muerte, el 13 de agosto de 1866.

»LUISA-VIOLETA DE PERNAND-PARISIS.»

Un notario de Burgos, habia remitido este testamento al notario de Pernand, diciendo que obedecia la voluntad de la testadora. A ruegos de Octavio, el notario de Pernand habia escrito al de Burgos para que le diese detalles acerca la muerte de la jóven.

Este notario respondió en pocas frases que esta señora le habia entregado por si misma el testamento, que habia pagado sus honorarios, que luego habia tenido noticia de su muerte, que sospechaba que se habia suicidado, y que nada mas habia sabido de ella.

Genoveva quiso dar tambien otros cien mil francos á Jacinta; quiso además que el pequeño castillo de Pernand, que valia otros cien mil francos, fuera suyo.

Y como Jacinta rehusase:

—Lo hago por egoismo, dijo Genoveva: quiero que seais siempre mi vecina.

La idea de poseer dos cientos mil francos, la esperanza de hallar un marido, y en convertirse en castellana, consoló algun tanto á Jacinta de la pérdida de Violeta.

Esto, sin embargo, pensaba en la tristeza que in-

vadiria su corazon al habitar el castillo de Pernand, toda vez que siempre veria errar la sombra de la difunta.

Se impuso por esto á su fantasia el fantasma de Violeta?

Se habia empeñado á la hora de comer en ir á buscar agua en la fuente del parque. Octavio y Genoveva encontraban el agua mejor si Jacinta la traia con sus blancas manos. No se colocaba el cántaro en la cabeza á semejanza de las mujeres de la Biblia; mas empleaba una encantadora gracia trayendo un hermoso jarron de China, que llenaba las dos botellas que servian para el almuerzo y la comida de los dos esposos.

Cierta noche,—habia ya mas de una hora que habia desaparecido el crepúsculo,—Jacinta que conocia perfectamente los senderos del parque, fué á buscar agua.

La de aquella fuente era tan fria que parecia helada. Octavio acostumbraba á mezclarla en el vino de Champagne, y esto le daba el caracter de helado.

En aquella noche, Jacinta dejó caer su jarra y volvió al castillo, blanca como una estatua de mármol.

—Que ocurre? preguntó Genoveva, que cruzaba el salon para ir al comedor.

Jacinta la miraba con ojos que daban miedo.

Llegó Parisís.

—Que ocurre? preguntó á su vez.

—Acabo de ver á Violeta, dijo Jacinta, casi desmayada.

—Estais loca!

—Ignoro si fué una vision; pero lo cierto es que ví á Violeta como os veo á vos: iba á inclinarme en la fuente, y la ví debajo los árboles, vestida de negro. Sobrecogióme el terror y en vez de dirigirme hácia ella hé huido hacia aquí.

No entraron en el comedor. Octavio corrió hácia el vestíbulo, y se dirigió hácia el parque.

—Voy con vos, Octavio! exclamó la duquesa.

Genoveva siguió su marido y Jacinta siguió á Genoveva. El jóven las dió el brazo y se encaminó con ellas á la fuente.

En vano recorrieron todo aquel lado del parque.

—Ya veis, mi querida Jacinta, que sois una loca, dijo la duquesa á su amiga.

—Quizá no sea tan loca como parece! murmuró Octavio.

fin y al cabo percibe que solo es un átomo de polvo.

Y luego de un instante de silencio añadió:

—Bien considerado hay allí arriba un sábio, mas sábio que toda la Academia de ciencias.

El señor de Parisis subió á su biblioteca de la que sacó dos volúmenes de Swedenborg, es decir, el primero y el último, pues en todas las cosas, Octavio deseaba conocer el principio y el fin. El jóven que no creía en Dios, creía menos en el diablo; pero, como el regente Felipe de Orleans, este escéptico de buena ley, era supersticioso: de vez en cuando creía que los espíritus invisibles guiaban los hombres y las cosas. No era esto el Dios Todo, el Dios de la cábala, el Dios de Spinosa?

Habia leído ya á Swedenborg: bajó y lo hojeó, hablando al mismo tiempo con el señor Jericó y la duquesa.

Contó la vida del iluminado, para mostrar la historia de su locura ó de su doble vista.

Swedenborg era hijo de un obispo que habia viajado en todas las teologías: así, pues, conforme ya se ha dicho, Swedenborg tenia sangre sagrada en sus venas. Carlos XII, al contemplar su jóven é iluminado rostro, no le dijo: «Jóven, tu serás rey!» pero casi le dijo: «Jóven, tu serás Dios!»

Aquel hermoso rostro se empañó y se ajó sobre la ciencia, como esas flores precoces que se ajan al sol de la primavera, cuando la naturaleza no vierte aun su generoso rocío, cuando los árboles, esos abanicos

## II.

## DE SWEDENBORG Y DE LOS ESPÍRITUS.

La comida fué intranquila. El brillo de las luces no habia devuelto la alegría al rostro de la señorita Jacinta. Pensaba constantemente en la vision, no hablaba mas que por monosílabos y estaba profundamente distraida.

Cuando se traía el café se anunció al señor Jericó.

—Es demasiado tarde para recibirle, dijo Geneveva á su marido.

—No, que entre, que entre, replicó Parisis. Hablaremos de fantasmas, de aparecidos, de almas en pena: iré á buscar á Swedenborg; es la última palabra en la ciencia de los iluminados: viajaremos en arcanos celestes.

Se hizo entrar al señor Jericó.

—Buenas noches, amigo mio, tomareis café con nosotros. Creéis en la doble vista y en otra existencia?

—A fé mía, constestó el sabio, hay dias que no creo en nada, y hay dias en que creo en todo. Pero no soy mas sabio unos dias que otros. Cuando se ha estudiado por espacio de tres cuartos de siglo, uno al

de las rosas, no las protegen con sus frescas ramas.

Carlos XII dijo á su favorito el conde Polheim: «Tienes dos hijas: darás una de ellas á uno de mis pajes, que será siempre un loco, y darás la otra á Swedenborg, que será siempre un sábio.»

El favorito obedeció: casó la mayor con el paje y firmó un contrato de esponsales con Swedenborg que Carlos XII honró con su firma.

Swedenborg recibió aquel papel como una promesa del cielo, lo metió en su Biblia y encerró su Biblia en un secreter.

Decía: «Mi dicha está aquí guardada.»

Cierta noche, mientras velaba, cogió la Biblia y se le figuró que veía aparecer la hermosa figura de Emerencia.

Era una de esas blancas bellezas del norte que parecen amasadas con nieve y rosa, casi una vision; tanto han adquirido la ligereza y blancura de los ángeles.

Pero bajo aquella aérea envoltura, existe siempre la mujer, una criatura en que el diablo tiene su parte como Dios mismo.

Al ver que aparecía Emerencia como un vago recuerdo de su espíritu, Swedenborg palideció. Se le figuró que lloraba. Abrió la Biblia y vió una miniatura que representaba Magdalena.

—Es extraño, se dijo, Magdalena que nació en el país del sol y Emerencia que nació en el país de la

su ojo espiritual, su ojo interior, permanece abierto.

Algunos historiadores ingleses han tratado de establecer un lazo entre estas dos existencias. Han querido explicar como una cosa providencial el desenvolvimiento de aquella vida mística, la ingertacion de aquellos dos hombres, de los que, segun ellos, el uno es la continuacion del otro. Para qué? Swedenborg no se ha tomado tanta pena. Cuenta sencillamente como pasó de repente —con la mediacion de Emerencia— desde sus antiguos estudios á una revelacion nueva. «He sido llamado, esclama, á realizar una santa y grande mision por Dios mismo que quiso manifestarse á mí, su servidor, en el año de 1843. Abrió mis ojos al mundo espiritual: me concedió el privilegio de conversar con los espíritus y los ángeles. Desde aquel dia empecé á revelar muchos arcanos celestes que fueron vistos por mí, referentes al cielo y al infierno, al estado del hombre despues de su muerte, al verdadero culto que se debe rendir á Dios, al sentido espiritual del mundo y muchas otras cosas importantes que son capaces de guiar el hombre á la redencion y á la verdadera sabiduría.»

En el prefacio de su libro sobre los arcanos celestes, *Arcana celestia*, se espresa de igual modo acerca la causa y la naturaleza del cambio verificado en sus ideas.

«La bondad de Dios, dice, me ha concedido desde muchos años el favor de vivir constantemente en sociedad con los espíritus y los ángeles. Les oigo con-

versar el uno con el otro, y yo á mi vez, converso con ellos. Con esto he podido saber las cosas extraordinarias que pasan en la otra vida. Estas cosas no han llegado á conocimiento de ningun hombre y jamás han entrado en su fantasía. Se me ha indicado el estado de las almas despues de la muerte: he visto lo que era el infierno y lo que era el cielo. Hé ahí porque he espuesto la doctrina que se ha reconocido como verdadera á través de los mundos y á través de los cielos que se superponen á los cielos.»

La vida meditativa de Swedenborg le habia perfectamente dispuesto para entrar en el mundo sobrenatural; pero el ser admitido entre los coros celestiales adquirió el carácter de un acontecimiento imprevisto. Emerencia fué su punto de partida.

Aprende el hebreo con objeto de leer bien la Biblia. Lo que vé le parece tan nuevo y tan extraño que redacta el diario espiritual de su vida. No conozco nada tan curioso como estas memorias de un iluminado. Veinte años de su vida son contados allí dia por dia con sus tentaciones y los diferentes estados de su espíritu. Leeis traducidas en el lenguaje humano sus conversaciones con los ángeles y los demonios. Encontrais allí una relacion de sus placeres, de sus castigos, de sus costumbres; entraís en comunion con sus pensamientos. Swedenborg no tan solo celebra entrevistas con los espíritus sino que sostiene relaciones con muchos hombres de la antigüedad ó de los tiempos modernos. Adquiere respecto de ellos multi-

tud de noticias que hacen rectificar sus juicios: la muerte ilumina la vida. Su mano arranca á algunos de esos muertos ilustres la máscara de la virtud que les oculta á los ojos de la historia. A otros les quita el manto de infamia que las preocupaciones, una falsa apariencia ó las miras interesadas de un partido triunfantes echaron sobre sus hombros. Todas estas singulares visiones dan carácter de realidad al dogma de la inmortalidad del alma. La vida futura, la vida despues de la muerte, como él la llama, se halla hasta cierto punto retratada en estas páginas estrañas con todos los austeros colores de una cosa singular que brota ante los ojos del artista. No es un sueño, no es una vision oscura, no es una idea vaga: todo esto se impone á vosotros con la autoridad de un hecho material. El autor no os dice—Yo creo!— sino que os dice: —Yo he visto!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
AÑO 1925 MONTERREY, MEXICO

se volvía loco como ella. Todos los días estrenaba trajes: era el anzuelo de todos los pisaverdes de la comarca.

Octavio se acercó al señor Jericó:

—Ya que lo sabeis todo, dijo, podríais decirnos quien fué el padre de Violeta?

—No pondré mis manos al fuego; pero tengo para mí que fué un jóven teniente de spahis, el conde de Arcé, que había venido á Tonnerre, á casa de una tía que debía heredar. Cómo se encontraron? Lo ignoro; mas puedo asegurar que se encontraron, pues un día les sorprendí en el bosque de Pernand. Yo me había tendido silenciosamente en el suelo para estudiar los amores de las plantas y aquel día tuve que estudiar los amores del hombre. Cuanto se amaban! Ah! como se amaban! A la primavera siguiente, cuando fuí á Paris, se dió á luz á Violeta. Una buena jóven de Pernand firmó la obra. El Sr. Portien llegó en seguida: no era hombre que quisiese poblar su casa de hijos editados por otros. Fuera de esto era un verdadero ganapan. En Paris conocí á la buena Luisa Marty; se veía tan dichosa con aquella niña, que jamás fué á Pernand para decir á su madre: «Aquí teneis á vuestra hija,» ni para decir á la niña: «Aquí tienes á tu madre.» Yo perdí de vista á esta mujer, porque ya sabeis que en Paris todo se pierde. Hasta el día del proceso no recordé esta historia. Fuí á la audiencia: ví á Violeta que me pareció un ángel de dulzura. Como el juez no vió desde luego que con semejante

## III.

## EN QUE EL SEÑOR JERICÓ HABLA DE VIOLETA.

A la duquesa le interesó mucho la milagrosa historia de Swedenborg.

—Pero todo esto, observó, no dice porque Jacinta vió aparecer á Violeta en la fuente.

—Pobre Violeta! dijo el señor Jericó suspirando.

—La conocíais? preguntó Octavio.

—Si la conocía! Vaya una pregunta! No se me llamó para que declarase en el proceso; mas yo hubiese podido hablar mucho. Si la conocía! La conocía tanto que la ví nacer.

Todos miraron al señor Jericó sorprendidos.

—Entonces conocíais tambien á la señora Portien?

—Sí; la llamaban la hermosa Eduvigis; no porque fuese bella sino porque era coqueta. No pongais su retrato en la galería de vuestros abuelos. No os dije que he conocido siempre á todos los Parisis? Hasta cuando vivía en Paris mismo, yo pasaba el verano en esta aldea. Oh! hace veinte años la hermosa Eduvigis metía gran ruido. Su padre, el señor de Pernand,

rostro no se envenenan rosas para ofrecerlas á una rival!

—Teneis razon, observó Genoveva.

El señor Jericó, que no se impresionaba fácilmente, se hallaba conmovido.

—Hoy, prosiguió, la madre y la hija han muerto: si Dios ha perdonado á la madre, habrá sido porque la hija era un ángel.

—Estoy cierta, exclamó Jacinta, que Violeta se me ha aparecido esta noche. Me parece que aun la veo como os estoy viendo á vos, esbelta é inclinada con la gracia de una rosa. Cuanto siento no haberme dirigido hácia ella!

—La vision se hubiera desvanecido observó el sábio.

—Pero en fin, señor Jericó: creéis en las visiones, en las sombras, en los fantasmas, en los aparecidos?

El señor Jericó, que hojeaba á Swedenborg, no respondió.

Se tomó agua de azahar y se siguió evocando el espíritu de las ciencias ocultas.

Genoveva no era marisabidilla; mas impresionada por la aparicion de Violeta, deseaba penetrar en las tinieblas.

#### IV.

##### TINIEBLAS SOBRE TINIEBLAS.

Los talentos medianos se burlan fácilmente de todo lo que se encuentra algo mas allá de su alcance. Esta es una buena política: parece que miran desde lo alto, siendo así que no ven sino lo que está muy bajo. Hé aquí porque los hombres de génio se encontrarán siempre solos en las cimas escarpadas y en los bordes de los abismos. Hé aquí porque sentirán siempre el vértigo ante la grandeza de lo infinito. Desgraciado el hombre que está solo! Hé aquí porque el espíritu del cuerpo no comprenderá jamás el espíritu del alma. Hé aquí porque los valientes navegantes del mundo visible hácia el mundo invisible se estrellarán siempre en los naufragios de la filosofia.

Ningun pensador ilustre ha negado la accion de los espíritus invisibles. Salomon tenia sus «génios luminosos». La Biblia es el teatro de los visionarios. El Oriente es el teatro de los fantasmas. Sócrates tenia su demonio familiar. Platon tenia sus presciencias. En todos los filósofos de la antigüedad se ven errar imágenes de Dios en la tierra.

rostro no se envenenan rosas para ofrecerlas á una rival!

—Teneis razon, observó Genoveva.

El señor Jericó, que no se impresionaba fácilmente, se hallaba conmovido.

—Hoy, prosiguió, la madre y la hija han muerto: si Dios ha perdonado á la madre, habrá sido porque la hija era un ángel.

—Estoy cierta, exclamó Jacinta, que Violeta se me ha aparecido esta noche. Me parece que aun la veo como os estoy viendo á vos, esbelta é inclinada con la gracia de una rosa. Cuanto siento no haberme dirigido hácia ella!

—La vision se hubiera desvanecido observó el sábio.

—Pero en fin, señor Jericó: creéis en las visiones, en las sombras, en los fantasmas, en los aparecidos?

El señor Jericó, que hojeaba á Swedenborg, no respondió.

Se tomó agua de azahar y se siguió evocando el espíritu de las ciencias ocultas.

Genoveva no era marisabidilla; mas impresionada por la aparicion de Violeta, deseaba penetrar en las tinieblas.

#### IV.

##### TINIEBLAS SOBRE TINIEBLAS.

Los talentos medianos se burlan fácilmente de todo lo que se encuentra algo mas allá de su alcance. Esta es una buena política: parece que miran desde lo alto, siendo así que no ven sino lo que está muy bajo. Hé aquí porque los hombres de génio se encontrarán siempre solos en las cimas escarpadas y en los bordes de los abismos. Hé aquí porque sentirán siempre el vértigo ante la grandeza de lo infinito. Desgraciado el hombre que está solo! Hé aquí porque el espíritu del cuerpo no comprenderá jamás el espíritu del alma. Hé aquí porque los valientes navegantes del mundo visible hácia el mundo invisible se estrellarán siempre en los naufragios de la filosofia.

Ningun pensador ilustre ha negado la accion de los espíritus invisibles. Salomon tenia sus «génios luminosos». La Biblia es el teatro de los visionarios. El Oriente es el teatro de los fantasmas. Sócrates tenia su demonio familiar. Platon tenia sus presciencias. En todos los filósofos de la antigüedad se ven errar imágenes de Dios en la tierra.

Pero si no creéis en la acción de lo invisible en el horizonte de los brumosos siglos, nos será preciso reconocer que Descartes y Pascal, estos dos pensadores de nuestros tiempos, estas dos almas templadas en divinas fuentes, vivieron inquietos por Aquel que no se muestra. Quién no recuerda la visión de Descartes? Quién no se ha conmovido ante las alucinaciones de Pascal?

Descartes! este escéptico audaz, que perfila su grande sombra en la aurora de todas nuestras luces! No solo tuvo su visión, sino que emprendió á pié una peregrinación á Nuestra Señora de Loreto, desde Venecia. Y no fué esto solo. Para dar gracias á la Virgen por esta visión, arrastrado por cierta voz celeste que le hablaba, fué á Roma para asistir al jubileo.

Su discípulo Malebranche, no vivió tambien en el mundo espiritual? «La esencia espiritual de Dios, escribe este filósofo, contiene todos los espíritus y todas las almas.»

No se conoce aun bastante aquella loca obstinada que sostenía diálogos con un crucifijo. No hablaré de sus caricias y «delicias espirituales» que sentía en su comercio con los espíritus divinos. La señora Guyon es una Safo cristiana que se arroja en brazos de Dios, como la otra Safo se echó en las ondas del mar porque creía hallar en él los brazos de Faonte. Habla de su celestial esposo con una familiaridad y audacia que espanta á las mujeres casadas. Así dice: «Me he casado con Cristo: renuevo todos los años mi matri-

monio; hé aquí porque hago milagros, hé aquí porque mando las almas.» No levantaré el velo de sus éxtasis y visiones. El diablo se le aparecía siempre empeñado en tentarla, porque Dios se hallaba contenido en ella; esta mujer es la gran Pitonisa del misticismo. Saint-Martin y Fenelon son apenas dignos de traducir la lengua que ella hablaba. Tuvo «completamente despierta» apariciones divinas bajo todas las formas. «Os aparecisteis, amor mio! bajo aquella figura del Apocalipsis, con la cabeza coronada por el sol y las doce estrellas!»

Saint-Martin pertenece á lo pasado y á lo porvenir. Se nos presenta entre el grupo de Mesmer, del conde de San German y de Cazotte. La señora de Krudner es la sibila de los emperadores. Hé aquí tambien al creyente Lamennais que será el profeta del pueblo.

Horas de locura! esclaman los escépticos. Porque no se ha de responderles: Horas de luz! La ciencia, dicen, niega la existencia de Dios. Al contrario, la explica, contestamos nosotros. Y si Dios existe, por qué hemos de negarnos á ver su mano invisible en el trabajo visible?

Será una visión el que Francia sea aun la Francia? Si Voltaire y Juana de Arco son las dos figuras mas grandes de la Francia, Voltaire debe á Juana de Arco el ser un grande escritor, apesar de su *Doncella*.

Quién soy? A donde voy? Este es el punto interro-

gativo que la humanidad fija ante Dios. Y Dios no responde. Y por esto dicen los filósofos que Dios no existe.

En el origen de las ciencias ocultas se buscó á Dios hasta en el demonio, y los misterios del cielo fueron buscados en el libro de la naturaleza.

Las ciencias ocultas de la edad media buscaron sus inspiraciones en la cábala judía. La cábala es una filosofía mística. Mas antigua que la escuela de Alejandría, con la cual, sin embargo, ofrece algunos rasgos de semejanza, lleva de un modo harto visible el sello de una doctrina de Oriente. Según ella, todas las criaturas son emanaciones de una sustancia única. Quién no reconoce en estas ideas elementales el sistema de Spinoza y de todos los ateos modernos? Judío é iniciado en los misterios, en las tradiciones de su raza, Spinoza no hizo otra cosa que llevar la rectitud de un espíritu geométrico en el mundo de la fantasía y de los sueños grandiosos.

Las ciencias ocultas se envolvían á sabiendas en un velo artificial. Los astrólogos, los alquimistas, los mágicos no querían ser comprendidos por el vulgo. De ahí que un lenguaje convencional, de signos misteriosos; de aquí que un simbolismo nebuloso cubriera ideas de flotantes contornos. Aquellos misterios, aquellas sombras, aquellas tinieblas, hicieron creer á los espíritus superficiales que no había tras las ciencias ocultas de la edad media mas que un grosero error enmascarando la superchería. Enhorabuena que

fuese el error; pero que habrían ganado los sábios de aquella época en engañar á los otros y en engañarse á sí mismos? Se supone siempre á los hombres mas malos y mas hábiles de lo que son realmente. La mayor parte de los gefes de escuela tienen religiones que han seducido la muchedumbre ó que han comenzado por ser seducidos. Se puede ver muy bien en la doctrina de los antiguos magos el delirio del orgullo, un desafío soberbio á Dios y á la Providencia; el abuso de las aspiraciones hácia lo infinito; mas no se podrían dirigir iguales reproches á los filósofos y á los teólogos? Saberlo todo es poderlo todo: esta es la profesion de fé de la cábala.

Esta profesion de fé no es consentida por la naturaleza. Ella se venga llenando de sombras los ojos del espíritu que se vuelven audaces hácia la luz universal. Pero acaso no tienen los cabalistas el derecho de acusar á la naturaleza? Acaso no pueden decirle: «Por ventura no eres tú quien ha puesto en mi corazón este insaciable deseo de saber? Porque me has dado la ambicion de un Dios, puesto que me encorvas como el bruto bajo el inesplicable misterio de tus leyes? Tú me arrojas la manzana de la ciencia, la manzana del bien y del mal, y despues, engañadora Maya, te escondes tras el espeso bosque de lo desconocido! Pues bien: te seguiré. Veremos quien cederá. No creas que nunca puedas ahogar mis irresistibles aspiraciones á conocer la causa de las causas. Yo arrancaré tu secreto.

Octavio poseía toda una biblioteca de filosofía y teología. El joven conoció muy pronto que la cábala encerraba una ciencia tan real, como la de otros sistemas pretenciosos y ya consagrados. No se detuvo en las quimeras: los mismos platónicos no se hallan exentos de ellas. Los errores! Donde no abundan? Engañarse es el privilegio de la razón humana: solo no se equivoca el que anda por caminos ya trillados; pero á donde guían? El hombre con frecuencia no evita las ilusiones mas que para caer en los lugares comunes.

Segun los cabalistas, existe un alma universal que dá esencia y sustancia á la estension: todas las otras almas son emanaciones de esta alma, vasto océano de la vida y de la idea. Cada departamento de la existencia se encuentra animado por una fuerza latente oculta, que es como el espíritu de las cosas. Hay el *alma azul* que llena el éter; hay el alma *verde claro* que hace vivir el océano; hay el alma *insensible* que hace respirar las piedras; hay el alma *verdesubido* que se estremece y vegeta en sus plantas y hay el alma *animal* que dá el instinto á los brutos y el pensamiento al hombre. Todas estas almas sublunares, están bajo la dominacion de los grandes cuerpos celestes.

Las estrellas que pueblan la soledad del vasto cielo son seres. Cada uno de estos mundos se encuentra animado por una inteligencia particular dotada de una fuerza, y de una influencia que obran direc-

tamente sobre nuestro planeta. No existe un sér viviente, no existe una flor que no tenga su patrono y su guía en uno de los astros colgados en el firmamento. Cada rayo de luz celestial que baja á la tierra encuentra la criatura al cual está destinado. Esta comunión de las almas á través del espacio, esta correspondencia de las esferas superiores determinando los destinos de las otras esferas inferiores, todo esto forma el lazo del universo, el lazo de amor, segun dice el Dante.

La creencia de que las almas sublunares están bajo el dominio de las almas unidas á los cuerpos celestes, es una creencia caldea. Los primeros pastores, sorprendidos con la belleza de esos astros que brillan en la serenidad taciturna del cielo asiático; pasando la noche con sus rebaños en medio de aquellas llanuras silenciosas, buscaban por encima de su cabeza, los confidentes de sus pensamientos. Se acostumbraban muy luego á ver en las estrellas hermanas misteriosas que velaban por su destino errante. Cada uno de ellos eligió la suya entre aquella innumerable familia de cuerpos celestes que poblaban las soledades del espacio. Mas tarde, lo que era un instinto, un sueño, una necesidad del corazón, hubo de convertirse en doctrina. El género humano no procede de otro modo: toda teología, todo sistema filosófico empieza con una aspiración hácia la naturaleza. Los doctores caldeos, ó, dándoles su verdadero nombre, «los magos,» transformaron la simple y grosera vi-

sión de los pastores en una metafísica sagrada. Dijéronse que aquellas vastas existencias del firmamento no podían permanecer inactivas, que los mundos debían corresponderse unos á otros, que en la naturaleza las grandes fuerzas dominaban las pequeñas, y que de consiguiente nuestra redonda bola tenía que recibir de los astros, no solo la luz y la vida, sino una dirección moral. Cada astro abrazaba con su poder una parte de los tres reinos de la naturaleza; presidía á la formación de las piedras y los metales, á la vida de las flores, al nacimiento y destino de los animales, á la fortuna de los hombres, y las obras creadas por la inteligencia humana. Las religiones, los estados, las sociedades, todo se hallaba regido por los movimientos del cielo. Los grandes cuerpos luminosos vivían sujetos á enfermedades y á fases laboriosas; la enfermedad de estos astros se esparcía en la parte de universo y de humanidad que las estaba sometidas: de ahí las pestes, las guerras, los temblores de tierra, las hambres y todos los azotes. Que los cabalistas se han engañado sobre la causa fatal de los acontecimientos, es cierto; mas, necesario es hacerles justicia. Adelantándose á la ciencia, fijaron audazmente la unidad de la naturaleza. Fourier fué llevado por la misma voz á las mismas inducciones. Han escitado mucho la risa las funciones de Mercurio, presidiendo la salud de las coliflores; yo no sé si Mercurio se interesa mas por las coliflores, que por los hisopos; mas creo de buena fé que la ciencia obró

con gran temeridad y ligereza, cuando negó las influencias ejercidas de una esfera á otra, por las virtudes celestes.

El alma de la tierra, esta alma que ha preocupado en estos últimos tiempos la razón de los buscadores obstinados, era perfectamente conocida de los cabalistas. Cada alma particular era una ola de aquel océano sometido á la presión de los astros que van y vienen en los espacios celestes. Esta alma terrestre imantaba todas las criaturas, y ella, á su vez, era imantada por la mirada de los otros mundos, sus hermanos y sus hermanas en la eterna encarnación de Dios en el seno del universo.

Los cabalistas admitían como los antiguos dos almas: una espiritual y la otra material. Esta última, durante la vida, servía de lazo entre el espíritu y el cuerpo. Tenía así la forma de la persona animada. Desprendida del cuerpo conservaba su semejanza. Esta alma no dejaba la tierra. Relaciones de simpatía la ligaban ya á la tumba, ya á aquellos lugares preferidos en los que se había realizado su existencia visible.

Continuaba siendo animada por las pasiones que habían hechizado ó atormentado su primera vida: el odio, el amor, la venganza. Quería el bien ó el mal.

Habitaba un mundo mas etéreo; parecía sensible á impresiones delicadas que no perciben nuestros órganos. Era una sonámbula lúcida.

Hé aquí el modo con que Jacinta había visto aparecer á Violeta.

Genoveva recordó que esta vision cruzaba frecuentemente en sus sueños.

Cuando la pitonisa de Eudor evocó, segun la Biblia, la sombra de Samuel, esta sombra era el alma material de la persona difunta. Estas almas tenían la facultad de ir de un punto á otro con la rapidez eléctrica del pensamiento. Con frecuencia se aparecían sin otro impulso que el de su voluntad á los que estaban durmiendo.

Era con objeto de darles la llave de oro de los sueños. El porvenir les estaba abierto á causa de la finura de sus facultades sensitivas, lo cual equivalía á la doble vista. Ordinariamente se aparecían á las mujeres que son mas aptas para recibir las impresiones.

*Las mujeres ven.*

El arte de las evocaciones se hallaba fundado en la idea de que los vivos ejercen por su voluntad una influencia sobre el alma material de los difuntos. Esta fuerza y este dominio se acrecentaban ejercitándolos. Para esto era indispensable colocarse en determinadas condiciones. Las relaciones con el mundo invisible, estaban prohibidas á las naturalezas vulgares que se evaporan en la accion exterior. Unicamente la voluntad podia llamar el alma material de los muertos y obligarlas á presentarse: mas, esta voluntad se auxiliaba con ciertas fórmulas y ciertos signos que le daban mas poder. Estas imágenes de la vida se dibu-

jaban en color gris en el fondo positivo del mundo exterior: poseían el gesto, el movimiento, la mirada y la voz. Bajo esta nueva forma seguían interesándose en los acontecimientos de la humanidad. Esto, sin embargo, siempre se manifestaban rebeldes cuando se las hacia entrar en las esferas de las cosas visibles. Era indispensable atraerlas con una fuerza interna, cogerlas, por decirlo así, *por los cabellos*, ó bien, segun dicen los visionarios cabalistas, por la *mano de la voluntad y el mandato*.

Estas sombras vivían tristes. Habían guardado del sueño doloroso de la vida, una impresion intensa y fria. «Nunca las he visto sonreír» dice Flamel que se alaba de haberlas evocado á millares.

El sentimiento mas fuerte que parecia animarlas en su existencia oculta, era un sentimiento de justicia. Venían á pedir á los vivos la reparacion de un derecho violado, de un crimen que había quedado impune.

Un cabalista cita el ejemplo de una sombra de mujer que se quejaba de una violencia que en ella se había cometido hacia un siglo y que desgraciadamente presidia el infortunio en la familia del culpable. Las almas de los muertos, sufren mientras el velo antiguo de las acciones malas no ha sido destrozado, y mientras el autor del mal no ha recibido el castigo que merece. Shakespeare ha sido el intérprete fiel de las creencias de su tiempo. Traduciré textualmente:

»HAMLET. Dónde quieres conducirme? Habla; no iré mas lejos.

»LA SOMBRA. Préstame tu atencion.

»HAMLET. Sí.

»LA SOMBRA. Está cercana la hora en que debo volver en medio de las sulfurosas y atormentadoras llamas

»HAMLET. Ay! pobre sombra!

»LA SOMBRA. No me compadezcas; pero concede tu formal atencion á lo que voy á revelarte.

»HAMLET. Habla, ya te escucho.

»LA SOMBRA. Y disponte á vengarme luego que me hayas oído.

»HAMLET. Te vengaré!

»LA SOMBRA. Yo soy el alma de tu padre. Estoy condenada por espacio de algun tiempo á errar durante la noche, y durante el dia me hallo sujeta al fuego, hasta que los crímenes que cometi en los dias de mi existencia, queden expiados. Si no me fuese prohibido el manifestarte los secretos de mi cárcel, podria contarte una historia, cuyos menores detalles destrozarian tu alma, harian helar tu jóven sangre, harian salir,—como dos estrellas,—los ojos de tus órbitas, y erizarian tus cabellos, como se erizan los pelos de un jabalí irritado. Mas el relato de esta eterna agonía, no es propósito para orejas de carne y sangre. Escucha! Escucha! Escucha si algun dia amaste á tu padre!

»HAMLET. Cielos!

»LA SOMBRA. Véngale en la persona de su asesino!»

Como se vé, la víctima llevaba la pena del crimen cometido hasta que habia alcanzado reparacion. Las sombras de los asesinos sufrían por los asesinos hasta que estos últimos eran castigados. Esta satisfaccion obtenida volvian á entrar en el silencioso reposo de la naturaleza, presenciaban el orden invariable de los elementos ó se complacian en el espectáculo histórico del género humano.

Las estrellas no cesan de obrar sobre ellas; pero su accion es mas *sublimada*; las sombras conversan con el alma de los mundos, con el alma de la noche y con las otras sombras. Hay ciertos lugares que para ellas son preferidos. Los espesos bosques, las fuentes solitarias, los peñascos negros en las orillas del mar, se adaptan á sus meditabundas aficiones. En estos puntos es donde los visionarios cabalistas pretenden haberlas encontrado en mayor número. Las víctimas de un crimen dejan dificilmente el teatro donde se verificó el homicidio. Andan erizantes en torno de la sangre derramada: llaman al alma de la tierra y la muestran con su dedo las huellas del asesino. Cuando se les pregunta callan y se esconden.

Por lo que se refiere al alma espiritual, los cabalistas no se esplican con claridad respecto á sus destinos. Su oscuro lengnaje parece no obstante indicar que vuelve á la fuente de la vida universal.

La mágia, una de las ramas de la cábala, se apoyaba en el principio de que saber es poder.

El mundo es una gran simpatía.

Estender la voluntad del hombre sobre los agentes de la naturaleza era el sueño de esos iniciados en los misterios de las artes ocultas. Sus pretensiones ofrecen rasgos de notable semejanza con las de los magnetizadores. Creían poseer el secreto de influir en los elementos y en las ideas de otros hombres. Este secreto se hallaba fundado en una doctrina: procuraban ponerse en comunicación con los poderes del mundo visible. El arte de cautivar estas almas constituía el privilegio de los sábios. Esto les daba una gran superioridad sobre los demás hombres cuyos deseos y actos tenían la pretensión de dirigir. Según los iniciados en las ciencias ocultas, todos los seres vivos y hasta inanimados obraban los unos sobre los otros como por vía de atracción. La filosofía de los corpúsculos, según se la llamaba, daba cuenta de todos los fenómenos de la naturaleza y los explicaba á su manera. Cada criatura, decía, es como una esfera dotada de un movimiento particular. Cuando dos de estas esferas se encuentran á corta distancia, la una trata de atraer á la otra en el rayo de su influencia. La voluntad puede acrecentar la fuerza atractiva y expansiva de las moléculas que flotan al rededor de los seres organizados y que constituyen, por decirlo así, su atmósfera individual. Según que esta atmósfera es fuerte ó débil los seres arrastran ó son arrastrados. Esta fuerza ó debilidad es por otra parte relativa: tal persona que os atrae, será, á su vez, atraída

si cae bajo la atmósfera de otra persona dotada con una energía de acción mayor.

La cábala dando un alma, una esfera de atracción y de influencia á todos los objetos de la naturaleza, se colocó en el camino de las evocaciones. Se proponía, en efecto, acrecentar y dirigir la comunicación que se ejerce á corta distancia entre los seres animados y los seres inanimados. La creación era, según ella, una gran familia cuyos miembros, aunque provistos de órganos y de medios de atracción muy diferentes, no dejaban de influirse los unos sobre los otros. El alma envuelta en cosas materiales era imperceptible y hasta cierto punto incomprensible hasta el momento en que la voluntad humana la obligaba á revelarse. Ciertos objetos inanimados de la naturaleza manifestaban para ciertas personas simpatías ó antipatías. Era cuestión de carácter. El estudio de estas leyes y de estas relaciones debía conducir los cabalistas al fin que se proponían: la dominación del mundo material y por la mediación de las cosas, la dominación de los espíritus.

Los cabalistas llevaban esta confianza á un límite extraordinario: nada les parecía imposible para la razón humana ayudada con la voluntad y la ciencia. Llegaban á creer que se podía atraer el alma de los muertos al seno del embrión y vencer su repugnancia para volver á la vida. Su ambición fué aun más lejos: se imaginaban haber analizado las causas que presidían al nacimiento de los seres é intentaban su-

plir á la naturaleza en el misterio de sus formaciones. Hacer un hombre, este sueño de Prometeo, fué tambien el sueño de los alquimistas. Habiendo calculado la suma de influencias celestes que obraban sobre la concepcion de los seres organizados, se lisongearon de dirigir por sí mismos estas influencias y de dar un alma á la materia. Esta orgullosa quimera ocupó los ócios y veladas de mas de un sábio. La tradicion de la cábala queria que alguno de ellos habia logrado su objeto. Aquellos hombres espantosos, nacidos como una escepcion de las leyes de la naturaleza, formados en el molde de la ciencia y arrojados en la superficie del globo como un desafio lanzado al poder creador, eran como protestas vivas del ateismo. La desgracia está en que la existencia de estos *androgonos* no ha podido jamás convencer á nadie, ni aun á los mismos que los habian creado.

A través de estas fábulas y de estas ilusiones del orgullo humano, no es difícil coger la idea de los cabalistas. El mundo no era para ellos mas que una série de movimientos perpétuos, organizados, periódicos, impresos con el sello de la fatalidad. La ciencia podia apoderarse de estos movimientos, de estas combinaciones ciegas, cambiar sus leyes, suspender su curso, reglamentar sus consecuencias é imprimir así, su voluntad á la naturaleza.

Esta teoría de los cabalistas puede ser analizada bajo dos puntos de vista: por una parte se relaciona con el naturalismo; por otra con el espiritualismo,

pero con el espiritualismo ateo. La voluntad humana y la vida universal, la una obrando sobre la otra, tales son los dos términos sobre los cuales se apoya esta doctrina enfática, oscura y misteriosa. Si algunos cabalistas hablan de Dios, como del alma del universo, entienden por él un Dios sin personalidad, sin conciencia de sí mismo ni de sus actos, sin independencia, sin libre arbitrio. La fatalidad está en el fondo de este sistema. El hombre no es dueño de sus acciones: se halla dirigido como todas las cosas sublunares por el mecanismo de las esferas celestes. Las constelaciones deciden sobre la suerte de los Estados, de las religiones, de las sociedades, de los grandes hombres.

Las almas son, segun la cábala, existencias espontáneas. Esto es una vieja idea resucitada. Las almas andan errantes en lo infinito: unidas pasageramente á un cuerpo mortal cuando se desprenden de él la muerte no rompe los lazos ni sus relaciones con el universo y la humanidad. Esta creencia llegaba hasta el punto de autorizar el matrimonio entre las personas muertas y las personas vivas. Cuantos de estos enlaces no fueron consagrados á las doce de la noche! Se evocaba á la prometida esposa difunta: aparecia y el anillo nupcial que presentaba aquella no volvía á encontrarse nunca.

Los cabalistas sabian perfectamente que la creencia consistente en el dominio de los astros sobre las almas y de las almas sobre las constelaciones celes-

tes, era una idea de la que participaban igualmente los magos de Oriente y los primeros místicos del cristianismo. Bastaba para convencerse de ello leer con atención el Apocalipsis de San Juan. Dios promete al visionario dar á sus elegidos un testimonio de interés por ellos. Les hará un presente digno de sus obras. Y este presente en qué consiste? «Les daré, dice Dios, la estrella de la mañana!»

Otra rama de la cábala, que brotaba del mismo tronco era la presciencia ó el conocimiento de lo futuro. Los hombres mas eminentes de la antigüedad, han creído en los augurios. Los historiadores cuentan con la mayor gravedad las mas nimias circunstancias que han precedido á las batallas y á los sucesos de gran monta. Ahora es muy difícil de formarse una idea del sentido profundo y terrible que los antiguos daban á estas frases: «los presagios eran funestos.» Viéronse generales que aplazaron el combate por su fé en señales amenazadoras y siniestras que precedían á una batalla que hasta á veces se había empeñado. Esta fé descansaba en una doctrina cuyas huellas se pierden en la noche de los tiempos. Esta doctrina era la de los cabalistas: la solidaridad de los acontecimientos y de los órganos de la naturaleza. Para ellos todos los seres vivos ó inanimados estaban relacionados unos á otros por una cadena misteriosa. La desgracia ó la fortuna no era un hecho individual: era un hecho colectivo que interesaba las diferentes existencias diseminadas en el espacio. Ante

el hombre amenazado por un grande infortunio, el alma de las cosas se estremecía y lanzaba gritos inarticulados. Comprender esta lengua simbólica era un privilegio de los hombres ejercitados en los coloquios de las criaturas. Todos los seres pensaban toda vez que hablaban. Este lenguaje era á veces mudo; era el lenguaje de las formas. Otras veces por el contrario, se manifestaba con ruidos á que la esperiencia daba tal ó cual significado. Las aves que vivían en las regiones superiores de la atmósfera, estaban en comunicacion muy íntima con las influencias delicadas de que estaba cargado el cielo.

Revelaban con sus cantos ó sus gritos el pensamiento que el alma del mundo hacia rodar en los espacios. Todas aquellas voces, las unas sonoras, las otras silenciosas, eran como advertencias de la naturaleza. El instinto de los animales y de los seres inanimados no estando distraído, como en el hombre, por el torbellino del pensamiento, cogía en la vida universal impresiones magnéticas y las traducía al oído ó á la vista ejercitada de los sábios.

Estas creencias pasaron á las costumbres y resisten aun la luz de la filosofía moderna. El pastor se imagina facilmente que todo le habla. Verdad es que ha podido convencerse por su esperiencia de que los animales y las plantas saben mucho mas que él respecto á si hará bueno ó mal tiempo y respecto al movimiento de las estaciones. De ahí que exista una confianza ciega en la ciencia de las cosas.

Lo que nos profetiza el viento y la lluvia no puede igualmente anunciarnos el bien y el mal que debe ocurrir en la vida? No existe en el cielo una lengua de oro, la lengua de las estrellas? Las mujeres á causa de su temperamento nervioso, de su inmenso deseo de creer, de su imaginacion viva y poética, se muestran naturalmente mas propensas que los hombres á creer en esas supersticiones antiguas.

Conocer el porvenir, penetrar entre la niebla que nos oculta el secreto del destino, es una necesidad del corazon humano. Esta necesidad se encuentra bajo la cabaña del salvaje. Un deseo tan universal y enérgico, dicen los cabalistas, no puede ser una mistificacion de la naturaleza. Esta, nos ha dado luces para responder á todas las ambiciones de nuestra curiosidad. Nos habrá engañado en esto? Habria creado el ojo del porvenir para cubrirlo con una venda impenetrable? Si no leemos este gran libro abierto ante nosotros en la inmensidad del cielo y de la tierra, es porque no queremos llegar ni siquiera al alfabeto del misterio. La voluntad humana que lo puede todo, esta voluntad que manda los elementos, tiene igualmente la fuerza bastante para arrancar el secreto de lábios de la esfinge.

Los cabalistas armados de esta conviccion habian dado un sentido á todos los objetos que en la creacion existian. El destino! Para ellas estaba escrito en la fisonomía de los astros. No faltaba mas que levantar los ojos y leer.

El destino era trazado por los mismos astros, en las arrugas que labran la frente del hombre y en las líneas que surcan la mano. Hablaba en el murmullo de las fuentes, aparecía en los sueños, cuchicheaba en el roce de las almas invisibles que poblaban el espacio. Si vos no las oíais, podíais consultar aquellos cuyo sexto sentido, se hallaba mas despierto que el vuestro, á las comunicaciones del mundo superior. El porvenir no era un velo, mas que para aquellos cuyo ojo interior estaba apagado. La naturaleza lo sabia todo: el hombre con su voluntad era su dueño: solo faltaba hallar la solucion del enigma.

Las almas de los difuntos, ó de los que estaban próximos á la muerte, tenian segun los cabalistas, una tendencia natural á anunciar su salida de este mundo. La distancia no era un obstáculo, puesto que el espacio es una ilusion de los órganos; el espacio no existe. El alma se presenta ante las personas que ama. Si su presencia no es notada por los demás hombres, se debe á que su segunda vista está envuelta en la niebla de las impresiones materiales. Los que ven claro no se engañan. Aunque otros no perciban mas que una impresion semejante al de una hoja que se mueve ó al sopro del aire, no por esto dejan de reconocer en ciertas circunstancias la emocion de un alma que palpita.

Muchos grandes hombres han vivido sugetos á esta obsesion de los espíritus invisibles. El matemático Cardan, cuenta que los principales sucesos le fue-

ron anunciados por sueños, presagios, apariciones, génius familiares y por el movimiento de las estrellas. Sus confesiones ofrecen uno de los mas curiosos estudios fisiológicos. Esto sin embargo, pasaba por un hombre de talento.

Cada cual es libre de ver en los sueños de la cábala el delirio de una ciencia jóven. Sucede en la ciencia humana como en la filosofía: se vuelve mas cobarde á medida que se muestra mas ilustrada. En la influencia del estudio, cuando el límite de los conocimientos no se halla fijado, el orgullo es estraordinario y el espíritu se cree con fuerzas para escalar el cielo con muy pocas luces. Mas tarde, por el contrario, la ciencia se vuelve timorata: antes se habia exagerado la audacia y luego exagera la desconfianza. Todo lo que no cae bajo las reglas de la demostracion se relega sin piedad al dominio de las quimeras. Fuera ya tiempo de que cogiera una senda algo mas formal y mas útil. La materia posee propiedades que aun no conocemos; el espíritu cuenta con fuerzas que aun no se han ensayado. Si los iniciados en las ciencias ocultas colocan demasiado alto y en una esfera inaccesible el ideal de los conocimientos humanos, los sábios actuales las colocan demasiado bajo y en un círculo demasiado limitado. El siglo diez y nueve tiene asimismo sus ciencias ocultas: quien sabe si viven mas allá que las ciencias exactas. Sucede con el sonambulismo artificial lo que con los globos aereotáticos: hasta hoy no se ha descubierto la manera de

dirigirlos; pero nada prueba que esto sea imposible. El fantasma de las cosas se aparece con frecuencia á la inteligencia humana antes que las cosas mismas.

En el dia de hoy los sábios confiesan á cada instante su ignorancia y yo les felicito por ello; pero censuro el que eleven esta ignorancia á la categoria de principio. Conocen—esto es cierto—un gran número de fenómenos; pero no adivinan su causa. No les pregunteis ni el cómo, ni el porque de las acciones naturales que analizan: su rostro se cubriria de pronto con una nube magistral, y os enviarian á las edades fabulosas de la ciencia. Estas edades fabulosas han abusado sin duda alguna de las conjeturas; pero se abusa tambien de la prudencia, y se desconfia mucho de la penetracion humana cuando se circunscribe el estudio de la naturaleza á la indagacion de los hechos. La naturaleza no nos ha dicho aun su última palabra: tampoco se la han pedido. Atormentar la materia sin remontarse á la fuerza divina que la anima, equivale á interrogar un cadáver.

Es mas fácil negar la relacion de los espíritus con la materia, que demostrarla. Los conocimientos humanos no serán completos, mientras cortados en dos partes,—la filosofía de un lado, y las ciencias físicas del otro,—marchen solitariamente y á tientas hácia este sol central, cuya luz ilumina las profundidades de la naturaleza.

Los iluminados de la edad média tenian una superioridad: la de que si no inventaron la ciencia,

cuando menos inventaron la poesía. El sentimiento les arrastró á la esfera de las ilusiones; pero las ilusiones son los hijos extraviados de la verdad. Plantando una escuela aventurera en los senderos de lo desconocido, muchos grandes hombres han encontrado fuentes nuevas donde la humanidad se ha abrevado. No olvidemos que Keplero fué un astrólogo.

La ciencia actual es enemiga de las quimeras: declama con una verbosidad inestinguible, contra lo maravilloso. Enhorabuena. Mas no autoriza con su silencio y su reserva las aspiraciones al misticismo? En tanto que no haya contestado á estas preguntas elementales que preocupan la conciencia humana: «¿Quién soy? ¿A dónde voy? no privará á los espíritus curiosos é impacientes el coger, según la forma de cada siglo, el tenebroso camino de las ciencias ocultas.

El duque de Parisis y el señor Jericó habian hablado uno despues de otro: el primero siempre se habia manifestado escéptico: el segundo casi creyente.

Genoveva estaba maravillada ante la omnisciencia de Octavio. Donde habia aprendido lo que decia tan bien aquel burlon que no parecia haber estudiado mas que las mujeres?

## V.

## EL DEDO DEL DIABLO.

Daba la media noche, y de pronto se oyó un ruido extraño.

—Tengo miedo, exclamó Genoveva.

—Miedo conmigo! al lado de Jacinta y frente al señor Jericó! El mismo diablo no se atreveria á venir con tanta compañía, si es que el diablo existiera.

—Os lo suplico, Octavio, no desafiéis al diablo.

—Teneis razon Genoveva: si el diablo no existe en cambio su espíritu se halla en todas partes. Cuando yo era pecador, se me decia con frecuencia que yo era el diablo. Ahora, gracias á vos, hé abdicado el cetro de Satan. Pero el diablo se acostumbra á presentar en forma de mujer.

La puerta se abrió con estrépito.

La duquesa creyó que quien entraba así, sin hacerse anunciar, era efectivamente el diablo.

Era una bocanada de aire. Un criado acababa de abrir la puerta sin cerrar antes las ventanas de la antecámara.

—Que es esto? preguntó Octavio con impaciencia.

—Señor duque es una bocanada de aire. Me equivoqué, dijo el criado, presentando una bandeja de plata: es un despacho telegrafico.

Genoveva, curiosa, se levantó para cogerlo.

—Id con tiento! no sea que venga del infierno, observó Octavio.

Genoveva abrió el despacho y leyó lo siguiente:

«Pasado mañana llegaré á Tonnerre. Venid á esperarme en la estacion del camino de hierro. Pasaré ocho dias en Parisis.

»ARMANDA.»

—Loado sea Dios! exclamó Genoveva.

—Con tal, dijo Octavio, que la señora de Fontaneilles venga sin el marqués, ese hombre que hace odiar todas las virtudes con que pretende adornarse!

—Tranquilizaos, mi querido Octavio: mi amiga viene para verme dichosa: no os fastidiará su marido.

Jacinta se habia levantado para tocar el piano.

—Este despacho no me gusta, murmuró entre dientes: llega en viernes, á media noche y en el momento en que se habla del otro mundo; entra con una bocanada de aire; estoy cierta de que el diablo envia la marquesa. Pobre Genoveva! Era tan feliz!

Y luego de meditar un instante, prosiguió:

—Si algun día el destino volviese la página de su libro!

## VI.

### EL DIABLO EN EL CASTILLO.

El duque y la duquesa fueron al siguiente día á la estacion mas cercana con un coche de cuatro caballos para aguardar á la marquesa.

Todos sintieron grande alegría al verse. Por espacio de media hora se cruzaron las mas vivas protestas de amistad, y las frases de curiosidad se cambiaron y enredaron como una madeja que se encuentra en unas manos caprichosas. Hablóse de sí mismo y se habló mal del prógimo para no perder esta costumbre. La marquesa hizo la caricatura de la última fiesta dada en el palacio de... donde todos los asmáticos del barrio de San German se habian dado cita como para asistir á un entierro de primera clase.

—Teneis mucha gente en el castillo? preguntó la marquesa de Fontaneilles.

—Mucha gente! contestó Genoveva; para mí el universo consiste en Octavio.

—Poco le ha faltado para que os neguemos la hospitalidad, dijo Parisis, riendo.

Genoveva miraba á su amiga. La marquesa nunca

—Señor duque es una bocanada de aire. Me equivoqué, dijo el criado, presentando una bandeja de plata: es un despacho telegrafico.

Genoveva, curiosa, se levantó para cogerlo.

—Id con tiento! no sea que venga del infierno, observó Octavio.

Genoveva abrió el despacho y leyó lo siguiente:

«Pasado mañana llegaré á Tonnerre. Venid á esperarme en la estacion del camino de hierro. Pasaré ocho dias en Parisis.

»ARMANDA.»

—Loado sea Dios! exclamó Genoveva.

—Con tal, dijo Octavio, que la señora de Fontaneilles venga sin el marqués, ese hombre que hace odiar todas las virtudes con que pretende adornarse!

—Tranquilizaos, mi querido Octavio: mi amiga viene para verme dichosa: no os fastidiará su marido.

Jacinta se habia levantado para tocar el piano.

—Este despacho no me gusta, murmuró entre dientes: llega en viernes, á media noche y en el momento en que se habla del otro mundo; entra con una bocanada de aire; estoy cierta de que el diablo envia la marquesa. Pobre Genoveva! Era tan feliz!

Y luego de meditar un instante, prosiguió:

—Si algun día el destino volviese la página de su libro!

## VI.

### EL DIABLO EN EL CASTILLO.

El duque y la duquesa fueron al siguiente día á la estacion mas cercana con un coche de cuatro caballos para aguardar á la marquesa.

Todos sintieron grande alegría al verse. Por espacio de media hora se cruzaron las mas vivas protestas de amistad, y las frases de curiosidad se cambiaron y enredaron como una madeja que se encuentra en unas manos caprichosas. Hablóse de sí mismo y se habló mal del prógimo para no perder esta costumbre. La marquesa hizo la caricatura de la última fiesta dada en el palacio de... donde todos los asmáticos del barrio de San German se habian dado cita como para asistir á un entierro de primera clase.

—Teneis mucha gente en el castillo? preguntó la marquesa de Fontaneilles.

—Mucha gente! contestó Genoveva; para mí el universo consiste en Octavio.

—Poco le ha faltado para que os neguemos la hospitalidad, dijo Parisis, riendo.

Genoveva miraba á su amiga. La marquesa nunca

había estado tan hermosa. Para ir de viaje vestía con bastante lujo. Llevaba un traje de tela de Indias, color de fresa y lirio, con un manto á la Pompadour y un cinturón con broches preciosos. Luis XV no vio en su corte una mujer tan bien puesta. Su sombrero de paja, adornado con flores, sentaba muy bien á su hermosa cabellera. La marquesa balanceaba su sombrilla parecida á su traje y enseñaba sus piecitos aprisionados en unas botitas preciosamente dibujadas. El pié es una de las expresiones de la mujer.

—Cuando pienso, decía Octavio al ver aquella mujer tan hermosa, que todo es bien perdido!

En la comida fueron cuatro.

—Y sois feliz? preguntó la señora de Fontaneilles, á los postres.

—Como en los cuentos de hadas, respondió Genoveva.

—No vayais á creer, mi querida marquesa, dijo Parisis, que nuestra vida sea un cuento.

—Ni una novela, añadió Genoveva.

—Id con tiento, observó la marquesa: no se convierte en historia. Nunca me han gustado las historias.

—Vamos! interrumpió Octavio; quisiérais hacernos creer que vos no sois la mujer mas feliz del mundo.

—Chist! en mi corazón no entra nadie, observó la marquesa.

—Y no entrais en él vos misma?

—Quizá... pero vivo con independencia de él.

—Es cierto, dijo Octavio, y yo os admiro. Si fuera necesario representar la caridad se os tomaría por modelo.

La marquesa dió un suspiro.

—Qué quereis! replicó; cuando como Genoveva no se puede hacer la dicha de un hombre, una se consagra á los pobres.

—Como á la dicha de un hombre! Acaso el señor marqués de Fontaneilles no es el mas feliz de los mortales?

—Lo creeis así? Pues yo no: no está contento de nada. Si se le presentara la dicha en persona no trabaría con ella relaciones porque diría que no es de bastante buena casa.

—Lo que es no haber estado nunca enamorado! dijo Parisis con aturdimiento.

—Os lo agradezco; pero quizá tengais razón, dijo la marquesa: mi marido me ha amado como puede haber amado á su hermana á la cual acaba de heredar.

—Ingrata! exclamó Genoveva, mirando á su amiga: estás celosa de su hermana como él lo estará de tí?

—Mi querida amiga, los celos del señor de Fontaneilles distan mucho de parecerse á los de Otelo: es celoso por orgullo y no por amor.

Octavio casi no pudo contener esta otra exclamación:

—Y por qué no os ha amado?

Las dos jóvenes iban delante de él y se dirigió esta pregunta mientras ellas hablaban en voz baja.

—Por qué Fontaneilles no ha amado á su mujer? volvió á preguntarse.

Y se respondió:

—No es culpa de la mujer sino del marido. Hay corazones que no tienen la energia del amor.

Como todos los que razonan sobre esta tesis, Paris se equivocaba.

El marqués de Fontaneilles debia probar muy luego que tenia todas las energias del corazon.

Las dos mujeres seguian hablando: era un duo de confiancias íntimas de las que Octavio solo oia alguna que otra palabra.

Comprendió que Genoveva, en un momento de expansion comunicaba á la marquesa las alegrías de su alma.

Al ver á la señora de Fontaneilles Octavio creia que su hermosura era un bien perdido. En su concepto su marido no comprendia ni su belleza ni su talento.

—Ah! si yo hubiese tenido tiempo de amarla! se dijo admirando la preciosa cabeza de la marquesa.

Pero como veia con los mismos ojos la cabeza de su mujer, que era aun mas preciosa, hizo como los soldados despues de la batalla: metió la espada en su

vaina y no pensó mas que en ser un buen amigo de la marquesa.

Pero se acostumbra á decir que cuando una mujer forastera entra por la puerta de una casa, el diablo entra á su vez por la ventana.

risiense con líneas que la espresion y la coqueteria hicieron no severas, sino mas ó menos truncadas.

Existen acaso dos bellezas, la del mármol y la de la carne?

La marquesa tenia la belleza de la carne y de ahí que se dijera de ella que tenia la del diablo. Se entregaba por esto á Dios?

No, se entregaba á Dios porque el señor de Fontaneilles no habia sabido conquistarla.

Era uno de estos maridos parecido á todos los maridos que no saben distraer la inteligencia de su mujer cuando no tienen el don de ocupar su alma. Los maridos se imaginan siempre que el sacramento del matrimonio debe producir el milagro del amor. Compran una hacienda: esta es bien suya luego de firmado el contrato y de haberla registrado en hipotecas. Se casan con una mujer: acaso no es lo mismo? Para ellos son las mieses y el producto de la vendimia. Pero olvidan que la mujer es como la tierra, que todo en ella tiene su flor antes que el fruto: que si las heladas del matrimonio llegan á herir la flor, no recogerá ni mieses ni uvas.

He aquí lo que habia sucedido á Fontaneilles. Habia pasado con otras mujeres sus horas de juventud; habia pasado en sí de esas monerías que él llamaba astucias del corazon; queria que su mujer prescindiera de todas esas «monerías» indignas de una alma altiva, la cual no debe resplandecer mas que por los bellos sentimientos de la religion y la familia.

## VII.

## LA MARQUESA.

La marquesa de Fontaneilles se habia casado á los veinte años. Cuando soltera se la conocia en los salones de Paris bajo el nombre de Armanda de Joyeuse. Se disputaba mucho acerca de su hermosura. Para unos tenia la belleza del diablo, mientras que para otros poseia la belleza absoluta. Esto consiste en que en Francia los jueces de lo bello no han estudiado en las universidades de Fidia y de Apeles. El francés no ha nacido dibujante ni es entusiasta de las líneas severas: las poco simétricas siempre le han seducido. La mayor parte de los literatos no tienen mas que un vago sentimiento del arte. Juan Jacobo en Venecia no iba á admirar los Giorgione y los Ticiano: Voltaire en Ferney decia pomposamente «mi Versalles» ante algunos cuadros de Italia muy medianos. Hoy quizá Voltaire tendria mejores cuadros y Juan Jacobo iria á ver las obras maestras durante su permanencia en Venecia; pero si se le preguntaba acerca de su sentimiento artistico no irian á buscarlo ante la Venus de Milo: irian á buscarlo ante una pa-

Desgraciadamente para él no había registrado en hipotecas; no había borrado del corazón de su mujer los recuerdos de veinte años que un día despertaron y que se apoderaron de su alma.

Por lo demás era celoso como un español, bien como si su madre, que había nacido en los Pirineos, le hubiese dado con su leche la inquietud meridional.

Pertenecía además á la mas pura aristocracia del barrio de San German; nunca había transijido con los hombres nuevos. Hacia todos los años una peregrinacion á Frosdoff, bien como si aun tuviera esperanza en los destinos de la Francia. Comprendía que su época había pasado ó que aun no había llegado; buen cristiano y buen esposo se resignaba al silencio.

La marquesa hubiese preferido, á no dudarlo, un mal cristiano y un mal marido de esos que tanto abundan y que son adorados de su mujer. lo cual prueba que si la perfeccion existiera en este mundo no seria la preferida.

La señora de Fontaneilles se había resignado y decía á sus amigas que la compadecían viendo que hacía aquella tranquila y pacífica vida:

—Me he resignado á mi dicha.

Aunque su marido fuese muy celoso, la dejaba ir aquí y allí para no semejarse al tirano de Pádua. La acompañaba con frecuencia y se indignaba siempre al verla andar escotada, al revés de casi todos los maridos parisienses. Mas prefería acompañarla cuando iba á misa.

La marquesa se había entregado pues, á Dios. En Dios había concentrado sus aspiraciones y esperanzas. Cuando estaba soltera creía que su vida de casada no seria tan severa. Permanecía nueve meses en el castillo de Fontaneilles: no pasaba en Paris mas que el último mes del invierno y el último de la primavera; apenas su marido le daba un mes de vacaciones que pasaba en Dieppe, en Biarritz, ó en Baden, donde no la acompañaba su marido sino su hermana ó su madre.

Su existencia era una vasta soledad; había abrigado la esperanza de que tendría familia; pero había llegado á los treinta años sin que una cuna hubiese entrado en su cuarto. La cuna es la bendición del cielo en el matrimonio.

En ciertas horas vivía desesperada; oraba con pasión y hasta algunas veces con cólera, pues le parecía que Dios la había abandonado.

Tenia sus horas de tentacion; cuando veía su opulenta hermosura esclamaba, latíendole el corazón, con una aspiracion hácia lo infinito y con una sacudida de vaga voluptuosidad: «Es esto la tumba?»

Hacia ya un año que se preguntaba con un rubor súbito, por qué no había ya caído en brazos de Paris.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VIII.

## LA VIRTUD NO ES UNA FRASE VANA.

El duque de Parisís habia jurado muy formalmente borrar de su alma las imágenes del pasado para ver mejor en el porvenir la de Genoveva. Habia hecho un juramento oficial ante Dios; pero habia hecho mas: habia jurado que Genoveva seria la última mujer de su alma, de su corazon y de sus labios. Y lo habia jurado de buena fé, pues si no creia en la existencia de un Dios que oye los juramentos, creia en su palabra, á la cual no habia faltado nunca.

Por qué la señora de Fontaneilles habia ido á Parisís? Ni ella lo sabia. Era un juego del destino que se divierte en crear tempestades sobre la serenidad de la vida? Era para vivir en el mismo techo de aquel que le ocasionaba tanto miedo?

Ocho dias despues, algunos parisienses llegaron al castillo. Octavio habia ya olvidado que les aguardaba. Hubiera deseado que ellos, á su vez, se hubieran olvidado de visitarle; tan feliz se hallaba en aquella soledad de tres, en que la señora de Fontaneilles esparcia un nuevo hechizo con su rostro y su

talento. Octavio creia que no tendria una hora mas para los sueños. Él, que habia sido todo accion, hallaba dulce el descansar así, en plena naturaleza, entre dos mujeres que eran como las imágenes de la amistad y del amor.

Y despues, aun cuando no se sintiera celoso en el sentido francés de la palabra, es decir, en el sentido brutal, no le gustaba que se echase una mirada muy escrutadora en el interior de su casa. Del dintel hácia adentro era romano: para él la mujer era una criatura sagrada, á la cual no debia profanar la curiosidad. Pero, en fin, necesario es pertenecer á la sociedad y al mundo.

Llegaron á Parisís algunos amigos muy conocidos de Octavio: el príncipe Azul, Guillermo de Montbrun, el marqués de Saint-Aymour, el duque de Pontchartrain y su esposa, la princesa de... y su joven prima de H... que trageron consigo á la señorita Clotilde de Joyeuse, hermana de la señora de Fontaneilles.

El castillo quedó casi metamorfoseado. Todo un mundo de gente, iba, venia, reia y cantaba. Hacia un siglo que las sombras de aquella gran soledad no habian sido tan alegremente evocadas. Durante aquellos dias, fué todo una verdadera fiesta: por la mañana se emprendia un paseo hácia las ruinas vecinas improvisando cabalgatas; se almorzaba en la selva, donde los mas preciosos guisos de Girardin y de Boiteille parecian salir del fondo de la tierra; por la no-

che se hacian charadas, se improvisaban comedias y luego se acostaban tarde para levantarse muy temprano, pues sabido es que la vida en un castillo es mas desordenada que la que se lleva en Paris; si se quiere resistir es indispensable estar bien armado: piernas de acero, estómago de infierno, y corazon de bronce. Quizá se creará que todo aquel ruido y todo aquel movimiento, arrancaron de Parisis aquella viva aspiracion que le impulsaba hácia la señora de Fontaneilles. Pero no es cierto. Cuando un mal sentimiento germina en el corazon, brota muy pronto como las malas yerbas en el trigo de marzo. Os sorprenderá el ver en la primavera como las amapolas y otras plantas, surgen de pronto sobre los tallos de las espigas. Cuanto mejor es la tierra, mas pronto suben. Hé aquí porque los grandes corazones son, con frecuencia, los mas culpables; hé aquí porque la mujer que no aporta á Dios mas que las buenas mieses y una virtud divina, necesita de grande heroismo para arrancar de su corazon las malas yerbas.

Octavio de Parisis no tenia este heroismo; pero creia firmemente en la virtud de la señora de Fontaneilles.

La virtud es una túnica hecha por la naturaleza, á fin de ocultar los latidos del corazon. Lo que constituye la fuerza de la mujer, consiste en la creencia para el hombre de que la virtud verdadera se encuentra siempre debajo de esta túnica.

La antigüedad conoció al señor Cupido, un niño

que no habia nacido en el amor. Los antiguos elevaron templos á Venus, á la Venus púdica y á la Venus impúdica, á las cazadoras y á las bacantes; mas no penetraron en el divino santuario del amor. No conocemos las nueve musas; pero sabemos de memoria todas las sublimes estrofas de esta musa moderna que se llama la Pasion. Si no hemos levantado templos á la idea, en cambio hemos piadosamente levantado el altar del sentimiento.

En Safo, como en Dido, el amor tiene todas las violencias, todas las cóleras, todos los furores, pero no se entenece hasta las lágrimas. Se hallan estraviadas, pero no lloran. El fuego que las altera, que las devora, que las consume, es el fuego de la loba. No es la sed del infinito lo que las atrae, no es la piedad universal lo que abre y esparce su corazon sobre todas las cosas, sino que están dominadas por los deseos que enciende la sangre.

La mujer que nos ha dado el cristianismo no quisiera, aunque con ello pudiese alcanzar la corona de Dido y la gloria de Safo, cruzar por este infierno del amor pagano. La mujer nueva, sufriendo los feroces mordiscos de la voluptuosidad, se destaca con pié victorioso de la fosa de los leones, realizando sus aspiraciones hacia lo infinito. Sabe que su verdadera patria está mas allá del bosque tenebroso que le oculta el cielo.

En la antigüedad la mujer no ponía mas que el amor en el amor; en la vida moderna la mujer pone

en él á Dios. Hé aquí porque hay menos Mesalinas y mas La Vallieres.

La señora de Fontaneilles era la mujer del cristianismo; pero á fuerza de contener sus pasiones, queriéndolas vencer, se sentia vencida como las mujeres de la antigüedad que lanzaban sus imprecaciones á los vientos de las selvas y á las olas del mar. El cuerpo se sublevaba contra el alma; la naturaleza ahogaba á Dios.

## IX.

## EL ALMUERZO SOBRE LA HIERBA.

Renováronse en Parisis las hermosas fiestas campestres del siglo décimo octavo. Todos los dias se improvisaban cabalgata, en el bosque, expediciones á los castillos vecinos, almuerzos y meriendas sobre el cesped, verdaderos cuadros que hubiesen puesto alegres á Diaz, Isabey, Chaplin y Giraud.

Todo el mundo se divertia. Genoveva concedia su risa á estas fiestas; pero echaba de menos la soledad en que habia vivido con su esposo. Amaba demasiado á Octavio para encontrarla en aquellas fiestas: el amor está celoso de todo; hasta de las alegrías del sol; le gusta refugiarse en sí mismo bajo la sombra de las frescas enramadas.

Genoveva se sintió no obstante muy feliz el dia en que fué á almorzar en la Roche l'Epine y en que comió en Champauvert.

Octavio recordó con tanta oportunidad escenas que eran queridas á uno y otro, que Genoveva perdonó á todo el mundo el que tomara parte en su alegría. Aquel dia fué hermosísimo. Se almorzó al lado

de una fuente cuya agua era tan glacial que se helaba en ella el champagne; se tendió cerca de ella un mantel con veinte cubiertos, que se colocó en un cuadro de madreselvas, frente á un panorama maravillosamente pintoresco, sobre una alfombra de césped algo inclinada, lo cual produjo innumerables caídas; todo el mundo tenia trabajo en mantenerse con aplomo; las botellas y los vasos rodaban; el viento azotaba los vestidos y levantaba los manteles, y el poner orden en el desorden constituia una divertida tarea. Se reia hasta perder el aliento, porque el talento corría sobre los manteles.

La señora de Fontaneilles estaba deslumbradora: parecía que respiraba la dicha por la primera vez de su vida. Todas las mujeres estaban vestidas con sencillez, aunque sin escluir el arte; pero la marquesa estaba mas provocadora que las otras con sus ojos de fuego, chispeando bajo sus largas pestañas, sus labios encarnados, su ondulosa garganta, su redondeado seno, su pierna fina y torneada y su pié breve.

El viento era su cómplice, ya azotara su trage, ya embrollara en la frente sus cabellos.

—Cuán hermosa está! dijo de pronto Genoveva, hablando de la marquesa á la princesa.

—Tanto, que casi no la conozco, replicó esta última. Cuando está en casa se diría que viene del sermón ó que vá al confesionario.

—De la influencia fatal del marido sobre la mujer; hé aquí un hermoso título, dijo sentenciosa y có-

micamente el príncipe Azul, que escuchaba á las dos mujeres.

Octavio, que se hallaba al otro extremo de la *mesa*, se decía tambien que la marquesa estaba muy hermosa, y le arrancaba no solo un grito de admiracion sino de inquietud: no solo hablaba su voz, sino su alma, su corazón, sus brazos, sus ojos, sus lábios.

Adoraba á Genoveva; pero hubiese querido abrazar con furor aquella mujer que un año antes se le habia rebelado, que le habia resistido y que era la imágen del amor material, así como Genoveva era la imágen del amor ideal.

Jugóse á las cuatro esquinas. Cuatro árboles centenarios habian dado la idea de este juego primitivo, muy saludable despues de un almuerzo que ha durado algunas horas. Se lanzaron gritos y carcajadas para conmover el valle y la montaña. Parisis jugó como un niño. En mas de una ocasion abrazó una mujer como si abrazara un árbol. Los juegos campesinos autorizan el atrevimiento; mas la princesa hizo una juiciosa observacion diciendo que Parisis era siempre Don Juan de Parisis.

La señora de Fontaneilles, que no habia bebido mas que agua, estaba como embriagada. Cuando Octavio corría tras de ella y la alcanzaba, la jóven se apoyaba en él como si fuese á caerse.

Hubo un momento en que la princesa arrojó un pañuelo á Genoveva, diciéndola:

—Pronto: ocultad vuestras lágrimas. Qué loca sois!

Antonia que azotaba el agua con fúria, mientras el cura de Pernand la echaba un sermón.

El señor de Parisis les sorprendió á uno y á otro. Vió desde luego que Antonia estaba mas bella que antes.

Al percibirle la jóven se ruborizó y sacudió su mano.

—Ah! señor duque! exclamó el sacerdote: me habeis dado una discipula que no entrará nunca en razon. Es muy inteligente, pero rebelde. No quiere leer mas que novelas: no he visto criatura mas salvaje: por mas que la trate con dulzura vive siempre en rebelion abierta. Será indispensable que la proporcionéis otro maestro, pues si vos no hubieseis venido yo hubiera ido á visitaros para hablaros de esto.

Antonia en frente de Octavio, estaba apacible como un cordero; mas no pudo ocultar cierta maligna sonrisa al mirar el cura. Si se hubiese atrevido á hablar hubiera exclamado: «Cuanto me carga!»

—Lo habia previsto, dijo Octavio. Me equivoqué de puerta: no era la de la Iglesia sino la del Conservatorio la que debia yo abrirla. Sigue cantando?

—Oh! En lo que se refiere al canto es una maravilla. Sin contar con que toca el órgano como un ángel. Así es, que el domingo la perdono todo el mal que ha hecho en la semana. Pero, á decir verdad, señor duque, la semana es muy larga. Antonia es rebelde á todo lo bueno. Si no se vá con cuidado habitará en los siete pecados capitales.

## X.

## UNA HIJA DEL INFIERNO.

Por la noche Octavio no durmió; tanto le dominaba la fiebre de un amor nuevo. Se levantó casi con el sol, montó á caballo y dió un paseo en el campo á fin de luchar y dominarse.

Seguia descuidado su camino. De pronto notó que se hallaba en el monte de Pernand.

—Y bien, se dijo, voy á pedir á la sombra de Violeta que eche un poco de agua á este fuego de paja que me devora.

No era un fuego de paja: era un fuego de infierno.

Cuando llegó al castillo, la jardinera le dió que en aquel instante el señor cura se hallaba en el jardín con Antonia.

—Ah! caballero, prosiguió la jardinera; es jóven es el diablo. Se diria que está hechizada, parece que tiene azogue en el cuerpo.

Octavio habia pasado al jardín.

Ante un pequeño algibe donde habia pecs, vió á

—Los siete pecados capitales! dijo con indignacion Antonia. Soy avara? soy envidiosa?

—No, no sois avara ni envidiosa; pero defendeos de otros mónstruos que se han apoderado de vos.

—Sois vos un santo? preguntó Antonia al cura.

Paris contuvo una sonrisa.

Comprendió que la iglesia no haria entrar en razon á la muchacha.

—Señor cura, dijo; quiero hablar un rato con ella. Iré á visitaros luego.

Cuando estuvo solo con Antonia, esta le dijo:

—Ah! signor! signor! si supieseis lo que odio á ese hombre vestido de negro! Es un cuervo: todas las mañanas me anuncia el mal tiempo. Si hé de alcanzar la salvacion con él, prefiero estar condenada.

E irguiendo su cabeza:

—Sabeis, signor, que soy la hija de un príncipe? Mi madre era cómica.

Octavio habló una hora con la italiana. Esto equivalió para él, á toda una revelacion. Nunca habia conocido un carácter tan restuelto, una criatura mas indomable. Era el potro que desafía el freno y la espuela, que salva los torrentes, que desafía los abismos, que hace brotar el fuego sobre las guijas del precipicio. Antonia, una vez fuera de los horizontes azules y serenos, no temia nada. Necesitaba el rumor del trueno y el resplandor del rayo. Nacida al pié del Vesubio, era una montaña que arrojaba de su seno todas las pasiones.

—Ah! dijo Octavio maravillado ante aquel infierno: si yo hubiese encontrado esto hace un año!

Y concentrándose en si mismo, se extrañaba aun de las variaciones de su corazon. Adoraba á Genoveva, amaba á la señora de Fontaneilles, y hacia esfuerzos por reprimirse para no llevar á Antonia bajo los árboles del parque.

Triunfó de tan mal pensamiento; mas para esto le fué preciso montar bruscamente á caballo prometiéndole á Antonia que la llevaria á Paris muy luego.

—Mucho dará que hacer. Será otra pecadora mas, se dijo. Me lavo las manos. Ah! prosiguió: el castillo de Pernand está maldito!

nes, no porque sintiera celos, puesto que el joven nunca habia estado tan enamorado, sino porque para ella, esto de vivir un dia—un singlo—sin él era un dolor insoportable.

Genoveva no habia partido porque la esperanza de una nueva dicha sonreia en su horizonte: sentia en su corazon y en sus entrañas, los primeros estremecimientos de la maternidad. En el próximo invierno la joven seria madre, lo cual era para ella como una bendicion de Dios. Un médico aconsejaba á la señora de Fontaneilles que fuese á Ems, cuando otro médico aconsejaba á Genoveva, que no fuese á Paris.

Octavio no cumplió su palabra: escribió todos los dias á Genoveva una carta hermosísima; todos los dias le envió un encantador telégrama, tal como puede permitirle el telégrafo; mas permaneció ocho dias ausente.

Y porque duró tanto su ausencia? Porque todas las noches iba á casa la marquesa de Fontaneilles.

En la primera noche llovia de un modo furioso y como el joven hiciera una visita á Monjoyeux que estaba en su taller, sus caballos, irritados por aguardar tanto, partieron al galope y atropellaron en el boulevard de Clichy, á la mujer enlutada que vimos llorando sobre la fosa de la señora de Entraygues. Esta joven se levantó, se volvió y reconoció al duque de Parisis que habia dado órdenes para que se detuviera el coche y que, él mismo, se detuvo para socorrer á la enlutada.

## XI.

## LAS JÓVENES ARREPENTIDAS.

Cierta mañana los forasteros del castillo volaron á Paris como una bandada de pájaros que se escapa de su dorada jaula.

Genoveva que siempre habia parecido alegre, no pudo contener este grito:

—Ah! cuan feliz soy!

Y encontró otra vez aquella soledad con su esposo que tanto habia amado.

—Mi querida Jacinta, dijo á la joven: cuando me hallo con Octavio, solo vos no estais contada.

Por qué Octavio fué á Paris algunos dias despues de haber marchado la señora de Fontaneilles?

Era la primera vez que el duque se hallaba en Paris sin la duquesa. La habia dicho que solo pasaria allí dos dias; el tiempo de ir á Chantilly para ver sus caballos, el tiempo de ver un notario, un abogado, dos agentes de cambio, pues la dicha, sea cual fuere, lleva siempre este cortejo.

La joven habia querido como otras veces, ir con él, no porque temiese verle caer en el foso de los leo-

—No es nada, dijo esta sin levantar su velo.

Y prosiguió su camino.

Llegó cansada á la puerta del convento de Santa Ana. Estaba hecha una sopa. La superiora la recibió con su amabilidad de costumbre. Encendió lumbre, y le dió el hábito de la casa.

La jóven la abrazó.

—Oh! madre mia, dijo, rogad á Dios por mí.

Y se arrodilló ante un crucifijo.

—Voy á dar gracias á Dios por haberme dado bastante valor para franquear el dintel de esta puerta.

Y arrojándose en brazos de la superiora, añadió:

—Oh! madre mia, decid que no hallaré aquí mi corazón. He sufrido mil muertes por él: hacedme vivir en Dios en las Jóvenes Arrepentidas.

Las Jóvenes Arrepentidas!

Este palabra es hebrea para los que pertenecéis á este siglo. Solo conocéis las jóvenes que no se arrepienten.

Las que van y vienen sin saber donde van ni sin saber de donde vienen.

Que pasean la ruina y la muerte, pero sobre todo su muerte y su ruina.

Que se pavonean en el Bosque con la ruidosa cola de su traje y su estéril cabellera; que cenan en la Casa de Oro, que juegan por la misma razon que no tienen que perder; que no ven levantarse jamás la aurora á menos que esto sea antes de acostarse.

Y para ellas esto se llama la fiesta de la vida. Y cual será el mañana de esta fiesta?

Tres ó cuatro se casarán con un amante obstinado, otras tres ó cuatro serán condesas en Viena, en Florencia, en Lóndres ó en San Petersburgo; la mayor parte morirán á la primera caída de las hojas; el resto seguirá á Rebeca en el anfiteatro de Clamart.

El refugio de las Magdalenas ó sea el convento de Santa Ana se encuentra en Clichy-la-Garenne. Es un antiguo edificio donde Luis XIV tenia á la La Valliere, la grande arrepentida. Así, esta casa predestinada se hallaba santificada desde hacia tiempo.

Rodeis hacer conmigo una peregrinacion á esta real morada. Todo lleva allí el sello de los lugares predestinados. San Vicente de Paul, este gran cazador de las ovejas extraviadas, fué el cura de la parroquia. Se encuentra aun su sombra siempre solícita para recoger las almas en pena. En aquella santa colmena os impresionará aquella voluntaria pobreza. Todas aquellas mujeres que cruzaron por la atmósfera del luto, viven ahora bajo un tosco hábito. Y qué mueblage! Qué mesa! San Lázaro es en comparacion una casa de lujo. Un banco de madera, pan y agua; pero sin lumbre. En cambio Dios está allí.

Escuchad á un rudo predicador de nuestros dias:

«Allí es donde van las mujeres acostumbradas á las locuras del ocio, de la molicie, de los trages y de los festines. No es la miseria lo que las impulsa hácia el santo refugio sino el horror que les inspira su es-

tado. Apenas entran allí cuando destrozan su vestido como si sus telas quemaran. Y cogen el rudo hábito vertiendo lágrimas de alegría. Su mas ardiente deseo consiste en precipitarse al baño de la penitencia. *Amen dico vobis quia meretrices precedent vos in regnum Dei.* En pocos dias su cambio se hace sensible hasta en su esterior; el paso, el rostro, pierden la expresion que tenian en la calle: todo se arregla á la ley del alma, arreglada, á su vez, á la ley de Dios. Nada de orgullo, nada de atrevido, nada de afectado en su modestia; son tan solo mujeres rehabilitadas. Cuando se habla de ellas se dice «las hijas».

La puerta siempre está abierta. Se entra llorando y se sale de allí consolado.

Id á la misa del domingo en la capilla del refugio. «Es el antiguo salon de Luis XIV adornado aun con pinturas alegóricas que espresan el destino del edificio; cacerias y trofeos. Buscando un poco vereis á Diana, Adonis y otros seres mitológicos. Esto despierta reflexiones que adivinareis facilmente. Se piensa sin quererlo en aquella córte tan brillante y tan llena de miserias en que no faltaron, á Dios gracias, notables arrepentimientos. Pero ay! no hubo bastantes. Creo que un gran número de damas de aquella época encontrarían la real casa muy estrañamente habitada; pero no sucedería lo mismo con la La Valliere y Bossuet sentiría allí como la elocuencia haria estremecer sus lábios.» Esto lo dice Luis Veuillot. Cuenta que vió las Arrepentidas en misa y comenta

con grande elocuencia el Evangelio de aquel dia.

«En aquel tiempo un gefe de la sinagoga se acercó á Jesús y le adoró diciendo: «Señor, mi hija acaba de morir; pero venid, impond vuestras manos en ella y vivirá». Jesús, se levantó en seguida y le siguió. Cuando hubo llegado á la casa del gefe de la sinagoga y cuando vió á los tocadores de flauta y mucha gente que ocasionaba ruido: «Retiraos, les dijo, porque esta jóven no está muerta, solo está dormida.» Y se burlaron de él. Cuando la gente hubo salido, Jesús entró, la cogió de la mano y la jóven se levantó.»

Hé aquí el comentario:

«Tampoco habian muerto ellas! El Reparador hizo salir la gente que ocasionaba tanto ruido y se burlaba; tocó los cadáveres y la vida volvió á ellos con sus cantos llenos de seguridad y de gracia.»

Pero hoy dia la casa se desmorona y no hay que dejar caer el techo que abriga á las arrepentidas; oh! vosotros que no os arrepentís: traed vuestro óbolo!

Y vosotros que nunca arrojásteis la primera piedra á la pecadora ni á la mujer adúltera, contribuid, aunque no sea mas que con un grano de arena, á la reedificación del convento de Santa Ana!

Cuando veais en el teatro, en el bosque, todas las hermosas pecadoras que viven un tiempo perdido, cuando las veais con la sonrisa en los lábios y la inquietud en el corazon, recordad esta frase que las pin-

ta á todas: —Ah! si yo fuera rico!—Qué hariais?—Me daria el lujo de no tener amante!

Fuera de esto, acaso *las de mañana*, las que viven con seis sueldos al dia no son aun menos pobres?

Algunos dias antes de que entrase allí la enlutada, una mujer de gran tono —el segundo tomo de la condesa de Entraygues iba allí deslumbradora de juventud para llamar á la hospitalaria puerta de las Jóvenes Arrepentidas. Hace dos años en las carreras de Longchamps brillaba aun en las tribunas y multiplicaba su existencia con su deseo de figurar y vivir. Esto consistia en que muy luego iba á dar su hora.

Escribió este billete á una de sus amigas, á otra gran señora:

«Mi querida Berta: soy yo. Hoy no te negarás á recibirme porque siento que Dios me ha perdonado ó me perdonará. He hecho traicion á todo el mundo haciéndola á mi misma. Pero en fin he reflexionado y hé comprendido todo mi crimen. Hé aquí porque me hallo en las Jóvenes Arrepentidas; hé aqui porque me entrego á la plegaria y al trabajo; al trabajo para ofrecerte un vestido que no saldrá de casa Worth; á la plegaria para que tu no te portes cual yo.

»Porque no lo olvides: en la mujer mas virtuosa existe una pecadora, como en la pecadora mas abandonada existe la arrepentida.

»Sí, en las Jóvenes Arrepentidas! He elegido el

refugio de las mas humildes. Qué importa? No me ruborizaré sino ante Dios.

«Escribeme; dime que aun me quieres; no me des noticias de Paris, al cual oigo mugir desde mi ventana como la tempestad cerca del puerto. Cuando vayas á Trouville dentro seis semanas, dirás á la tempestad que no la temo.

»Si encuentras al duque de Parisis dile por lo bajo que mi penitencia es aun mas grande que mi amor.»

MATILDE.

Ahora bien: la gran señora que desafiaba la tempestad y la jóven que habia ido allí para olvidar su corazon se encontraron en el dormitorio, lecho por lecho.

Cierta noche, en que no dormian porque lloraban:

—Por qué llorais? se preguntaron una á otra.

La una hizo su confesion. Amaba siempre á Parisis.

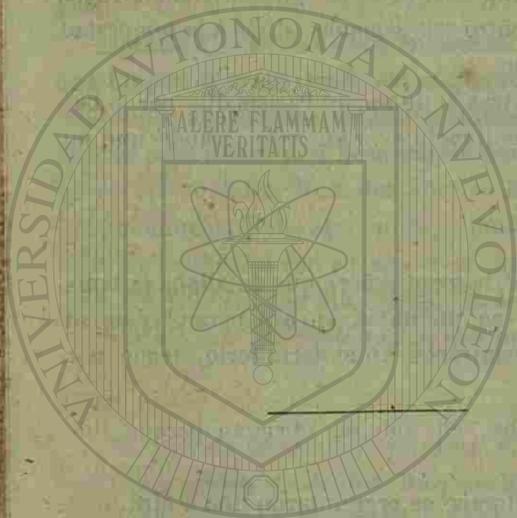
—Y vos, hermana mia?

—Habeis contado mi historia: amo siempre á Parisis.

La herida continuó manando sangre, la llaga volvió á abrirse, la tempestad se habia apoderado del alma.

Al siguiente dia á las doce no se hallaban ya en las Arrepentidas.

—No es aquí donde le puedo olvidar, dijo la jóven, volviéndose hácia el convento; es necesario que yo rompa mi cuerpo para matar mi corazon: necesito los rudos deberes de la hermana de la caridad.



## XII.

## LA LUCHA Y LA CRISIS.

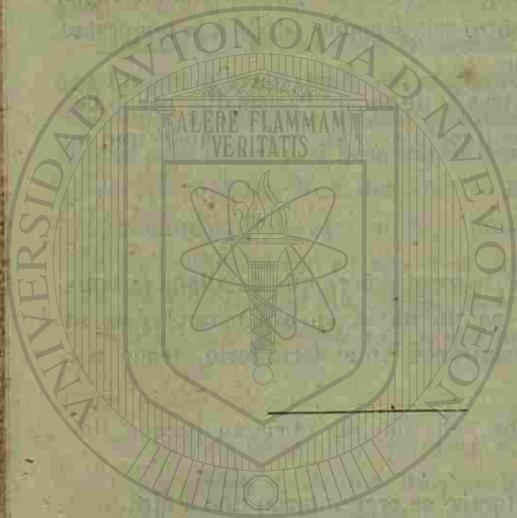
Si el duque de Parisis se habia enamorado de la marquesa, la marquesa se habia vuelto loca por él.

El jóven se confesaba á sí propio que se tomaba gran molestia en conquistar no un corazon, pues hacia ya tiempo que estaba conquistado, sino para ese bien mas visible y mas humano que se llama cuerpo: Un harapo segun Diógenes. Toda una mujer segun decia Don Juan.

El marqués de Fontaneilles habia marchado á Lóndres donde habia de comprar caballos y donde era aguardado por su amigo lord Harttfort para hacer algunas visitas en el Devonshire donde iba todos los años.

La marquesa se habia quedado sola en Paris y debia encontrarla en Fontaneilles ó en Ems. Desde que amaba á Octavio habia palidecido, no respiraba sino á medias, la fiebre se apoderaba de ella con frecuencia y su médico la habia aconsejado que fuese á Ems por una temporada. El agua providencial de Ems y el balsámico aire de las montañas vecinas debian

—No es aquí donde le puedo olvidar, dijo la jóven, volviéndose hácia el convento; es necesario que yo rompa mi cuerpo para matar mi corazon: necesito los rudos deberes de la hermana de la caridad.



## XII.

## LA LUCHA Y LA CRISIS.

Si el duque de Parisis se habia enamorado de la marquesa, la marquesa se habia vuelto loca por él.

El jóven se confesaba á sí propio que se tomaba gran molestia en conquistar no un corazon, pues hacia ya tiempo que estaba conquistado, sino para ese bien mas visible y mas humano que se llama cuerpo: Un harapo segun Diógenes. Toda una mujer segun decia Don Juan.

El marqués de Fontaneilles habia marchado á Lóndres donde habia de comprar caballos y donde era aguardado por su amigo lord Harttfort para hacer algunas visitas en el Devonshire donde iba todos los años.

La marquesa se habia quedado sola en Paris y debia encontrarla en Fontaneilles ó en Ems. Desde que amaba á Octavio habia palidecido, no respiraba sino á medias, la fiebre se apoderaba de ella con frecuencia y su médico la habia aconsejado que fuese á Ems por una temporada. El agua providencial de Ems y el balsámico aire de las montañas vecinas debian

calmar los primeros ataques de una afección en el pecho. Se había convencido en que si la señora de Fontaneilles marchaba á Ems se llevaría allí su joven hermana, aquella hermosa Clotilde de Joyeuse, aquellos diez y ocho años que se despertaban ligeros y sonrientes bajo la más hermosa cabellera rúbia que había brillado en Francia desde la señorita de Fontanges.

La señora de Fontaneilles no sabía que hacer: todas las mañanas resolvía partir á la hacienda de su marido; todas las tardes resolvía marchar á Ems; pero todas las noches se quedaba en París.

Esto consistía en que todas las noches recibía en visita á Parisis.

La señora de Fontaneilles una vez en la batalla no había sabido defender su corazón. Había dado su alma pero defendía su virtud bien como si se pudieran hacer dos partes, una para Dios y otra para el diablo.

Octavio no dudaba de su triunfo. Cierta noche la marquesa había caído ya en sus brazos casi desmayada diciendo que quería morir. Se confesaba vencida, pero le suplicaba juntando sus manos que la matara con sus abrazos, á fin de no despertar más de aquel sueño.

Derramó tantas lágrimas en aquella noche, que Parisis se sintió desarmado. Una mujer que se dá es á veces más difícil de coger que una que resiste: una mujer que lucha está más próxima á ser derrotada

que una mujer que se cruza de brazos porque la embriaguez del combate la precipita en su caída.

Al siguiente día de esta noche memorable el señor de Parisis pensó formalmente en no visitar más á la marquesa. Preveía una pasión violenta que se saldría de su cauce; nada podría contenerla; él mismo se ahogaría en ella por más que supiese evitar siempre el mal que ocasionaba. El señor de Morny, que le conocía perfectamente, decía de él: «Parisis pone fuego en los monumentos, pero no se quema en ellos; ni siquiera se inquieta de si acudirán ó nó los bomberos.»

Pero la sabiduría guía difícilmente la razón de los hombres; si Parisis hubiese vuelto á Parisis todo el mundo hubiera sido feliz, él el primero, y sobre todo la duquesa de Parisis y más que esta la señora de Fontaneilles.

Por qué no marchó? Porque no había perdido aun el hábito de las conquistas. Era como Napoleón: quería llegar á Moscú: el conquistador de mujeres es como el conquistador de ciudades; no quiere retroceder en su camino aunque en él le aguarde la muerte.

El duque de Parisis no marchó porque era feliz desde hacía siete meses, porque el terrible destino de los Parisis se debía mostrar muy luego en todo su horror.

### XIII.

EL AMOR DE LA RESISTENCIA ES TAN IMPERIOSO  
COMO EL DESEO DEL AMOR.

Hacia las cinco Octavio volvió á casa de la señora de Fontaneilles, á la cual encontró mas adorablemente hermosa que nunca.

—No os aguardaba, dijo ella: mas ya que habeis vuelto, mi suerte está echada: seré vuestra querida.

Y como Octavio cerrara sus labios con besos harto elocuentes, se desprendió de él para manifestarle sus deseos.

—Amigo mio, le dijo, os amo y os doy mi vida: quizá Dios me dispensará la gracia de morir muy pronto. No creo en los años segun el almanaque; creo en los siglos segun el corazon. He vivido mas desde que os amo que lo que habia vivido hasta hoy: así pues no me prohibo nada á mí misma.

Y como Octavio quisiese tomar al pié de la letra estas frases:

—Dejadme continuar, prosiguió con dulzura la jóven. Os confieso que aquí mismo, en este palacio, que es el palacio del señor de Fontaneilles, no quiero

desafiar semejante traicion. Desde que os amo, no creo estar en mi casa aun cuando me halle en mi casa.

—Que el diablo la lleve! pensó Octavio, hé aquí que vuelve á evocar su conciencia: la victoria está comprometida.

Y añadió en voz alta:

—Pues bien, hermosa mia, venid...

—Chist! interrumpió, no vayais á decir que vaya á vuestra casa.

Parisis vió aparecer la imágen de Genoveva.

—Ni en mi casa ni en la vuestra, añadió la marquesa de Fontaneilles.

—Os comprendo: en nuestras casas, dijo Octavio, existe un alma que es nuestra propia conciencia. Voy á proponeros una cosa muy sencilla: vamos á coger un coche de plaza é iremos al Grande Hotel, á la Fonda del Louvre, como viageros que llegan á Paris.

—Oh! nó: lo he pensado; mas no es esto. Es indispensable que yo os ame con todas mis fuerzas, pero con el aire vivo de los montes, léjos de Paris, léjos de Francia, en Ems.

Octavio se dijo que era un punto muy lejano.

—No contestais? preguntó con ansiedad la marquesa.

—Este es mi sueño como el vuestro, respondió Octavio; pero no olvideis que me aguardan en Parisis y que si no llego allí mañana, pasado mañana Genoveva llegará á Paris.

—Entonces, mi buen amigo, vos ireis á Parisis y yo me dirigiré á Ems. Adios.

Octavio no se resignaba á tal despido. Miró á la señora de Fontaneilles y no pudo menos que decirse:

—Qué hermosa es!

Per mas que la mujer sea todo corazon, todo alma, todo sentimiento, nunca olvida la figura visible. Aun aquellas que no creen en la fuerza de los sentidos, ponen en campaña todas sus coqueterías.

En aquel dia, aunque la marquesa no habia pensado mas que en echar agua en el fuego, tenia no sé qué de provocador en su cabellera á la Recamier, en sus ojos llenos de amor, en su inquieto y agitado continente que daba un voluptuoso movimiento á su garganta que cubria apenas un ligero vestido de muselina algo entreabierto y cortado á la Pompadour.

Octavio cogió sus manos, se apoderó de sus brazos, rodeó sus hombros y la apoyó con violencia á su corazon, diciendo:

—Iré á Ems.

Se lisongeaba con esta promesa de vencerla en aquel instante; mas la jóven salió victoriosa de sus brazos.

Cuando Octavio cogió su sombrero, la marquesa se levantó y le acompañó hasta la antesala.

—A Ems! dijo ella.

—A Ems! repitió Octavio.

Esta promesa fué sellada por un postrer beso; mas luego que Parisis oyó como se cerraba la puerta, murmuró descendiendo la escalera:

—No iré!

hacer para crear una obra inmortal! Me confieso vencido ante lo que afirma Octavio.

—Y yo tambien, dijo Villeroy, pues voy á confiaros un secreto. Ya sabeis que yo siempre habia soñado en el ministerio de negocios estrangeros. Pues bien: hé quemado mis naves despues de ejercer por espacio de veinte años la alta diplomacia. Ayer se me ofreció una embajada, y cometí la imprudencia de dejar comprender que profesaba teorías absolutas en política. Existe en Francia, un hombre que piensa, y un hombre que habla. Esto yo lo he comprendido demasiado tarde. No tengo rencor y debo confesar que el hombre que piensa y el hombre que habla son dos grandes maestros. No he querido humillarme ante mi mismo: he discutido palmo á palmo á la manera que combate el hombre cuya espada es buena. Por mas que mi nombramiento estuviera resuelto, el ministro me ha dicho que ya me avisaria. Nos hemos saludado con frialdad y hoy habreis leído en el Monitor, un nombre que no es el mio.

Monjoyeux felicitó á Villeroy.

—Estas derrotas, dijo, equivalen á victorias. Uno pierde su embajada, pero se gana á si mismo. He aquí un hombre libre: brindemos por vuestra libertad.

Miravault levantó su copa; mas con tristeza. Desde que habia empezado la cena parecia cuidadoso.

—En que piensa Miravault? preguntó Octavio.

—Mi buen amigo, respondió el hombre que aspi-

## XIV.

## LA ÚLTIMA CENA.

Por la noche Octavio queria marchar á Parisis. Fué detenido por Villeroy, el cual le dijo que Miravault y Monjoyeux querian comer con él.

Se recordará tal vez que en los primeros capitulos de este libro se han puesto en escena cuatro amigos de tendencias y carácter distintos que aspiraban,

Al Poder:—Villeroy,

A la Fortuna:—Miravault,

A la Gloria:—Monjoyeux,

Al Amor:—Parisis.

En aquella noche se encontraron cenando.

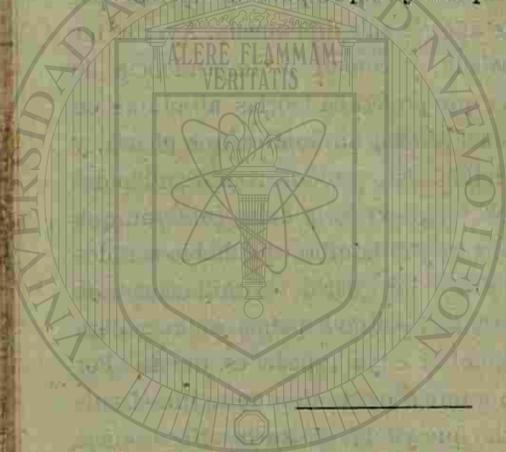
—Y bien, dijo Parisis, yo tengo razon; vivir enamorado y olvidado es la mayor dicha del mundo.

—Y sin embargo, replicó Monjoyeux, poner uno su firma en una obra maestra, en un libro, en una estatua, en un cuadro que cruzará los siglos, no es mucho mas agradable que todas esas horas perezosas pasadas á los piés de una mujer. Pero al fin y al cabo el duque de Parisis tiene razon: porque cuantos libros, cuantos cuadros, cuantas estatuas se tienen que

raba al dinero, pienso que yo también me siento vencido por vos.

—Lo sospechaba. Desde que os vi subir la escalera de la marquesa Danae, temblé por vuestros millones. Veamos: esta mesa es un confesionario: hablad!

Miravault dió un suspiro y rompió su copa.



## XV.

## HISTORIA DE UN HOMBRE QUE QUISO SER RICO.

Miravault habló así:

«*Mea culpa!* He desafiado el oro y hé sido ametrallado por el oro. He tenido mis rápidas ascensiones; mas de pronto he vuelto á caer en mi antiguo punto de partida.

»Oh! amigos míos! que *steaple-chase*, que carrera he dado al país del oro! Que estaciones mas dolorosas he tenido que hacer en tan fatigoso viage. Cuantas sonrisas dedicadas á los pilletes que se elevan sobre el nivel de los demás! Que generosos sentimientos es indispensable matar en el corazón de uno mismo! Y todo para no alcanzar el premio. Oh! si tuviese ahora que empezar, con que gusto me dirigiria á la tierra paterna donde viviria de nada, es decir de mi patrimonio! Os contaré mi historia en breves frases: yo tenía ochenta mil francos. Que quereis hacer con ochenta mil francos en Paris? Para un hombre decente no hay con que vivir un año. Y además: cuando uno se ha comido el capital no se disfrutan rentas; preferí no vivir mas que un día, antes que padecer

un año. Jugué á la bolsa con las máximas de París; recogí sus migajas y llegué á ganar cuatro millones.

»Pero que son cuatro millones cuando se tienen cuatro millones! Nadie se queda en mitad de la montaña: se quiere siempre subir, hasta que se llega á un punto en que cae.

»La fortuna me hizo mucha menos traicion que el amor. París tenía razon y siempre la ha tenido. Cuando me vió enamorado de la marquesa Danae me dijo: «Tiene dientes postizos; mas esto no la impedirá el que te coma.» Y en efecto: me ha comido vivo.

»No se ganan cuatro millones en cuatro años, sin crearse enemigos y pleitos. Uno se deshace de los enemigos; mas, quien puede responder de que se deshará de los pleitos! Me asistia el derecho; pero sentia miedo. Habia perdido dos millones en negocios aventurados; habia creado un periódico para ser diputado; mas mi periódico mató mi candidatura. Edifiqué un castillo que acabó de perderme en la opinion de mis electores; era un castillo gótico; se juzgó que yo profesaba ideas antiguas, y que no aceptaba las teorías de 1789.

»Podia aun salvarme; pero la mujer es un mal compañero de viage que os separa siempre de vuestro camino, sobre todo, cuando la mujer se llama Aurelia.

»Un pleito me privaba del sueño. Como miembro de cierto consejo de administracion, podia ser conde-

nado por via de responsabilidad, á satisfacer muchas de lo que yo poseia.

»—Eres muy torpe, me dijo la marquesa, pon en mi nombre todo lo que posees. Yo no soy tú, y tú no eres yo?

»Esto es una pillada que se hace todos los dias. El demonio hablaba y yo le escuché.»

Al llegar aquí hubo un momento de silencio. Los amigos de Miravault se miraron, bien como si no le perdonaran aquella falta de buena fé.

—Como! obraste así?

Miravault irguió con orgullo su cabeza.

—Sí, porque mi conciencia se hallaba tranquila. Soy responsable como miembro de un consejo de administracion; pero no he cogido un cuarto en el negocio. Yo me dejé nombrar para poder alternar con las notabilidades financieras.

—Continua, dijo París.

«—Ya he concluido, dijo Miravault con tristeza. El dia en que se ganó mi pleito,—lo creereis?—perdí mis dos millones; la marquesa me movia cuestiones por un alfiler; me colmó de reproches; me dijo que yo no la amaba; me probó que yo galanteaba á su doncella, es decir, á una pícara que se habia entendido con ella. Esto sucedia dentro el coche, y quise echarla por la portezuela; mas salí de él furioso, para no estrangularla. Por la noche fuí á su casa.

»—La señora no recibe!

»Entré.

»—Señora, no vengo á vuestra casa; vengo á casa de mis dos millones.

»—Vuestros dos millones! Hace ya tiempo que volaron. Los perdí en la bolsa!

»La cogí por los cabellos y la eché á mis piés. Gritó al asesino. Mi visita habia sido prevista: ví entrar dos hombres que vestian un paletó largo, los cuales me hicieron comprender que todo estaba perdido. Un poco mas, y me prenden por tentativa de asesinato.

»Nada habia que hacer: era indispensable guardar silencio.

»He aquí, amigos míos, la historia del dinero. De todos los que se lanzan á la vida á través de la juventud, el hombre que corre tras el dinero, es el mas desgraciado. No he tenido tiempo de vivir ni una hora. Cruzaba por entre las fiestas cual vosotros; pero los minutos siempre me gritaban: «Pierdes tu tiempo! Y trabajaba, trabajaba, trabajaba siempre! No tuve tiempo de ver morir á mi madre. No he tenido tiempo de admirar ninguna obra de arte de las que ilustraban mi palacio y mi castillo! No he tenido tiempo de admirar una puesta de sol! Que digo? ni siquiera he tenido tiempo de enamorarme! Que montaña la mia! Sin contar en que las fortunas de hoy, son como si fuesen vertidas en el tonel de las Danaides!»

—Miravault secó su frente.

—Adios, amigos míos, dijo levántandose. Me he

quedado digno de vosotros, y lo probaré. Voy á sumergirme para templarme: cuando me veais en la superficie del agua será señal de que soplará el buen viento. Adios, adios, adios!

Y como si fuera un loco, estrechó la mano de sus amigos y se alejó con rapidez.

—Pobre Miravault! exclamó Villeroy. Quien de nosotros habia de pensar que levantaba su castillo sobre arena!

—Yo, dijo Parisis; yo era mas rico sin dinero que él con sus millones, porque yo dominaba la mujer, mientras que él era dominado por ella.

—Todo cuanto dices es muy bello; nunca te he visto tan brillante y tan entusiasta!

—Es porque acabo de ser nombrado miembro del Instituto.

Se brindó por segunda vez á la salud de Leon Ramée.

—Por el trabajo! exclamaron con una viva espansion de amistad.

—Está bien, dijo Parisis; mas no olvides, mi querido Leon, que Rafael no fué miembro del Instituto.

## XVI.

## UN BRINDIS Á CASTILLOS DE NAIPES.

Mientras Parisis hablaba así, entró Leon Ramée.

—Llegas á propósito: hace un instante habia cuatro heridos sobre el campo de batalla de la vida.

—Sí, dijo Monjoyeux: á la manera de Salomon, reconocemos que todo es vanidad, nada mas que vanidad; que la mujer es amarga; que la ambicion juega con naipes falsos; que la reputacion tiene demasiados caprichos y que la fortuna tiene golpes de teatro trágicos.

—Olvidasteis el trabajo! exclamó Leon Ramée, con noble orgullo.

—No conoceis el trabajo, prosiguió; es la musa de la mañana que os despierta todas las mañanas con dulzura, que os guía al taller, en la aureola de los sueños, que os coloca el pincel en la mano hablando de Rafael, que os canta la hermosa cancion de la alondra y que os dice á todas horas, que el Arte constituye igualmente un reinado.

Parisis estrechó la mano de Leon Ramée.

tamente que el concierto de los Campos Elíseos era un concierto y no un salón.

Verdad es que tenían razón, puesto que no se hallaban atizadas por este demonio parisiense que dice á las señoras mejor nacidas: «Representais un papel: entrad en escena.»

Los amigos que conocían todo esto, cogieron por asalto un puesto algo difícil: cogieron dos sillas en la puerta y se improvisaron con ellas un proscenio, situado delante del proscenio, dispuestos á desafiar no solo los murmullos de las mujeres sino las observaciones de los hombres.

Se habían sentado sin saberlo frente al círculo de la duquesa de Campagnac; los circunstantes se enfadaron; mas como no dudó de que Parisis se había colocado allí para admirar sus bellos ojos, los apaciguó haciendo una seña con su abanico y los murmullos cesaron.

Cuando vió á la señora de Campagnac, Parisis la saludó sonriendo y obligó á la hermosa duquesa á colocarse en el proscenio junto con una de sus amigas, la señora d'Apremont, llamada por otro nombre la de Boca-Grande, aunque tuviese una boquita verdaderamente adorable. Mas cuando se tienen hermosos dientes necesario es morder al prójimo, sobre todo cuando no se tiene amante. Cuántas mujeres son malas porque no se las ha dado ocasión de ser buenas!

—Señor de Parisis, dijo la señora d'Apremond á Octavio —pues los dos se conocían perfectamente—

## XVII.

## UNA CONVERSACION DE VIERNES.

En cierta noche de un viernes, todo París se hallaba en el concierto de los Campos Elíseos, es decir en el concierto Musard como se titula, porque en Francia los reinados alcanzan siempre un mañana.

Monjoyeux y Ramée habían ido al Teatro Francés.

Parisis y Villeroy fueron al concierto, no para oír la música, sino para ver algunas de sus amigas. Había tanta gente que apenas si dos circunstantes podían pasearse de frente. En los palcos del proscenio se veían, envueltas entre la humareda de los cigarrillos, hermosas y grandes damas. Se disputaban las localidades no para ver el espectáculo, sino para ponerse en espectáculo; así es que los paseantes no veían mas que la parte superior del cesto. Algunas mujeres de la clase media habían querido hacer, como las grandes damas su cesto de flores; pero hacían rafnilletes como los de la fuente de los Inocentes. Las que eran aficionadas á la música, se habían acercado, como de costumbre, hácia la orquesta, creyendo ton-

ya que tenemos la buena fortuna de encontraros con el señor de Villeroy, que no vale mas que vos, hacernos el obsequio de trazarnos algunos retratos por el estilo de los de La Bruyere y La Rochefoucauld.

—Los trazaremos despues de vos, señora.

—Oh! yo no sé morder.

Y mostró sus treinta y dos dientes, treinta y dos perlas finas, sin que entre ellas hubiese una perla negra.

—Creed, dijo, que desde que he puesto dos muelas del juicio, no me conozco á mi misma.

Pero como no se pueden vencer los buenos hábitos, dijo, viendo pasar una mujer irreprochable del brazo de su marido:

—Hé ahí una mujer tan perfecta como las tragedias de Racine: por esto sin duda carga tanto. Ella es quien canta tan bien aquello de:

*Llueve, llueve pastorcilla...*

—No sois partidaria de los compromisos, señora? preguntó Rodolfo de Villeroy.

—Nó, una mujer que dice: *Llueve llueve pastorcilla*, me subleva. Si yo fuera su esposo pediría el divorcio.

—Etais severa, dijo Parisis; á todo evento yo preferiria una mujer que entonase el *Llueve llueve pastorcilla* antes que un tenor cantando en el dormitorio de mi esposa.

—Chist! hizo la señora de Campagnac; allí teneis la mujer del tenor.

—Por qué chist! dijo la hermosa amiga de la duquesa; por ventura decia ella chist! al tenor cuando cantaba?

—Parece que no tenia mucha voz, puesto que solo cantó un duo con ella, la cual le despidió á las dos primaveras.

—La pobre señora, observó Villeroy, habia perdido dos años de su vida; dos años! es decir setecientos treinta dias estudiando los cuatro tenores de Paris. Por fin eligió el que tenia peor método.

—De todos modos, exclamó Parisis, necesario es que las mujeres tomen lecciones de contrapunto y de fuga.

—Redoblad, tambores, dijo Villeroy; he aquí un monumento de otra edad; cuando se ha sido hermosa se es siempre bella: las ruinas conservan su grandeza y su carácter.

—Hoy es como la viuda de Malabar: está de luto por su marido y por su amante. Recordaré siempre las palabras de su marido cuando la hubo plantado su amante. «Lloras, querida! eres muy buena: siempre te dije que ese hombre nos engañaría!»

—Los maridos de hoy dia, observó Parisis —hubiera dicho esto antes de estar casado?— hacen representar un papel ridículo al amante. Por ejemplo: hé aquí un hombre de talento pasando con su mujer que ha tenido su cuarto de hora mas ó menos platónico. El marido protegía mucho al amante; tenia un gusto en verle llevar el abanico, la mantilla y el perro de

la señora; este era quien pedía los criados, quien se precipitaba al estribo del coche, quien leía los libros piadosos. El marido era aficionado á la ópera vista desde los bastidores; no se inquietaba por las nubes que cruzaban en el sereno azul del himeneo. Sabía que su mujer era una valiente criatura que, como todas las mujeres, tenía sus días de revuelta al cruzar el cabo de las tempestades, después de lo cual ella volvería á sus brazos más reconocida y amorosa que nunca. Cierta día el amante percibió que la dama había cogido un tren de placer y que se había marchado á las orillas del Rhin con un joven pisaverde perteneciente á la nobleza. Dios sabe lo que se indignó el amante. Al amor le pintan ciego desde los tiempos más remotos. Fué á encontrar al esposo y le dijo que no debía permitir á su mujer el viajar de este modo. «Sentís mucho esto?» preguntó el marido soltando la carcajada y riéndose del que así quería defender la honra de su casa.

—Sí, dijo Rodolfo de Villeroy, el siglo diez y nueve es el siglo de los maridos. Lo ven todo y se burlan de todo.

—Escepto aquel célebre sábio que cruza por allí con su mujer y sus dos hijas, una de esas mujeres inmaculadas que han pisado las nevadas cumbres. Nunca falta al sermón: si no va por ella vá á él por sus hijas. Y en efecto: luego que sus hijas se hallan sentadas frente la sagrada cátedra, ella cambia de parroquia, se dirige á otro sermón, sube de cuatro en

cuatro los peldaños y encuentra en un cuarto piso á un joven abogado que la seduce con su elocuencia. Durante este tiempo el astrólogo se deja caer en un pozo.

—En un pozo! dijo la señora de los treinta y dos dientes: se deja caer en brazos de una estrella, de una hermosa costurera. Les he visto á los dos cogidos del brazo como iban á observar los astros.

—Saludad, Villeroy á la reina de las Abejas: las ranas piden siempre un rey, la abejas piden siempre una reina. Esta reina de las abejas nos llega de muy lejos; pero es más parisiense que las parisienses nacidas en el boulevard de Capuchinos. Reina con imperio sobre la moda y el talento: ella dá el tono; las envidiosas lo califican de mal tono, pero lo cierto es que lo imitan. En otro tiempo había la moda del rey y de la reina; hoy solo hay la moda de la princesa de M....

—Sí, y la sabe marcar perfectamente.

La princesa saludó el grupo con su gracia de costumbre.

—No tiene miedo de nada, observó Parisis, porque no tiene miedo de sí misma.

Cruzó una joven rúbia.

—No es como esa mujer sentimental que convierte en máscara su abanico; tanto teme el descubrir su corazón. Mirad bien: se anima y palidece luego cuando vé pasar ese ayudante de campo que fué un héroe en la guerra y que es un mal soldado en el amor.

—Por qué estas dos mujeres no se dejan nunca?

—Porque son sacerdotisas de Lesbia, como en otro tiempo Ninon y la Maintenon.

—Y aquella otra mujer colorada porque está allí sola en frente de nosotros?

—Espera que alguien se le acerque. Desde que fué echada del Paraíso por el mismo Adán, silva como la serpiente.

—Hoy es la fiesta de las coloradas! Fontanges estaría de moda. Quien se ha sentado en este sillón? preguntó la señora Daumont.

—Es una habanera; un diablo á cuatro que hace del matrimonio la vida á tres.

—Ahora veo que el imperio de la moda no pertenece á las parisienses. Ved sino todas esas italianas, Españolas y Americanas. El Océano ha echado sus olas hasta las orillas del lago.

—Esta es la secreta fuerza de Paris: convertir en parisienses á todas las mujeres del globo.

—Hola! aquí viene la hermosa de las hermosas. Ha bajado de su carro triunfal y anda con la soberanía de la cola de su trage y de su fatuidad heráldica.

—Qué se ha hecho de su hermana? preguntó la duquesa.

—Se sabe lo que es de las lunas viejas? exclamó Villeroy. La mujer á la moda es comp la luna: se renueva todos los meses. Así la mujer de moda tiene no sé qué de la inconstancia de la luna creciente y men-

guante en sus pasiones ó en sus caprichos, no solo todos los meses sino todas las horas.

—Todas las mujeres no son lunáticas. Cuantas hay que son ángeles de dulzura y de virtud, de gracia y de caridad!

—No conozco sino una, empezando por mí, dijo la señora de Apremont.

—El que quisiese hacer la historia de las contradicciones haría la historia de la mujer, dijo Parisis. En efecto: la lógica de la mujer consiste en ser ilógica: no triunfa sino por lo imprevisto; no es perfecta mas que con sus imperfecciones y es divina solo porque es humana.

—No veis allí á la señora... que llora aun su primer amor porque no ha encontrado el segundo?

—El amor es un templo en ruinas; no se cojen en él mas que las flores de la muerte. Los romanos tenían razon en llevar al templo de Venus todo lo que se necesitaba para los funerales de los muertos, pues nada consume con tanta rapidez la vida—la vida del alma—como la voluptuosidad.

—Ved allá abajo aquella cómica y aquella duquesa que se miran desde lo alto de su desden mas ó menos teatral; esto, sin embargo, visten trages confeccionados por la misma modista, y las dos se hallan sugetas á las mismas condiciones de la naturaleza.

—Hallais sus trages inverosímiles?

—Nó, dijo la señora de Apremont: lo que son inverosímiles son las mujeres.

—*Impudicus habitus signum est adulteræ mentis.*

—La moda tiene siempre razon. Buonaparte dijo muy bien cuando dijo: «Cuando el francés se halla entre las uñas de un gendarme y el diablo, prefiere el diablo; mas cuando se halla entre el diablo y la moda, prefiere la moda.»

—Y sin embargo, segun se dice es el pueblo de mas chispa que en el mundo existe.

—El pueblo parisiense necesita siempre ídolos: cuales son los ídolos de hoy? preguntó la señora de Apremont.

—La mujer mas adorada, la mas grabada, la mas esculpida es una muerta: Maria Antonieta. Todo el mundo la ha levantado en su corazon, una capillita espiatoria: esto consiste en que se ha reconocido algo tarde, que su único crimen habia consistido en ser mujer bajo su corona de reina; crimen que hizo perdonar tan noblemente permaneciendo siempre reina cuando no era mas que mujer.

—Sí, por todas partes ha dejado su figura y su sello. La que será la figura de la Caridad en el siglo diez y nueve, se halla cercada por los muebles de Maria Antonieta, que son, necesario es decirlo, las mas bellas alhajas que se han trabajado. Pero no todas las verdaderas princesas han muerto. Cuantas hay que son la inspiracion, la gracia, el encanto de su tiempo! Hay una que esculpe con el gran arte de los italianos del renacimiento; hay otra que pasea su alma imperial y artista de la Rusia, por todos los

museos y salones de Europa; sé de otra que todos los domingos recibe, no con manchas de tinta en sus dedos, sino con manchas de colores en su blanca mano, pues pinta como un hombre.

Cruzaba una perla falsa.

—Esa jóven rubia, perdida en Lóndres y encontrada en Paris, dijo la señora de Apremont, se ha equivocado de puerta. Quién la dá sus caballos y sus cabellos? Hermosos cabellos y hermosos caballos!

—Lo ignora: usa el desenfrenado lujo de esas mujeres. Hay mas de uno que se ha arruinado por ella, aunque ella á su vez está siempre arruinada. Se ama á las pasiones como á los hijos: se las quiere mas que á uno mismo. Mas de un hombre se rehusa un coche de alquiler y regala una carretela á su querida.

Cruzaron dos mujeres célebres por su belleza y su amistad.

—Hé aquí, dijo Parisis, dos tunas del gran mundo, que tienen su córte y que abusan de ella; que han abierto un palacio Rambouillet para hablar en él el lenguaje verde, pero donde continúan siendo las mujeres mas honradas del mundo. Todo se convierte en humo. Cuantas hay que no hacen hablar de ellas como esa pálida duquesa que escucha allí abajo por entre las conversaciones de su grupo motivos de *Il Trovatore*, porque la música de Verdi la recuerda sus crímenes ocultos. De esta ni siquiera se sospecha: se le daría el Paraiso sin confesarse.

La señora de Campagnac recordó la Hora del Dia-

blo; sintió una repentina emoción que se tradujo en su rostro; mas únicamente hubo de notarlo Parisis.

En tanto que la mujer de las treinta y dos perlas soltaba la carcajada viendo pasar una americana que acentuaba demasiado las modas, Parisis dijo á la duquesa.

—Quereis aceptar mi brazo y dar la vuelta al mundo?

La duquesa obedeció sin contestar.

—Me odiais por completo, no es cierto? la preguntó Parisis despues de un breve silencio, estrechando la manecita de la duquesa.

Esta se estremeció.

—Pues yo, continuó el jóven inclinando su cabeza para hablar al oido de la duquesa, yo os amo.

Hubo otro instante de silencio.

—Yo os he odiado y os he amado, dijo ella; pero toda mi vida habrá consistido en una hora. Yo me creía la mujer mas virtuosa del mundo, yo no aspiraba mas que á las obras de caridad, yo no creía mas que en el amor divino. Yo he hallado con vos el amor del infierno: me ha consumido. Ignoro si la pobre Aliza se arrepintió al morir; pero yo, lo creeríais? yo no tengo bastantes fuerzas para arrepentirme. Siento horror hácia mi misma; pero me vuelvo con dulzura hácia mi crimen y permanezco en él abismada.

Parisis contemplaba á la duquesa: estaba pálida como la muerte; sus grandes ojos chispeaban y su corazon agitaba su seno.

—Queríais averiguar el secreto de mi alma y ya lo averiguasteis: ahora digamos mal del prójimo.

Parisis llevó la duquesa á su círculo; mas no permaneció con Villeroy. Había visto no léjos de allí á la marquesa de Fontaneilles y su hermana. Por mas que se hubiese despedido ya de ella no pudo evitar el ir á su encuentro.

—Os habia visto y os aguardaba, le dijo ella. Os creía en Parisis.

—Parto á media noche.

Y el jóven estrechó su mano.

—Ah! exclamó la marquesa con una pasion mal disfrazada, por mas que se encontrase allí su hermana: cuando partiré á Ems!

Ambos se estremecieron: una llama invisible corrió sobre ellos y los quemó.

En aquel momento fué cuando la señorita de Jozeuse, una virgen que se hallaba aun entregada á Dios, descubrió su secreto.

por mil razones, aunque se sea aguardado por una esposa cual tú.

—No es esto lo que ocasiona mi llanto, replicó Genoveva, abrazando á su marido; no has visto al ministro antes de partir?

—Nó; he visto al emperador.

—Y el emperador no te ha dicho nada?

—Me ha hablado mucho de César y de Alejandro.

—Vas á comprender porque lloro!

Genoveva condujo á Octavio al saloncito de verano.

Lo comprendió todo, viendo sobre la mesa un gran sobre que llevaba su nombre bajo el timbre del ministerio de negocios estrangeros. El jóven leyó por dos veces: «Ministerio de negocios estrangeros», como si tuviese miedo de saber la noticia que encerraba el pliego. Y hablando consigo mismo, dijo: «Vaya un furor como hay en Francia por no hablar el francés! Si algun dia llego á ser ministro de negocios estrangeros se dirá como en otro tiempo: *ministro de negocios exteriores*. Estrangeros! que quiere decir esto? Estrangeros á quién? Estrangeros á qué?»

—Pero lee! interrumpió Genoveva impaciente.

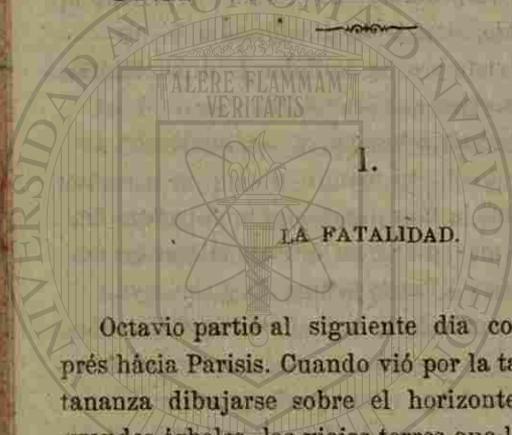
Cogió el pliego y leyó. Era su credencial de embajador en Alemania.

La duquesa advirtió que había palidecido. La pobre mujer no podia comprender lo que ocasionaba esta palidez.

El jóven había palidecido al ver que la fatalidad

## LIBRO VI.

## UNA TRAGEDIA EN EMS.



I.

## LA FATALIDAD.

Octavio partió al siguiente dia con el tren exprés hácia Parisis. Cuando vió por la tarde y en lontananza dibujarse sobre el horizonte, y sobre los grandes árboles, las viejas torres que le parecian mirar con risueño semblante, dijo:

—No! no iré á Ems!

Mas, para desgracia de todos, la fatalidad quiso que el duque de Parisis fuese á Ems.

Cuando llegó á Parisis, la duquesa estaba llorando: la cogió en sus brazos, la prodigó dulces caricias y la preguntó porque lloraba.

—Lloro mi dicha perdida!

—Tu estás loca, Genoveva! Te traigo tu dicha. Si tu supieras cuanto me fastidiaba en Paris! Mas tu sabes perfectamente que Paris nos retiene á la fuerza

le arrojaba hácia la señora de Fontaneilles. Embajador en Alemania! Para ir á su legacion era indispensable cruzar no lejos de Ems.

—Y bien, no hay que entristecerte, puesto que tú querías tambien que yo continuase mi carrera.

—Ciertamente, amigo mio; pero piensa que si no puedo ir hasta Paris, menos podré ir hasta Alemania.

La duquesa interrogó á su esposo con la mirada.

—Y probablemente que partirás muy luego?

El ángel del mal habia ya dictado la contestacion á Parisis.

—Sí, pero vendré á buscarte pronto.

—Y bien, no, amigo mio; quiero partir contigo.

—Mi querida Genoveva: esto seria cometer una locura; prefiero presentar mi dimision. Siento ya que amaré demasiado los hijos que vas á darme para que tú los sacrifiques sacrificándote á tí misma.

—Y si me muero de fastidio?

—Tranquilízate; iré allí para mostrar mi buena voluntad; pero en seguida volveré aquí.

—Y bien, no hablemos mas de esto. Debes sentir mucha hambre.

—Sí, porque aun no te he comido.

Y Parisis besó á Genoveva en los brazos, en las manos, en la garganta y en los cabellos. Pareció á Genoveva que una alma de fuego recorria todo su cuerpo.

—Oh! qué dulce es esto! dijo, dando un suspiro.

No bien te ausentas, cuando me siento morir. Tengo un frio que me hiela el corazon. Un dia, cuando tardes demasiado en volver, me hallarás convertida en estatua de mármol.

—A propósito! Sabes que Monjoyeux hace siempre de las suyas? Acaba de esponer un grupo, que ha puesto en conmocion todo Paris. Quiero que haga tu busto. Aquel pillete dá la vida al mármol; se diria que modela á la manera con que Dios modeló el mundo, ó, por mejor decir, á la manera con que los labriegos amasan el pan. Si algun dia esculpe á Galatea la hará descender del pedestal.

—Amigo mio: no quiero que se esculpa en mármol sino el busto que ha de adornar mi tumba; si quieres de mí algun retrato, lo mandarás hacer por un pintor.

—Es una buena idea, exclamó Octavio: enviaremos un despacho telegráfico á Leon Ramée. Vendrá aquí para hacer su boceto durante los ocho dias que voy á pasar contigo: dentro tres semanas lo recogeré en París al regresar aquí y concluirá tu retrato antes de nuestra partida.

—No, dijo Genoveva, el tiempo que en esto emplearemos será tiempo perdido; no tendré ocasiones de mirarte, prefiero estar sola contigo.

—Tú no conoces á Leon Ramée: no hay necesidad de que perdamos tiempo ni de que te pongas ante él para que te retrate. Ha pintado Junos y Dianas preciosas y nunca se han colocado ante él. Tu verás, mi

querida Juno, mi querida Diana, que hermoso lienzo nos vá á pintar con tu hermosura. Temes no estar sola! Leon Ramée tiene un corazon noble y se considerará tan feliz al vernos tan felices que ni siquiera advertiremos que se halla con nosotros. Fuera de esto es como la golondrina: trae la dicha á la casa donde anida.

—Pues bien, escríbele que venga.

Genoveva pensaba en que habia perdido la mitad de su dicha el dia en que su amiga, la marquesa de Fontaneilles, habia ido allí á pedir hospitalidad. Así es, que pensó tambien que un amigo de Octavio quizá turbaria, á su vez, aquella fiesta íntima de dos corazones que vivian de las mismas alegrías. Pero el amor profundo tiene sus timideces infantiles y la jóven no se atrevió á decir nada á su esposo.

—Es igual, se dijo á sí misma: el proverbio árabe quizá tenga razon. «Vé con cuidado con tu mejor amigo, vé con cuidado con tu mejor amiga; un átomo hace sombra: la amistad causa miedo al amor.»

Y apesar suyo pensó en su mejor amiga, la marquesa de Fontaneilles.

Pero Leon Ramée no debia hacer traicion á Octavio, como la marquesa debia hacerla á Genoveva.

Leon Ramée llegó para hacer el retrato de la duquesa: gozaba aun de todas las alegrías de su triunfo en el Instituto. Llegar á la Academia con los cabellos canos está al alcance de todo el mundo; pero, llegar

á ella en la aureola de los cabellos rubios constituye una fortuna.

Leon Ramée trazó el boceto de la duquesa, con atrevido y brillante estilo.

Al cuarto dia no solo su rostro parecia salir del caos, sino que el alma de la duquesa brillaba en su sonrisa y sus ojos.

—Que obra tan hermosa vás á hacer! dijo Parisis á su amigo.

Pero al siguiente dia, Leon Ramée abandonó el castillo.

—Está loco! se dijo Octavio.

Llevó la duquesa ante el retrato, exclamando:

—Que desgracia! Hubiera hecho una obra maestra. Mira Genoveva que admirable dibujo y que colorido tan hermoso! Pareces una diosa de Prudon, ó, mejor dicho, te pareces á tí misma.

—Si tu amigo nos há dejado, observó la duquesa, habrá sido porque habrá desesperado de concluir bien, lo que tan bien habia comenzado.

Efectivamente: Leon Ramée habia encontrado la duquesa demasiado hermosa.

Hasta entonces habia idealizado sus modelos de taller. Por la vez primera la verdadera belleza habia brotado ante él: se habia visto vencido por la naturaleza.

con la dicha de mañana: había sido tan feliz con vivir la dicha del día que no quiso acostumbrarse á la soledad. Decidió enérgicamente que si Parisis no iba por ella á los quince días, partiría sola á Alemania con Jacinta.

Y como su corazón desbordaba cogió una pluma y escribió á Octavio.

El escribir es la verdadera señal del amor. El que no ama, el que ha dejado de amar, es inútil que atormente la pluma, porque nada encontrará que decir. Pero los verdaderos amantes son terribles. Tienen la desapiadada elocuencia de Safo, de Santa Teresa y de Lélia. En sus cartas, la frase brota del corazón como de una fuente viva, pero que torrente de frases perdidas que van á lanzarse en el Océano del pensamiento! Verdad es que yo no conozco nada tan bestia como el Océano, esa eterna voz que ahulla siempre desde la creación del mundo, sin haber dicho jamás nada; ese monstruo sin conciencia que azota la tierra sin saber porqué. He aquí lo que escribió Genoveva:

«Cuando pienso, mi querido Octavio, que todo lo que voy á decirte llegará á tí helado bajo la mano del correo francés y del correo alemán, me detengo desalentada. Tú me lo decías un día: las cartas que se envían á una distancia de cien leguas, son como los desafíos que se aplazan para el día siguiente. Y bien: vuelvo á cobrar mi valor: un corazón que habla guarda también su fuerza para que se le oiga á

## II.

## LA DESPEDIDA.

Al ver marchar á su esposo, el corazón de la duquesa se hizo pedazos. Genoveva le acompañó hasta la estación. Se había partido muy temprano: se caminaba lentamente para no agitar la joven madre; Genoveva aguardó en el coche á que el tren partiera, y quiso ver por última vez á su marido desde la portezuela. Agitó por mucho tiempo su pañuelo, lo cual es una costumbre que se deja, desde que tomamos la vida riendo.

Cuando volvió á Parisis, creyó que hacía ya un siglo que estaba sola. Si hubiese tenido tiempo de alcanzar á Octavio, hubiera marchado. Subió á su cuarto, cayó en un sillón y se resignó.

El sol jugaba á sus pies, y esto le pareció que era una especie de ironía; mas, poco á poco se fué serenando su alma, y se acusó de falta de valor; se afirmó en la esperanza de que pronto sería madre, y se enorgullecó con la idea de que su marido sería pronto embajador.

Pero Genoveva no era de esas mujeres que viven

lo lejos. Estoy segura de que cuando abras mi carta se exhalará de ella algo de mi alma que irá recto á la tuya. Ah! Octavio: cuanto siento no haber partido contigo! La ausencia es la muerte. Te has llevado mi corazon y no respiro.

«Qué he de decirte? El castillo se halla triste cual yo y hasta las canciones de Jacinta se convierten en letanias. Ah! felices los que aman y felices los que no aman. Jacinta se halla triste al verme triste: pero al mismo tiempo va y viene tranquila. No te cause pena mi dolor: no es mas que la nube de la despedida; tendré el valor de conservar mis lágrimas... mas. Voy á vivir en la esperanza de verte muy pronto: no, no quiero llorar.»

Y la duquesa lloraba.

«Tu no ignoras que soy fuerte y que puedo dominar mi corazon. Vuelve, sin embargo, pronto: advierte que si tardas un dia encontrarás una mujer que te habrá olvidado.

»No estoy celosa; pero vé con cuidado; si me olvidaras, si tomaras alguna aficion por las alemanas, que son tan sentimentales, si un dia dijeseis á otra que la amas, yo sentiria aquí la puñalada.»

Para engañar su dolor la duquesa escribió mas de diez páginas; mas de pronto se dijo:

—Pobre Octavio! es necesario compadecerle.

Hé aquí porque no le envió mas que la primera página.

Sobre las frases en que decia: «no, no quiero llorar» dejó la huella de dos lágrimas.

—Esto de enviar lágrimas, se dijo, es muy malo.

Pero no rehizo la página: parecíale que una carta copiada no era ya una carta de amor.

—No es verdad que son hermosos? Por qué no me los dió?

Y mientras que Jacinta volvía á leer los versos la duquesa vió que en el reverso del papel habia otros.

—Mirad, Jacinta; aquí hay un soneto, dijo con alegría.

Y lo leyó en alta voz.

Pero me equivoco: al llegar al verso undécimo palideció.

—Qué teneis, duquesa? preguntó Jacinta.

—Nada. Es el reverso de la medalla.

Genoveva recogió aquel papel encantador y ya maldito.

Jacinta leyó el soneto y vió que en él se alababa á la marquesa de Fontaneilles.

—Y bien! dijo tristemente Genoveva.

—Y bien, es un soneto.

—Ya veis como yo tenia razon de estar celosa de la marquesa.

—Celosa! No hay de qué cuando se es la duquesa de Parisis.

—Pero y este soneto?

—Esto es un juego de palabras, mientras que vuestros versos son la espresion de su corazon.

—Lo creéis así?

—No entiendo en poesia; pero se me figura que no me equivoco como no me equivoco en el soneto á Violeta.

—El soneto á Violeta?

### III.

#### LOS TRES SONETOS.

En aquella misma noche en que Octavio partió para Alemania, la duquesa, removiendo los papeles del salon, halló entre sus dibujos unos versos que no conocia, porque Octavio los habia calificado de malos para mostrárselos. Estaban dedicados á Genoveva, y esta, al leerlos, se ruborizó y los besó como si quisiese encontrar aun en ellos la inspiracion de su esposo.

Recordó que en su vida de familia, cuando ella labraba una flor sobre una tela, cuando Jacinta interrogaba el piano, Octavio, fumando cigarros, perdido en las sinuosidades del sueño y de la conversacion, rimaba sonetos ó bien hacia caricaturas. Quería demasiado á Genoveva para hacer la suya porque decía que la caricatura era la indagacion del mónstruo en el hombre y la mujer; pero la pobre Jacinta era sacrificada á esta distraccion.

La duquesa llamó á Jacinta.

—Escuchad, la dijo.

Y la leyó aquellos versos.

Jacinta quiso retractarse de sus últimas palabras; mas no sabia mentir.

Sí, prosiguió, hay un soneto á Violeta cuando esta se hallaba en la cárcel. Lo he copiado aunque no sea tan hermoso como el vuestro.

—Veámoslo.

Jacinta fué á su cuarto y pronto volvió con los versos á Violeta.

Genoveva los leyó. Este soneto y los dos anteriores eran los únicos versos que Parisis habia compuesto en el género sério. Genoveva los tenia delante.

—Sí, dijo lanzando un suspiro: no hay duda de que amaba á Violeta; pero no ama á la marquesa. Su soneto á Armanda no es sino una hipérbole.

#### IV.

##### EL DEMONIO DEL ADULTERIO.

Para no inquietar á la duquesa, á la que Paris no gustaba, Octavio le dijo que partiria á Nuits para tomar el camino de hierro del Este.

Cuando llegó á Nuits, escribió este despacho que dió al telégrafo para la marquesa de Fontaneilles:

«A medio dia. Parto ahora mismo para Ems. Os aguardaré en la fonda de Inglaterra ó en la de Rusia.

PARISIS.»

Luego que el despacho fué expedido, Octavio comprendió su imprudencia: no porque se inquietase por haber dado su nombre á los telegrafistas, sino porque el marqués de Fontaneilles podía llegar de Lóndres y recibir aquel despacho.

—*Alea jacta est!* exclamó.

Y no pensó mas en él.

El despacho llegó á las blancas manos de la señora de Fontaneilles porque el marqués no habia llegado aun de Lóndres. La jóven lo leyó veinte veces porque veia impreso en él su destino.

—Pasado mañana por la mañana llegará á Ems! se dijo; y yo llegaré allí pasado mañana por la tarde.

Entonces oyó la voz de la señorita Joyeuse que subía la escalera. Buscó una cerilla para quemar el despacho: mas no encontrándola hizo pedazos el despacho y lo arrojó en la chimenea prometiéndose quemarlo luego.

—Querida mia, dijo á su hermana; esta tarde marcharemos al Rhin. Estarás contenta?

—Mas contenta que nunca, dijo con alegría la doncella.

—Ya sabes, prosiguió la señora de Fontaneilles, que no nos detendremos en Nancy en casa de la canonesa mas que por algunas horas. Te daré un traje con blondas que dará en Ems mucha envidia.

Partieron por la tarde; en Nancy les faltó el tren; Un accidente ocurrido frente á Heidelberg atrasó un poco las viajeras, tanto que no se llegó á Ems el dia siguiente conforme se esperaba.

La marquesa estaba impaciente como una mujer que no quiere sugetarse á las eventualidades. La señorita de Joyeuse, que era muy curiosa, observó que su hermana se habia puesto silenciosa y triste.

Esto consistia en que la señora de Fontaneilles se sentia dominada por un pensamiento que callaba; dibujaba con anticipacion en su fantasía las escenas de su entrevista con Octavio. Preguntábase como escaparía á la vigilancia de la señorita de Joyeuse. Se encontraría á Octavio por casualidad; por una parte y

por otra se manifestaría grande estrañeza; se detendría allí para recibir órdenes del ministro; nada se opondría á que se pasase todo un dia juntos, sino en la misma fonda, en el mismo carruaje y en la misma mesa. Llegada la noche, la señorita de Joyeuse que participaba aun del sueño de los niños, se dormiría muy pronto; la señora de Fontaneilles escribiría cartas en la estancia vecina; no viendo luz la creería acostada, mientras que, en realidad, se encontraría en brazos de Octavio, dando su corazon, dando su alma, dando su vida; hora admirable y terrible que las mujeres llaman la hora del sacrificio.

## LA CÓLERA DE LOS CELOS.

La señora de Fontaneilles partió á las ocho con el tren exprés del Este.

A las nueve el marqués llegaba con el exprés del Norte.

Era tan altivo y orgulloso que nadie de su casa se atrevió á dirigirle la palabra. Entró silenciosamente y subió al cuarto de su mujer.

En el momento en que iba á penetrar en él, la doncella se aventuró á decirle que la marquesa habia partido. El señor de Fontaneilles no pudo reprimir un gesto de cólera.

—Partido! y desde cuando?

—Esta misma noche.

—Con su hermana?

—Sí, señor marqués. La señora ha escrito al señor. Yo la he acompañado á la estacion de Estrasburgo. La señora debe detenerse en Nancy.

—Seguia tosiendo?

—No mucho, señor marqués.

El señor de Fontaneilles entró en el cuarto y cer-

ró su puerta con violencia. Sus celosos ojos lo recorrieron todo, su lecho, sus muebles, su alfombra. Dejó sobre un pequeño secreter la bugía con que se alumbraba.

—Me ha escrito, dijo; pero su carta no volverá aquí hasta pasados dos dias.

La señora de Fontaneilles habia dejado la llave de su secreter como una mujer que no guarda secretos: el marqués lo abrió y no encontró en él mas que cartas de mujeres.

—Soy bastante loco, dijo viendo en un espejo sus cabellos en desórden, su palidez y sus facciones contraidas: soy bastante loco para impresionarme porque mi mujer va á Ems con su hermana. Hay nada tan natural puesto que así estaba convenido?

Pero los celos atenazan el corazon de los celosos y no habia llegado mas que al principio de sus tormentos.

Viendo algunos pedacitos de papel en la chimenea, el marqués corrió hacia ellos y los cogió. Al primer golpe de vista reconoció un pedacito de telégrama y no tuvo que emplear mucho tiempo para encontrar los demás pedazos: era el llamamiento de Parisis dirigido á la marquesa.

El señor de Fontaneilles estuvo próximo á caer hácia atrás. Estalló su furor y rompió el espejo.

El reloj daba las diez.

—Si no llegara á tiempo! se dijo.

No debia hallar tren directo hácia Colonia hasta

el siguiente día á las once. Difícil es pintar su angustia; adoraba á su mujer sin decirselo nunca, bien como si su amor le hubiese parecido una humillación.

—Ese Parisis, dijo con voz sorda, siempre me ha inspirado ódio.

Fué á su cuarto que no estaba separado del de la marquesa mas que por una pequeña biblioteca, donde no se veían mas que algunos libros de religion. En su cuarto y de encima de una mesa, donde no habia sino armas, cogió un revolver, pistolas, un puñal y un cuchillo malayo.

—Desgraciados de ellos! dijo: si llego demasiado tarde les mataré á los dos. Si no llego demasiado tarde....

Contuvo su idea para dejar caer estas frases, frias como el acero:

—Te mataré, Parisis.

Y despues de un instante de silencio, añadió:

—Y que haré de esa mujer?

## VI.

## NACIDA PARA AMAR, NACIDA PARA SUFRIR.

El marqués de Fontaneilles, hubiese vengado su desgracia en todo el mundo: tal era su ódio.

Tuvo la crueldad, ó, mejor dicho, la debilidad, de ir por sí mismo al telégrafo para enviar este despacho á la duquesa de Parisis:

«El marqués de Fontaneilles advierte á la señora de Parisis, que el señor de Parisis y la señora de Fontaneilles no la aguardan en la próxima noche en Ems, en la fonda de Inglaterra ó en la de Rusia.

»FONTANEILLES.»

Eran las doce de la noche cuando Genoveva recibió este despacho. No quiso comprender nada; pero los celos, que en aquel momento no eran ciegos, abrieron sus ojos.

—Ah! exclamó; mi corazón, que no hallaba aire con que respirar, vaticinaba todo esto. Esa mujer ha matado mi dicha.

Llamó á Jacinta.

—Jacinta, la dijo, voy á morir.

—A morir! exclamó Jacinta, levantándola en sus brazos, pues la pobre mujer habia caido desmayada.

—Nó! dijo Genoveva, reanimándose; quiero ir á Ems; quiero salvar mi dicha.

Y lo contó todo á Jacinta.

—Sí, dijo esta; es necesario partir y yo quiero partir con vos.

Una hora despues ambas mujeres se hallaban en Tonnerre, donde cogian el exprés para Paris, donde no se detuvieron mas que dos horas; despues, á las siete, cogian el tren para Colonia, sin encontrar al marqués de Fontaneilles que partia en aquel instante.

Quién podria pintar las angustias de aquella pobre mujer, que era ya madre, que arriesgaba su hijo por su esposo? Unicamente los que han sufrido la traicion entre las alegrías de su amor comprenderán este dolor horrible. Jacinta procuraba consolar á la duquesa.

—Nó, nó, decia Genoveva, soy como mi madre: nacida para amar, nacida para sufrir.

## VII.

## TORNASOL Y LA TACITURNA.

Octavio de Parisis llegó solo á Ems en uno de esos hermosos dias de mayo que hacen creer en el amor hasta á los mismos que no están enamorados.

En la estacion de Coblenza, Parisis habia encontrado á la señorita Tornasol y á la Taciturna que iban á tentar fortuna en el extranjero.

El jóven las habia saludado apenas con la mano, no queriendo resucitar antiguas amistades, y creyéndose ya un hombre formal con su título de embajador y de marido; pero en Ems observó, cinco minutos despues de su llegada, que aquellas mujeres habian bajado cual él en *Englischer-Hof*.

Pensó en ir á otro parage.

Para recibir á la marquesa de Fontaneilles no queria estar en país conocido.

Mas juzgó que no hallaría otra fonda mejor que la de Inglaterra. Y efectivamente, su departamento era grande y tenia dos entradas. Y aparte de esto no habia dicho á la señora de Fontaneilles que la aguardaria en la fonda de Inglaterra?

Al principio trató de permanecer allí sin ser visto: pidió el almuerzo; pero hubo de parecerle tan triste el tener por única compañía los grabados alemanes que adornaban su salón, que no pudo resistir el placer de ir á almorzar al sol, frente al salón de la Conversación, según lo hacía en Baden.

—Enhorabuena, dijo, al oír el rumor que hacía el vino del Rhin al caer en su vaso: se puede almorzar aquí alegremente.

Mas, no bien se le hubo servido un filete de cabrito, cuando la Tornasol y la Taciturna se acercaron hácia él.

—Es decir, que almuerzas sin nosotras?

Se hallaban tan risueñas, esparcían un perfume parisien tan dulce, que Octavio estuvo próximo á decirles que se sentasen. Pero las mantuvo en pié, casi á distancia, con estas sencillas frases:

—Chist! aguardo á la reina de Prusia.

Las dos cómicas volaron de allí como dos aves.

Pero no fueron muy léjos: se detuvieron en otra rama é improvisaron un *menu* que era francés y alemán á un mismo tiempo. Por ejemplo: pidieron champagne y vino del Rhin; Octavio no quedó poco sorprendido al ver que eran mas duchas que él en este punto, ya que, en efecto, se las trajo vino de champagne y del Rhin, un vino espeso con no sé que de salvaje en su aroma.

Parisis, aunque guardando su severidad, no podía menos que pensar en aquellos hermosos años de

su vida, en que vivía sin preocupaciones ni cuidados, no temiendo figurar en pleno día al lado de las comediantas. Pero la vida no se pasa siempre almorzando: los hombres formales ni siquiera almuerzan, escepto cuando viajan.

Entretanto la señorita Tornasol y la Taciturna, viendo que la reina de Prusia no llegaba, se atrevieron á mandar una copa de vino á Octavio. El jóven no se hizo de rogar para beberla.

Miró la copa donde chispeaba el vino del Rhin y bañó en élla sus labios con melancolía.

Esto consistía en que, sin saberlo, el jóven bebía la última copa de su juventud.

dejado Paris el día antes. Y además de esto, ese obstinado deseo de tomar parte en la vida de todas las mujeres, acabó de cegarle. Se afirmó en su temperamento recitando este verso de Byron que yo traduzco mal:

Lo que un hombre deja, otro lo coge.

Escribió á la duquesa.

Cuantos hombres diversos en un solo hombre!  
cuantos sentimientos opuestos en su corazón!

Por la tarde aguardaba á la marquesa de Fontaneilles. Escribió una tierna carta á su esposa. Los poetas aficionados á los símbolos dirían que el adulterio rechinaba sus dientes ante el amor conyugal.

»Genoveva mia:

»Cuan léjos me hallo de tí! Aunque me diga que tu estás aquí, en mi corazón, en mi espíritu, en mi alma; aunque vea aparecer á cada minuto tu admirable figura, yo me siento triste: me parece que estoy separado de tí por un mundo y por un siglo. Esto consiste en que me has hechizado, en que he vivido de tu amor. Tu sabes que me has hecho creer en los ángeles antes de creer en Dios. Ah! mi querida Genoveva! porque es necesario que el hombre sea algo en la vida! La ambición me ha desterrado de la dicha.

»No era muy sábio eso de vivir contigo en Paris, en el olvido del mundo ahogando mi pensamien-

## VIII.

## CARTA DE OCTAVIO Á GENOVEVA.

—Después de todo, murmuró el jóven entrando en su departamento sin que hubiese reanudado su conversacion con aquellas señoritas, la verdadera sabiduría es la locura; no obraría yo mejor pasando alegremente una hora con esas dos locuelas, en vez de ir mas léjos en esa pasión que me dá miedo? Yo que no le he conocido nunca!

La inmoralidad que ríe está casi perdonada; el pecado formal es hijo de la inmoralidad formal. Coger una jóven que pasa es como cazar en tierras propias; coger la mujer de otro, es robar á una familia.

Estas ideas cruzaron por la mente del duque de Parisis.

—Y sin embargo, dijo, si alguien soñara, tan solo en amar á Genoveva.

—Era la primera vez que se sentía celoso.

Si hubiese tenido tiempo quizá hubiera enviado un telégrama á la señora de Fontaneilles para decirle que se habia visto obligado á dejar á Ems inmediatamente. Pero reflexionó que la marquesa habria

to bajo el oloroso perfume de tus cabellos? Tus blondos cabellos! he ahí la única mies de oro digna de ser recogida. Todo lo demás no vale la pena. Únicamente Horacio fué sabio.

»Lo mismo dá: yo te juro que no me eternizaré representando á mi soberano en las capitales. No quiero vivir sino por tí y así viviré por mí.

»Adios, dulce adorada mía. Sueño que vienes á inclinarte mientras te escribo para sorprenderme con uno de esos divinos besos que hacen reflorar mi frente. Me vuelvo, pero ay! no estás aquí! Y sin embargo me parece que he sentido tus labios.

«PARISIS.»

## IX.

### LA MUJER CON VELO.

Por la tarde el duque de Parisis montó á caballo y siguió el camino de Ehrenbreistein, recordando los paseos de lord Byron en esas orillas del Rhin, donde las dos grandes figuras poéticas de la Revolución,—Hoche y Marceau—hallaron su heroica tumba. Se podía inscribir en ella como un epitáfio las frases de Chil de Harold: «Valiente y gloriosa fué su jóven carrera; fueron llorados por dos ejércitos; el que mandaban y aquel que combatian.»

—Ah! dijo Parisis, feliz el que muere jóven, en la plenitud de su vida, por una grande idea ó por una grande accion. Hé ahí como yo quisiera morir. Ah! si en lugar de enviarme como embajador á Alemania, se me hubiese dado una espada para venir á reconquistar Coblenza, donde no existen mas que corazones franceses! He aquí la diplomacia.

Y como en él el sarcasmo dominaba casi siempre al entusiasmo, añadió sonriendo:

—Verdad es, que quizá volveremos á coger el Rhin á fuerza de protocolos.

El sol iba á acostarse en un lecho de púrpura,— eterna fórmula de los poetas que se obstinan en creer que el sol es siempre la lámpara de oro de la tierra; —el crepúsculo derramaba sus melancolías. Octavio admiraba esos paisajes grandiosos que en vano quería comparar á los de Parisis donde habia acentuado los sitios salvajes. Pensó en la duquesa y el dulce horizonte del parque, donde probablemente se paseaba en aquella hora. De pronto una cabellera de humo hubo de atraer su pensamiento y sus miradas. Era el tren de la tarde que traía á Coblenza los viajeros que llegaban á Ems.

—Ya! exclamó el jóven.

Imaginóse que la marquesa de Fontaneilles llegaba en aquel instante: volvió riendas al caballo, apretó la espuela y se dirigió al galope á la fonda de Inglaterra.

Era el momento en que los viajeros llegaban: no dudaba de que la marquesa se le apareciera de repente; pero llegaron tres coches llenos de estrangeros sin que el jóven reconociese la señora de Fontaneilles.

—Por qué? se preguntó. Y sin embargo debía llegar hoy; debió salir ayer por la tarde; dijo que se detendría en Coblenza para llegar aquí de noche. Quizá no partió?

Habia dicho que comería en la fonda; pero no tocó en ella la comida, como por la mañana no habia tocado el almuerzo.

Fué á sentarse en aquella misma mesa bajo los árboles del Casino. La señorita Tornasol y la Taciturna ocupaban su mesa; habian prolongado su comida porque la señorita Flor-del-Pecado habia recientemente llegado, trayendo noticias de la Casa de Oro. Aunque era ya extraño al mundo dorado, Parisis abrió sus orejas fingiendo que no escuchaba.

Supo que el Príncipe Azul, que se consolaba con la señorita Flor-del-Pecado de la muerte de la señora de Entraygues á la cual habia llorado ostentosamente para darse aire de sentimental, habia llegado á la fonda; pero comia con el duque de H... perdidamente enamorado de la señorita Tornasol, á la cual iba á sorprender en Ems.

Octavio pidió lumbre á aquellas señoras para encender un cigarro.

Cuando comia solo, tenia la costumbre de fumar en los intermedios.

—Aunque no he oido muy bien, dijo Octavio, me parece haber comprendido que el príncipe ha llegado con vos.

—Sí, y se quedará sorprendido al encontraros.

—No habia otros parisienses en el tren?

—Nó: era el tren del silencio.

Y rectificando, añadió:

—Esperad: hemos viajado con una dama con velo que parecia asistir á su propio entierro: tan enlutada iba. No estaba ni en el reservado de las señoras ni en el vagon de caballeros: iba sola en un departa-

mento, sin mas compañía que la de una confidenta.

Flor-del-Pecado soltó una carcajada.

—Me rio porque el Príncipe Azul, que es amante de hacer locuras, ha subido en su coche, bien como si se hubiese engañado de buena fé. Pero es una mujer formal; mucho ha tenido que hacer para ver el color de sus palabras. Fué impenetrable como una estatua.

—Y ha bajado en la fonda de Inglaterra?

—Nó, yo no la he visto desde que salí de Coblenza.

—Octavio no dudó de que aquella mujer con velo era la señora de Fontaneilles. Entró en la fonda de Inglaterra y buscó en la de Rusia; pero no se habia visto á ninguna mujer con velo.

—No le quedaba mas recurso que jugar á la treinta y cuarenta para matar el tiempo.

## X.

## LOS DOS ATEOS.

En aquella noche Octavio perdió veinte y cinco mil francos, obstinado en jugar al negro.

—Vamos, dijo levantándose cuando el juego hubo concluido, parece que sigo afortunado en amores. Todas las dichas se pagan caras.

Estaba irritado contra su desgracia; pidió un sorbete debajo de unos árboles clamando siempre contra el colorado.

Un filósofo alemán, al cual habia conocido en Paris en la comida del Comendador, fué á sentarse á su mesa.

—Y bien, señor duque, le dijo, habeis perdido batallas esta noche?

—Sí, esplicadme por qué un hombre que juega tan bien es derrotado. Empiezo á creer mas en la malicia de las cosas que en la de los hombres.

—Y quizá tengais razon. Y para comenzar por el principio, creéis en Dios?

—No. Y vos?

—Yo sí.

mento, sin mas compañía que la de una confidenta.

Flor-del-Pecado soltó una carcajada.

—Me rio porque el Príncipe Azul, que es amante de hacer locuras, ha subido en su coche, bien como si se hubiese engañado de buena fé. Pero es una mujer formal; mucho ha tenido que hacer para ver el color de sus palabras. Fué impenetrable como una estatua.

—Y ha bajado en la fonda de Inglaterra?

—Nó, yo no la he visto desde que salí de Coblenza.

—Octavio no dudó de que aquella mujer con velo era la señora de Fontaneilles. Entró en la fonda de Inglaterra y buscó en la de Rusia; pero no se habia visto á ninguna mujer con velo.

—No le quedaba mas recurso que jugar á la treinta y cuarenta para matar el tiempo.

## X.

## LOS DOS ATEOS.

En aquella noche Octavio perdió veinte y cinco mil francos, obstinado en jugar al negro.

—Vamos, dijo levantándose cuando el juego hubo concluido, parece que sigo afortunado en amores. Todas las dichas se pagan caras.

Estaba irritado contra su desgracia; pidió un sorbete debajo de unos árboles clamando siempre contra el colorado.

Un filósofo alemán, al cual habia conocido en Paris en la comida del Comendador, fué á sentarse á su mesa.

—Y bien, señor duque, le dijo, habeis perdido batallas esta noche?

—Sí, esplicadme por qué un hombre que juega tan bien es derrotado. Empiezo á creer mas en la malicia de las cosas que en la de los hombres.

—Y quizá tengais razon. Y para comenzar por el principio, creéis en Dios?

—No. Y vos?

—Yo sí.

—Es extraño, dijo Parisis, mirando su filósofo; en Francia érais ateo y en Alemania sois deista?

—Cambié de opinion: poca filosofía aleja de Dios; mucha conduce á él.

—Quereis un sorbete?

—Nó, un vaso de Kirsch.

—Y donde veis á Dios?

—En todas partes. En este hermoso cielo estrellado, que es como la tapa historiada del libro de los mundos; en esta tierra que es como el boceto de la obra de Dios. Qué digo? Le veo en vos mismo, que lo negais.

Pasaba un perro que se detuvo frente la mesa.

—Veis á Dios en este animal?

—Sí, dijo el sábio.

—Entonces este perro tiene un alma, una parte de la divina inteligencia?

—Sí, tiene un alma material.

—Os veo venir: vos dais un alma á las bestias y un alma á los hombres; quereis que la primera sea mortal y la segunda inmortal. Creéis, pues, que hay mucha distancia entre el alma de este perro que sueña sin escucharnos y el alma de nuestro vecino que nos escucha bebiendo cerveza y que no nos comprende? Creéis que el perro no discurre tan profundamente como ese bebedor de cerveza, cuando en la caza, trae la perdiz á su amo? Por qué la trae, el que es amante de la caza? Porque tiene el sentimiento del bien y del mal. No dá ni una dentellada; siente ham-

bre y permanece estóico. Mi querido sábio, falta solo á las bestias el hacer un curso en vuestras universidades alemanas para reducir sus razonamientos á silogismos.

—Quizá, dijo el sábio, que se habia puesto algo pensativo, cada paso que se dá en la ciencia es un paso hácia el abismo.

—Mirad, dijo Parisis, cuando abro á Malebranche me horrorizo ante estas líneas: «Las bestias lo pierden todo cuando mueren: han sido inocentes y desgraciadas; pero no las aguarda recompensa alguna.» Así Dios no existe porque no es justo. De qué servirá una perdiz que ha sido asesinada y comida por mí? El mundo no es mas que un vasto sepulcro donde se estingue el alma de los hombres como la de las bestias.

—El universo es una vasta resurreccion porque la vida está en la muerte, como la muerte está en la vida.

—Y por qué, observó Parisis, hemos de ir á otro mundo? El nuestro es admirable; el que no encuentra en él su ideal es un soñador ó un necio. Qué tan hermoso como la naturaleza cuando está de fiesta? Qué tan hermoso como un caballo de raza? Qué tan divino como una mujer hermosa? Qué tan admirable como el cielo del sol ó el cielo de las estrellas? Si tuviese que suplicar algo á Dios le rogaria que me hiciese resucitar en este mundo.

Parisis añadió con sarcasmo:

—Tanto mas cuanto el otro no existe.

—Señor duque, dijo el sábio, este mundo no es mas que el boceto de nuestro destino.

Octavio se levantó.

—Adios, mi querido sábio: basta de edificar sobre arena. Recordemos las frases de Gassendi: «Los filósofos que hablan del alma son como esos viajeros que cuentan lo que pasa en el serrallo porque han atravesado Constantinopla.»

Cuando Octavio estuvo solo levantó sus ojos hacia los millones de estrellas que le hablaban de lo infinito.

—Y sin embargo, dijo con un movimiento de entusiasmo; seria yo tan feliz si pudiese creer en Dios!

Una mujer fué á su encuentro.

Reconoció á la marquesa de Fontaneilles.

—Por fin! exclamó el jóven.

—Sí, soy yo, le dijo ella, estrechando su mano y apoyando sobre él su frente ruborizada. Pero silencio: mi hermana está allí que se dirige hacia la fonda. Hemos llegado ahora. Hemos cogido un cuarto cerca del vuestro; pero estamos separados por un personaje prusiano que partirá mañana. Así, pues, hasta mañana.

Parisis quiso retener á la marquesa.

—Pero quien os impedirá esta noche de venir á hablar conmigo?

—Hablar con vos?

La marquesa le miró con una espresion voluptuosa.

—No! mañana.

Y corrió á juntarse con su hermana.

Era necesario que Luis XIV amase á la Montespán para comprender el divino hechizo de la Valliere, como era necesario ver al ángel á través del demonio. Este fué el sentimiento que se apoderó de Octavio cuando pensó en Genoveva despues de haber devorado con ardientes ojos á la señora de Fontaneilles, bien como si ya tomase parte en la embriaguez prometida.

La imágen melancólica de Genoveva trajo á su fantasía la triste de Violeta, y despues la de la señora de Entraygues, la de la señora de Argicourt y despues la de tantas otras que habian pagado hártos caras las horas de amor disfrutadas con Octavio.

Fué como la vision de Luis XIV, que, cercano á la muerte, vió aparecer, todas llorosas, las veinte mujeres que él habia amado y que habia condenado á todas las miserias, al arrepentimiento, á la desesperacion, á la muerte á Maria de Mancini, á Enriqueta de Inglaterra, á la Valliere, á la señora de Fontanges, á la señora de Montespán, cuyo grito de dolor resonará mas allá de los siglos.

No regateó el precio. Viendo una puerta cerrada, dijo:

—A donde dá esta puerta?

—Al salon del señor duque de Parisiá, dijo el fondista que estaba orgulloso de tener ya un duque francés al principio de la estacion.

—Y cual es mi otro vecino?

—Dos señoras francesas que han llegado esta noche y que aun no han dado su nombre.

—Está bien, dijo el marqués: he puesto el pié sobre el nido de víboras.

Y añadió en voz alta:

—Aquí dejo mi saco de noche. Tomad: este es mi nombre.

Y dió la targeta de un comerciante inglés que por precaucion se habia guardado:

WILLIAMS COOLIDGE

52, Mark-Lane, London, 52.

Cerró su saco de noche y volvió al Kursaal: no se le volvió á ver hasta la madrugada.

Pero hácia las tres pidió su llave, una botella de Kirsch, una pluma y tinta diciendo que tenia que escribir ¡y suplicando que se le dejase en paz.

## XI.

### EL SEÑOR DE FONTANEILLES.

En Ems el señor de Fontaneilles bajó en el Kursaal; pero luego que su equipage estuvo colocado, se dirigió, con un saco de noche, á la fonda de Inglaterra.

—Por qué traia el saco de noche? Porque traia en él lo mas estimado de su equipage: sus pistolas, su puñal español y su cuchillo malayo.

Sabia ya por el cochero que le habia conducido al Kursaal, que el duque de Parisiá se hallaba en la fonda de Inglaterra. Octavio era naturalmente el leon del país por su aire de gran personage y porque jugaba fuerte.

El marqués preguntó si se podia alojar en el primer piso. Se le ofreció en él un departamento. Llegaba á propósito: el que lo ocupaba, un baron prusiano, acababa de marchar para Colonia. Habia en el departamento tres puertas. Se entró por la del centro.

—Está bien dijo Fontaneilles: estoy cierto de que soy vecino de Parisiá.

Se le hallaba muy original y muy sombrío; pero era un inglés.

Cuando estuvo solo, registró el cuarto para convencerse de que nadie podía verle; después sacó de su bolsillo, un martillo, una lima y un ruseñor.

Acababa de saber que Parisis había subido en un coche hacia las dos en compañía de una mujer velada acompañada de una joven para ir á paseo en una casa de recreo de Oberlahnstein.

El marqués empezaba á comprender que había llegado tarde; no dudaba de que la traicion se había ya consumado y no tenía alma sino para la venganza.

Tal era su ceguedad que después de haber examinado la puerta que daba al salon de Octavio, empezó á limar sus goznes sin curarse del rumor que ocasionaba. Empezó su obra creyendo que Parisis y su mujer no llegarían hasta la hora de comer.

Necesitó mas tiempo de lo que él había creído; pero armado con su venganza no descansó ni un minuto. Pasada una hora su trabajo estaba concluido.

—Y ahora, dijo, nada me impide el destornillar la cerradura para hacer menos ruido; pero suceda lo que suceda estoy seguro de sorprenderles y matarles.

Al decir estas palabras se arrodilló y oró.

Hé aquí porque Dios perdona con frecuencia á los que no le dirigen sus oraciones.

## XII.

## PLANES FRACASADOS.

Hacia las dos, Flor-del-Pecado, Tornasol y la Taciturna se detuvieron en el puente para ver cruzar el duque de Parisis que acompañaba á paseo dos señoras.

—Oh! oh! dijo Tornasol, nos roban á Parisis; es sensible; creí que jugaría por mí. Dios de los desgraciados, *ora pro nobis!*

—Estas princesas, dijo Flor-del-Pecado, gozan de todos los privilegios. Van á la corte, lo cual no les impide el que vengan á coger nuestros hombres hasta en el tapete verde. No es verdad, Taciturna?

—Es cuestion de dinero, dijo esta con su indolencia de costumbre.

—Pero nó, esta no es cuestion de dinero: es cuestion de principios. Decididamente concluiré por casarme. Yo tambien quiero ir á todas partes.

—Pero cuando estés casada no te recibiremos mas.

—Trataré de consolarme. Cogeré ese aire de importancia que dan la virtud y el matrimonio. Ved esas damas: inclinan su cabeza con tal arte y sus

movimientos de cisne y de rosa son tan bellos, que nosotras no sabemos imitarlas.

—Acaso la mayor de esas dos mujeres es la esposa del duque?

—Querida mía, no he tenido la honra de que me haya sido presentada.

—Cuan feliz es Parisis! pertenece siempre á los dos mundos: come de misa y cena del teatro.

—Nó, amiga mía, se ha convertido en un santo. Aun nos habla: pero no sacaremos de él nada.

—Cuando pienso que no hay aquí ni un solo prusiano en quien vengarme del colorado! Si la Taciturna fuese mas expansiva aun podria seducir su vecino, á ese mozuelo.

—Sí, pero estoy desarmada.

—Pide licencia al Príncipe Azul.

Este, en aquel instante, subía por el otro extremo del puente y se unió á sus amigas.

—Decidme, exclamó, no puedo dar con Parisis: ha ya partido?

—Partido! ahora mismo cruzaba por aquí en un carruaje donde iba con dos damas.

—Está aquí su mujer?

—Chist! esto pertenece á la vida privada.

El Príncipe Azul, despues de haber prometido que presentaria á la Taciturna á aquel jóven aleman, que deseaba entrar en Paris por la puerta del Infierno, se dirigió, por segunda vez á la fonda de Inglaterra para hacer preguntas al fondista. Habia llegado solo?

Quiénes eran las señoras con las cuales paseaba? Volveria temprano?

—El señor duque llegó solo, dijo el fondista; pero yo creo que conoce mucho á las dos señoras que han llegado aquí esta noche.

—Podeis darme el nombre de estas señoras?

—Sí, dijo, acabo de inscribirlas: la una, si mal no recuerdo, es la marquesa de Fontaneilles y la otra su hermana la señorita Gaieté.

—Quereis decir la señorita de Joyeuse.

—Ah! sí, dijo el fondista que pensaba en aleman; yo traducia mal.

El Príncipe Azul se alejó.

—Qué diablo hace aquí tanta gente? se dijo.

Encontró á Monjoyeux.

—Vos aquí! Qué milagro?

Monjoyeux llegaba precipitadamente de Paris por que un modelo—hermana de la doncella de la señora de Fontaneilles—le habia contado la historia de la cita en Ems, y le habia participado la marcha del marqués. Monjoyeux, preveyendo una desgracia, habia marchado en seguida.

El escultor solo tenia un amigo y velaba por él.

rioso el rayo de luz que cruzaba por los intersticios de la puerta.

—Oh! venganza! venganza! murmuró conteniéndose.

Se seguía hablando. Despues de una hora la puerta se abrió. Pero quien entró en el salon fué Octavio solo.

Qué iba á hacer? No llevó allí luz; mas la luz del dormitorio llegaba hasta allí con sus pálidos reflejos.

El señor de Fontaneilles vió como las cortinas del lecho se agitaban.

Octavio volvió al dormitorio sin cerrar la puerta.

Entonces el señor de Fontaneilles vió, medio ocultada por Octavio, una mujer que se echaba amorosamente en sus brazos.

El marqués dió un rugido. Habia oido estas frases, este grito de un corazon frenético:

—Ah! si supieses cuanto te amo!

—Nunca me ha dicho á mi esto, dijo el marqués, ahogando su voz. Y siguió mirando.

Octavio comenzó á desnudar la dama como un hombre que ha adquirido ya esta costumbre. Y al desnudarla besaba sus cabellos, besaba su garganta, besaba sus brazos.

El señor de Fontaneilles veía poco; mas veía demasiado.

Y cuando cayó el vestido, Octavio cogió dulcemente á la mujer y la llevó al lecho pronunciando las mas tiernas y amorosas frases.

## XIII.

## LA TRAGEDIA.

A las once el duque de Parisis entró con una de las dos señoras.

Qué habia sido de la otra? Habia cruzado por la sala del concierto y la habia dejado pegada á una columna para que oyese la música alemana? Habia cruzado los salones de juego y la habia perdido á propósito por espacio de una hora entre las mironas y las jugadoras?

El señor de Fontaneilles seguía en su puesto; habia hecho con una varita de hierro dos ó tres agujeros imperceptibles, á fin de no perder nada del espectáculo.

Pero contra lo que aguardaba, no se entró en el salon: se permaneció en el dormitorio hablando.

La puerta del dormitorio que comunicaba al salon permanecía cerrada. El señor de Fontaneilles oía de un modo vago rumor de voces, sin que entendiese una palabra.

Qué se decía? Escuchaba con ansiedad; miraba fu-

—Hace tanto tiempo! exclamó ella.

—Hace tanto tiempo! repitió él.

Octavio cerró la puerta del salón.

Entonces el marqués no vió ni oyó nada más.

Su febril curiosidad le clavaba en su puerta, que seguía aun cerrada.

De pronto arrancó esta puerta. Empuñó el cuchillo malayo y con el revolver en el bolsillo se precipitó en el dormitorio.

Abrió y corrió ciego y furioso hácia Octavio para herirle y para herir á la mujer acostada.

Octavio se defendió mal porque se le sorprendió mientras se desnudaba.

Aunque la mujer se hallase casi desnuda, saltó del lecho para precipitarse en frente de aquella fúria, bien como si quisiese parar los golpes dirigidos á Octavio. Al saltar de la cama volcó el candelabro y las bujías se apagaron.

Pero viendo ante sí una forma blanca:

—Tambien morirás tú! dijo el señor de Fontaneilles.

Habia ya herido á Parisis.

Antes de que Parisis se hubiese arrojado entre el asesino y la mujer, el asesino tuvo tiempo de herir.

É hirió en el corazón.

La mujer lanzó un grito.

—Octavio yo muero!

El señor de Fontaneilles no estaba aun saciado; mientras que la mujer arrastraba á Parisis que la

habia cogido en sus brazos, el marqués volvió á herir.

—Genoveva! Genoveva! gritó Parisis con doloroso espanto.

Herido en un costado, no inquietándose mas que de la mujer que se habia precipitado del lecho, no habia reconocido al señor de Fontaneilles.

No comprendia nada de aquel asesinato.

Al oír que Octavio llamaba á Genoveva el marqués de Fontaneilles sintió miedo; ya cuando Genoveva habia gritado: *Octavio yo muero!* habia creído que su mujer hablaba á su amante con voz fingida.

Corrió á su cuarto y volvió con una bugia.

Vió á la duquesa de Parisis moribunda; pero agitando aun bajo los besos de Octavio.

Huyó asustado, dejando caer su cuchillo.

Octavio acababa de verlo y adivinarlo todo.

Cogió el cuchillo ensangrentado y corrió tras el marqués.

Estaba espantoso; el rostro lívido, las facciones contraídas, los ojos inyectados por estrias sangrientas.

#### XIV.

##### LO QUE FUÉ Á BUSCAR EN EMS LA MARQUESA DE FONTANEILLES.

Cuando el marqués vió que Octavio corría tras él, cogió una de las dos pistolas que había encima de una mesa.—No adelanteis, le dijo, ú os mato.

Octavio adelantó, é hiriendo en el brazo desvió el tiro. La bala atravesó una cortina y rompió con estrépito un espejo de la cámara vecina. Era el cuarto donde dormía la señora de Fontaneilles.

Esta permanecía allí escuchándolo todo.

Los trozos del espejo cayeron sobre ella.

Siguió allí de un modo estóico y no dió ni un grito.

Aun quedaba bastante del espejo para convencerla de que se hallaba completamente desfigurada.

La señorita de Joyeuse, casi dormida, corrió, lanzó un grito y retrocedió espantada ante aquel espectáculo.

Hermana mia! hermana mia! gritó.

—Chist! Oremos á Dios, Clotilde.

#### XV.

##### EL JUICIO DE DIOS.

Entretanto Parisis había echado al suelo al marqués de Fontaneilles y le había herido ya dos veces.

—Esto es una cobardía, dijo el marqués; estoy desarmado.

—Una cobardía! gritó Octavio con amargura; estaba armada mi mujer?

—Harto sabeis que yo creía herir la mia.

Era la primera vez que la palabra *cobardía* resonaba en los oídos de Parisis. Dominó todo su dolor y su cólera. Se levantó y dijo friamente:

—Y bien, sin duda os queda aun una pistola cargada. Quereis el juicio de Dios?

—El juicio de Dios! dijo el marqués levantándose; vos no creéis en Dios.

En aquel instante la señorita de Joyeuse, viendo á su hermana sangrienta, lanzó un grito.

Octavio creyó oír la voz de Genoveva y corrió hácia ella.

La habló y la besó como si quisiese dar su alma para reanimarla.

—Sí, el juicio de Dios! exclamó con desesperacion, viendo que todo habia concluido.

Y como si Genoveva debiese oírle:

—Genoveva! exclamó, mi querida Genoveva! aguárdame.

Despues, levantando sus ojos en la oscuridad de aquella noche:

—*Credo!* exclamó.

Entonces vertió lágrimas.

Parecióle que veía ya en el cielo su madre y su mujer.

Volvió donde estaba el marqués.

—Concluyamos dijo; tengo prisa.

—Yo tambien dijo Fontaneilles. He aqui dos pistolas: ambas se hallan teñidas en sangre: elegid.

—Conozco la que está descargada.

El marqués desdobló una servilleta y envolvió en ella las dos pistolas.

—Elegid, dijo con impaciencia.

Parisis escribió en un ángulo de la mesa:

«Me bato en duelo con el señor de Fontaneilles.

«EL DUQUE DE PARISIS.»

28 Mayo de 1868 á las doce y media de la noche.

A su vez el marqués de Fontaneilles escribió:

«Me bato en duelo con el señor de Parisis.

»EL MARQUÉS DE FONTANEILLES.»

29 Mayo de 1868 á las doce y media.

El marqués, como hombre de buena conducta, contaba el dia nuevo á partir de la media noche. El duque creía que toda la noche pertenecía al dia anterior. Hé aqui porque se encontraron dos fechas: el 28 de Mayo y el 29 de Mayo.

Parisis metió su mano por entre los pliegues de la servilleta y cogió una pistola. Cuando la armó parecióle, no obstante su emocion, —tal era su práctica en el manejo de las armas— que el cañon de aquella pistola se hallaba aun tibio por haberse descargado.

Ambos adversarios se colocaron casi pegados el uno al otro, el dedo en el gatillo y la boca de la pistola á cinco centímetros del cuerpo.

Alumbrados por la vacilante llama de una bugia, se miraron por un instante de un modo horrible y oyeron latir su corazon bajo el cañon de sus pistolas.

—Uno, dijo Octavio.

—Dos, dijo Fontaneilles.

—Tres, dijo Octavio.

La detonacion resonó entre el silencio de la noche.

El señor de Fontaneilles vió al último de los Parisis, herido en mitad del pecho, como daba algunos pasos hácia atrás.

De pronto, recogiendo un rayo de vida, Octavio fué á caer, dando un horrible grito de dolor, en el seno de la duquesa de Parisis.

## XVI.

## LA VENGANZA DE MONJOYEUX.

Por mas que fuesen las doce y media, algunos jugadores amigos de trasnochar, habian acompañado á las señoritas Flor-del-Pecado, la Taciturna y Tornasol hasta la puerta de la fonda de Inglaterra.

Aquellas señoras no recibian *intra muros*.

Se oyó el pistoletazo que mató á Parisis.

—Oís? preguntó un jugador: es un desesperado que jugó al colorado.

Frase horrible cuando se piensa en toda aquella sangre vertida.

El Príncipe Azul se divertia alegremente con aquellas señoritas: habia encontrado á las once á Parisis y su mujer que cruzaban los salones del juego; parecíanle tan felices que se le figuró que un rayo de su dicha le llegaba hasta su rostro: nunca habia estado tan alegre.

Esto no obstante aquella detonacion le alarmó.

Entonces fué cuando otro hombre, mas inquieto que él, se acercó al grupo y preguntó por lo que ocurría.

Era Monjoyeux.

Cuando se le hubo respondido que se acababa de oír una detonacion:

—Oh! Dios mio! exclamó; esto es un asesinato.

Veíanse correr luces en la fonda; se gritaba y se hablaba en voz alta.

Monjoyeux llamó. La puerta se abrió. El Príncipe Azul entró desesperado en la fonda. Monjoyeux iba á seguirle; pero en aquel momento salió el señor de Fontaneilles.

Monjoyeux reconoció que era él porque se hallaba cubierto de sangre.

—Por aquí no se pasa, dijo deteniéndole.

—Porqué? preguntó el marqués.

—Porque os pareceis á un hombre que huye su crimen.

—Yo! voy á constituirme por mi mismo en prisionero.

—Pues bien, lo sois mio, dijo Monjoyeux.

Y cuando conoció aquella tragedia horrible

—Vete! le dijo: te abandono al remordimiento: vé á digerir tu sangre.

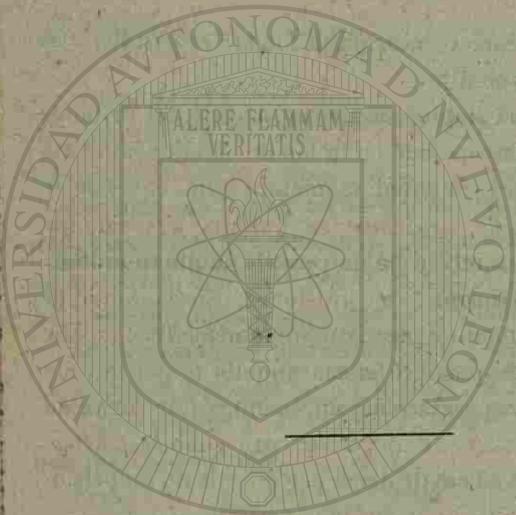
Luego volviéndole á coger:

Pero tú, dijo, has matado á mi único amigo; llevarás un día mi sello si tu quedas absuelto.

El rudo Monjoyeux lloraba como un niño.

Y como á todas las cosas es necesario añadir la moraleja, el escultor añadió:

Es necesario acabar de una vez con todos esos hombres que asesinan las mujeres. A Dios gracias la pena de muerte está abolida hasta contra la mujer adúltera.



## XVII.

## UNA NOTICIA DEL DÍA.

La señora de Argicourt se hallaba gravemente enferma. Ella también había perdido su amante: también ella había soñado en ilusiones. Sueño horrible cuando la juventud declina y cuando no se espera tomar pié en el país del amor. Aquella mujer tan viva y tan alegre, arrastrada por la fuerza de su naturaleza, debía caer, de un solo golpe, como esos árboles que atraen el rayo.

Una hermana de la caridad la velaba.

Era una joven religiosa pálida y pensativa, la cual no sé si le había sido enviada por su médico ó su confesor.

La joven religiosa, entregada por completo á sus oraciones, nada parecía saber de las cosas de este mundo. Se traían los diarios del *sport* del gran tono á la señora de Argicourt; pero la hermana de la caridad no los leía jamás.

Pero cierta noche, como la señora de Argicourt se impacientase en la fiebre, ella le dijo:

—Hermana mia, os lo ruego; leedme los periódicos; hacedme olvidar que sufro.

La religiosa intentó convencerla de que si escuchaba algunas lecturas piadosas sentiria como por milagro apaciguarse sus dolores; pues las leyendas cristianas son como un bálsamo para todos los dolores, hasta para los dolores corporales, ya que, segun el apóstol, no vive mas que el alma. Este es el verdadero estoicismo.

Pero, en fin, para complacer á la enferma, la religiosa abrió el primer periódico que le vino á mano.

Fijó aquí y allí sus ojos. Por qué lo primero que leyó fué esta noticia mandada de Ems por el telégrafo, bien como si se tratara de un acontecimiento político?

«La ciudad de Ems, inaugura mal su estacion de 1868. He aquí, en algunas frases, la tragedia espantosa de que esta pequeña ciudad, siempre tan alegre, acaba de ser teatro. Hay en ella un desenlace para los poetas dramáticos.

»Un duque célebre en el mundo parisiense, habia llegado ayer sin su duquesa. Parece que venia á Ems para encontrar á una hermosa marquesa parisiense.

»Pero el duque y la marquesa habian contado sin la duquesa y sin el marqués.

»Ahora bien: la duquesa llegó á tiempo y por la noche cogió su puesto en la cama del duque. Este era su derecho, su deber.

»Pero desgraciadamente el marqués, víctima de

sus celos, no dudó de que encontraría su mujer en el lecho del duque: en su ceguedad, se precipita al cuarto, oye hablar á una mujer, los celos le hacen ver que es la suya y se arma de un puñal. Trata de herir al duque, en la intencion, sin duda, de herir luego á su mujer.

»El duque estaba en pié desnudándose; la mujer estaba acostada; á la primera puñalada la mujer salta del lecho y en su ceguedad el marqués la hiere á su vez.

»La dá en el corazon.

»El duque está herido; la mujer muerta.

»Nada puede pintar esta carnicería horrible.

»No es esto todo; sigue un duelo con puñal, con pistola, un juicio de Dios, que sé yo! El duque muere y el marqués se entrega á la justicia alemana.

»No se tienen noticias de la marquesa.

»Esto es tanto mas espantoso cuanto el duque y la duquesa se adoraban. Se sabe que se encontraban aun en su luna de miel. Pero no es una ventaja eso de morir siendo uno feliz?»

La religiosa no leyó en voz alta mas que las primeras líneas del relato.

—Leed, leed, hermana, dijo la señora de Argicourt incorporándose. Es el duque de Parisis. Dios mío! Dios mío! qué desgracia!

La señora de Argicourt observó entonces que la religiosa se habia desmayado.

—Se llama Luisa de la Misericordia, como la señorita de La Valliere.

La religiosa había colocado sus dos manos sobre los dos féretros como si sintiese latir aun el corazón de Octavio de Parisis y de Genoveva de la Chastaigneraye.

## XVIII.

## HABIA MUERTO VIOLETA?

Cuando el Príncipe Azul, que en su dolor estaba desconocido llegó al castillo de Parisis, acompañando los restos mortales del duque y de la duquesa, de aquel que él amaba como su único amigo, y de aquella que reverenciaba como una santa, vió á una religiosa que descendía del vestibulo y que hacia la señal de la cruz sobre los dos féretros cubiertos de terciopelo.

La religiosa estaba blanca como un sudario: se parecía á esas figuras de Angélico de Fiesola que nada tienen de la tierra. Ofrecía un singular contraste con Jacinta en la cual se apoyaba y que, aunque sintiendo un gran dolor, aparecía en todo el brillo de sus veinte años.

Era la imagen de la muerte sostenida por la vida.

El Príncipe preguntó á Jacinta si aquella religiosa era de la familia.

—No la conocéis?

—Decidme su nombre.



THE  
P  
G  
V